



Emily y el Rey de Picas

OLGA SALAR

Selecta 

Emily y el Rey de Picas

SERIE

Reyes del juego 2

Olga Salar

Selecta

*El amor verdadero no necesita ser perfecto,
solo necesita ser valiente.*

Lisa Kleypas

*A todos los que sueñan con protagonizar
su propia historia de novela romántica*

Prólogo

Emily tuvo que aguantarse las ganas de ponerse a dar saltitos y gritar de alegría mientras se tomaba el primer café de la mañana en la trastienda de su librería. Estaba emocionada y enamorada de los protagonistas de la novela y, por defecto, del autor que la firmaba.

Kingston Ellsworth era el sueño húmedo de cualquier chica. No solo era un romántico de manual, sino que, además, era increíblemente guapo a juzgar por sus redes sociales y por las fotografías de las contraportadas de sus libros. Él y Eleanor Vane eran sus autores favoritos del género, aunque no podía negar que Kingston era su primera opción siempre. Leerlo le aseguraba suspiros y noches de sueños en los que, por fin, encontraba a su media naranja.

Emily había caído en la novela romántica siendo una niña en la librería de su padre. El señor Fletcher era quien se había ocupado de Dear Reader cuando murió el progenitor de la pequeña en un inesperado y trágico accidente, antes incluso de que esta naciera. Su madre apenas había tenido fuerzas para sobrevivir, por lo que la tienda recayó en sus manos y se mantuvo a flote gracias a su arduo trabajo. Emily era una niña la primera vez que decidió que iba a ayudar en la librería, se pasó el verano en que cumplió doce

haciendo pequeños recados y enamorándose de los libros y la lectura. Hasta ese momento había querido ser escritora, pero a esa edad se debatía entre sus dos amores: escribir y compartir su pasión por los libros con los clientes.

Desde muy pequeña había sabido que Arthur, el padre de su hermana Alice, no era su padre biológico. No se lo habían ocultado, aunque hubiesen podido hacerlo, ya que su propio apellido era Rosewood como el de su padrastro y no Lockwood como el de su padre. Su madre había sido sincera porque quería que la memoria de Henry siguiera presente en su vida. Había deseado que su hija mayor fuera consciente de quién era, por lo que le dijo la verdad y lo trató como algo natural, de lo que podían hablar abiertamente en casa. Y Emily había querido a Henry Lockwood sin conocerlo, tanto como adoraba a Arthur Rosewood, el hombre que la había criado y el que jamás había hecho distinciones entre ella y Alice, su hija biológica.

Buscando esa conexión paternal con Henry, Emily se interesó por la lectura. Al principio porque quería tener algo en común con el padre que nunca conoció, pero después porque se enamoró profundamente de las vidas que habitaban en los libros. Seguramente, se debía a algo genético. Su padre había tenido tres grandes amores: su madre, su hija en camino y su librería: Dear Reader. Emily siempre había sabido que algún día iba a ser suya porque su madre le contó que la había mantenido en funcionamiento para ella.

Y fue en Dear Reader donde a escondidas del señor Fletcher leyó a Jane Austen y a las hermanas Brontë el verano en que cumplió trece años. Descubrió a Edith Wharton con dieciséis, a Elizabeth Gaskell y a Georgette Heyer. Esperó a los diecisiete para leer a Nicole Jordan porque había escuchado que no tenía edad para

hacerlo, cuando el señor Fletcher se la recomendaba a las clientas.

Y tras ellas llegaron Kate MacAlister, Mary Balogh, Johanna Lindsey, Lisa Kleypas, Emma Wildes, Susan Elizabeth Phillips y Julia Quinn.

Su amor por la literatura se expandió a límites cada vez más locos, según su hermana pequeña, y culminó cuando se matriculó en Literatura inglesa en la universidad. Tenía claro lo que iba a hacer con su vida, pero para ello necesitaba saber valorar mejor que nadie una buena lectura.

Y allí se encontraba, años después, con el señor Fletcher, jubilado, dirigiendo su librería, luego de su padre, y disfrutando cada momento que pasaba en ella.

Emily había sabido mantener la esencia de ese hombre al que no había conocido y la había fundido con la suya, con la romántica empedernida que era, con la mujer que creía que el amor movía el mundo, que estaba segura de que un gran gesto romántico solucionaba casi cualquier problema y que soñaba con ser una de esas personas afortunadas que encontraban un amor para toda la vida.

La que hallaba evasión en las páginas de un libro, que amaba releer aquellos que le gustaban y que adoraba descubrir nuevas joyas que compartir con sus clientes. Que organizaba clubes de lectura con señoras que podían ser, perfectamente, sus abuelas y que disfrutaba de una conversación sobre personajes literarios como si fueran personas de carne y hueso que conocía personalmente.

La misma mujer que soñaba con encontrar al hombre perfecto del modo más romántico posible. No importaba que tuviera manías o mal humor mañanero, lo único que tenía que ser era el adecuado, el único. Por todos esos motivos, seguía soltera, leyendo cada novela que llegaba a la librería, casi sin importar el género, aunque

disfrutando especialmente las que hablaban de amor.

Y en medio de esa pasión que tenía por el amor y esa esperanza de encontrar el suyo propio, recibió la llamada que podía alegrarla más que la reedición de los libros de Rachel Gibson. La petición del agente de Kingston Ellsworth para hacer la presentación de su nueva novela en su librería. Por fin iba a conocer a su ídolo en persona, iba a poder hacerle las preguntas que siempre le había querido hacer e iba a conseguir que le firmara todos sus libros.

Se puso de pie de un salto cuando recordó el estado de estos: sobados, gastados... no podía pedirle que le firmara esos ejemplares, por lo que salió corriendo de su despacho en la parte de atrás de la tienda y fue directa a las estanterías en las que estaban los ejemplares de Kingston.

La vida era maravillosa, decidió. Su librería iba de maravilla, su hermana tenía un novio estupendo que la adoraba y la hacía feliz, y ella iba a conocer a su autor favorito. ¿Qué más se podía pedir?

Que su autor favorito no fuera un idiota, pero eso ella todavía no lo sabía.

Capítulo 1

Emily estaba emocionada con la idea de que Kingston Ellsworth presentara su última novela en su librería, hasta que lo trató y recordó el dicho de que era mejor no conocer a tus héroes.

El tipo era el hombre más guapo que ella hubiese visto nunca. Sí, seguía sus redes sociales y sabía cómo era, pero en persona superaba cualquier fotografía por muy retocada que estuviera, aunque él no necesitara del Photoshop para estar increíble. Tenía cuerpo de deportista, no el de una persona que se pasara las horas sentado frente a un ordenador, y sus ojos verdes eran impresionantes de cerca.

Su cabello oscuro parecía suave; y durante una vergonzosa cantidad de segundos, Emily se quedó con la boca abierta mirándolo sin devolverle el saludo y estrechar la mano que él le había ofrecido. Su expresión molesta la hizo reaccionar y sonrojarse, todo a la vez.

Pauline Black, su agente, una pelirroja pecosa, le sonrió con complicidad, como si fuera algo habitual para ella ver cómo las mujeres se quedaban boquiabiertas ante el atractivo de su autor.

Sin embargo, el encanto de Kingston Ellsworth salió por la puerta de la librería en cuanto abrió la boca para algo más que replicar «encantado» cuando le presentaban a alguien.

Se topó con la primera bandera roja cuando el tipo anunció solemnemente que no necesitaba que nadie le presentara a la audiencia que le esperaba. Habitualmente, Emily era la encargada de saludar a sus clientas y de dar paso al autor invitado en su librería. Suya. Emily era la dueña y por lo tanto la anfitriona de todos los eventos que se realizaban en ella.

No era la primera vez que se organizaba una firma de libros en Dear Reader, por lo que ya tenía experiencia en el tema.

La librería era un lugar de culto para muchos lectores, no solo por la maravillosa ubicación, a solo unos pasos de una salida de metro especialmente transitada, sino principalmente por la originalidad que reinaba en ella. Los libros estaban organizados por temática y había clubes de lectura que los clientes se tomaban muy en serio. Por todo ello, para Emily era una novedad que uno de los autores invitados no quisiera que lo presentaran. No obstante, por mucho que quisiera obviar la actitud soberbia de su autor favorito, lamentablemente, la segunda bandera roja no tardó mucho en llegar. Y eso no pudo dejarlo pasar:

—King, por favor, ¿podrías...?

No terminó la frase al ver la mirada fulminante que él le lanzó. Entre avergonzada y confundida se quedó plantada frente a él intentando adivinar qué había hecho para ofenderlo.

Su agente le había pedido que lo llamara por su nombre y él no había protestado ante sus palabras, por lo que en lugar de decirle «señor Ellsworth», usó su nombre acortado.

—No lo digas —pidió él, muy serio.

—¿Perdón?

Durante un segundo se preguntó si había hecho mal al no llamarle Kingston, pero se dio cuenta de que estaba hablando de otra cosa al instante.

—No tengo tratos de favor con nadie —anunció en un tono circunspecto y frío—. Si quieres que te dedique algún libro vas a tener que hacer cola como el resto de mis lectores —zanjó descortés.

Emily abrió la boca para decir algo, pero su mente estaba completamente en blanco.

—No creo que tengas problemas para ser la primera de la cola —siguió él—. Al fin y al cabo, es tu librería.

Emily abrió la boca para replicar que se alegraba de que fuera consciente de ello, pero decidió que debía imponerse su profesionalidad y optó por callar.

Después de eso, desconectó por completo de la situación y huyó de la escena. En lugar de quedarse a escuchar la presentación, delegó en Steve, su amigo, socio y el gerente de la librería, y se escondió en su pequeño despacho donde retomó la lectura del libro que estaba leyendo que, por supuesto, no era de Kingston Ellsworth, autor al que había decidido dejar de leer por principios.

Eso de que había que separar a la persona del artista siempre le había parecido una gilipollez. Un artista era una persona y su obra era una parte de sí mismo.

Así que su preferencia por Kingston había llegado a su fin comenzando desde ese mismo instante. Escribía muy bien y era guapo, pero su personalidad era tan mala que no compensaba. Después de todo, iba a ser incapaz de leerlo sin recordar lo grosero que era.

Se relajó en su pequeño despacho. Sus trabajadores podían hacerse cargo de todo, eran gente en la que confiaba y que hacían bien su labor. Solo se sentía mal por Pauline, la agente de King, quien le había caído bien desde el minuto uno, pero ni siquiera por ella estaba dispuesta a dejar que un autor endiosado la tratara mal.

Como solía sucederle, se perdió en el libro y solo salió de su inmersión cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

La cabeza pelirroja de Pauline asomó por la puerta.

—Pasa, por favor. ¿Ya ha terminado?

—Gracias —dijo haciendo lo que le pedían—. La presentación sí, ahora está firmando libros. He pensado que era buena idea avisarte.

—Te lo agradezco. Normalmente, me quedo en el público, pero...

Pauline suspiró.

—Lo sé. A veces King puede ser... un poco especial.

—¿Especial? Yo no hubiese usado ese adjetivo, pero supongo que puede valer si te refieres a que es egocéntrico, grosero y déspota. —Concedió con una risita burlona.

Las dos se miraron y se echaron a reír por lo ridículo de la situación.

—De acuerdo, dejémoslo en «capullo» y que sea un secreto entre las dos. No puedo insultar a mis clientes, no es profesional.

Emily hizo el gesto de cerrar la cremallera sobre sus labios.

—Soy una tumba, pero tampoco hubiese usado esa palabra.

—No, las tuyas han sido mucho más elocuentes.

—¿De veras? Porque tengo más: ególatra presumido y maleducado con un complejo de superioridad que no se corresponde con la realidad.

—Me alegra comprobar que tiene un vocabulario extenso, señorita Rosewood —comentó la voz molesta de Kingston.

—¡Mierda!

Pauline se había dejado la puerta abierta al entrar y, dado lo tranquila que estaba la trastienda, era evidente que King lo había escuchado todo. Giró la mirada consciente de lo que iba a encontrar y se topó con los ojos molestos de su autor invitado, quien ni

siquiera había franqueado por completo la puerta de su despacho. Estaba parado en el umbral, mirándola.

—Lo dicho, muy amplio.

La primera reacción de Emily fue avergonzarse, pero el recuerdo de la actitud de él la hizo erguirse en su asiento y aparentar normalidad.

—Es usted desopilante, señor Ellsworth.

—Y sigue intentado impresionarme —se burló él.

—Pues espero haberlo conseguido.

—Por supuesto —dijo, pero no aclaró en qué exactamente estaba de acuerdo, si en que lo había impresionado o en que creía que ella trataba de llamar su atención.

Pauline disimuló una risa con una tos que no engañó a nadie. Había entendido perfectamente el doble sentido de sus palabras.

—Espero que haya disfrutado de Dear Reader —se despidió ella.

Él se limitó a asentir antes de darse la vuelta y marcharse.

Capítulo 2

—Emily, quiero la novela que el autor recomienda en este libro —exigió la señora Collins entrando en la librería, libro en mano.

—Señora Collins, buenos días, ¿qué tal se encuentra esta mañana? —la saludó Emily.

La mujer de setenta y cinco años largos la fulminó con la mirada mientras se acercaba al mostrador, dejaba su bolso sobre él y sacaba su enorme lupa, que se unía a las gafas que llevaba puestas.

La dueña de Dear Reader suspiró y esperó a que su clienta más especial continuara con su habitual actitud.

—No sé qué libro es, señora Collins, ya sabe que no soy muy fan del *dark romance*.

Ella la fulminó con la mirada.

—¿Qué clase de librera eres que no lee libros?

Como siempre, Emily se armó de paciencia y esbozó una sonrisa.

—Que no lea ese tipo de novelas no quiere decir que no lea, señora Collins.

Ella le hizo un gesto desdeñoso con la mano y le puso en toda la cara el libro que llevaba.

—Quiero ese libro —exigió.

Emily lo apartó con cuidado, no queriendo ofender a una de sus

mejores clientas, y le sonrió con amabilidad.

—¿Cómo se llama el libro?

Ella la miró con molestia.

—No me acuerdo —contestó altiva—, pero eso tendrías que saberlo tú que eres la librera —se quejó.

—¿Recuerda si lo menciona al principio o al final del libro?

—No.

—De acuerdo —aceptó Emily.

La única opción que le quedaba era preguntarles a las clientas que solían leer el género, pero la señora Collins no iba a tener la paciencia necesaria para esperar a que consiguiera la información. No si no le daba algo para apaciguarla.

—Me pondré a ello y le conseguiré el libro —ofreció—, pero mientras tanto tengo algo que podría gustarle.

Ella la miró con suspicacia, pero no se movió de su sitio.

Emily sonrió, consciente de que había evitado el desastre. Al menos de momento.

Salió de detrás del mostrador y se encaminó a la estantería del *romantasy*. Buscó el libro con la portada más explícita posible y se lo ofreció con una sonrisa.

—Este le va a encantar. Y mientras lo lee me da tiempo a que encuentre el que quiere —prometió con una sonrisa amable.

La señora Collins apuntó con su lupa a la portada del libro y decidió que no estaba tan mal, por lo que asintió y se lo quitó de las manos.

—No tardes, quiero ver si es tan bueno como parece.

—No se preocupe. Si necesario yo misma me leeré el libro para apuntarme el nombre y conseguirselo.

Contenta con la oferta la mujer pagó su nueva adquisición y se marchó con la misma actitud con la que había aparecido.

—Qué paciencia tienes —le dijo Steve, acercándose al mostrador.
—¿Ahora apareces? —se quejó—, si la hubieras saludado no habría estado de tan mal humor.

Steve la miró con fingida molestia.

—Por supuesto que no, habría aprovechado para darme un pellizco en el trasero —comentó—, es lo que siempre hace y le da igual que le llames la atención por ello.

—Lo sé. Lo siento, tienes razón —estuvo de acuerdo—, lo mejor es que no te acerques a ella. Ahora me siento culpable por haber pensado en usarte como escudo.

Steve se rio de buena gana.

—No te preocupes. Tú no tienes la culpa de que ella sea como es.

Emily se encogió de hombros.

—Quizá debería prohibirle la entrada. Creo que sería la única forma de evitar que te acose.

—Tiene ochenta años y las manos largas, pero no hay acoso. No me siento intimidado por ella, no tengo problemas en pararle los pies cuando se excede.

—Que es siempre.

—Es una octogenaria de manos largas. Nada grave.

—Todavía no tiene ochenta.

Steve la miró con sorna.

—Eso es lo que dice ella. A las pruebas me remito.

—Es posible. Como sea, no toleraría que nadie molestara a Amy, por lo que no voy a permitir que te meta mano a ti tampoco.

Steve la miró unos segundos antes de lanzarse a abrazarla.

Era dos cabezas más alto que ella y musculoso, por lo que a Emily le llegaba a la altura del pecho. Su pelo largo y rubio le hacía cosquillas en la cara.

Podía entender que la señora Collins estuviera fascinada con Steve. No solo era guapo, con su pelo dorado y largo y su cuerpo de estrella del fútbol, además era educado, amable y unos sesenta años más joven que ella.

Era el gerente de la librería y un antiguo compañero de estudios de Emily, sin él no hubiera podido hacerse cargo de todo. Cada año asumía nuevos riesgos y proyectos, tener a Steve le permitía ampliar el negocio.

Ya habían creado una web para vender online a todo el país, habían acogido las presentaciones y los clubes de lectura y ahora, además, habían creado una línea de papelería en la que ambos eran socios.

Comenzaron con marcapáginas y la habían ampliado hasta que se había convertido en una gama completa que abarcaba desde tazas hasta mantas y zapatillas de estar por casa, con las que leer a gusto.

—No merece la pena perder a una buena clienta solo porque tiene un carácter... peculiar —dijo con tiento.

—¿Peculiar?

—Es más que peculiar.

Su amigo sonrió.

—Dejémoslo en peculiar y sigamos con la mañana.

—Buena idea. Ahora que el peligro se ha marchado ¿te quedas aquí y voy a mi despacho a imprimir la lista de los pedidos online?

—Me quedo. Si vuelve le pediré socorro a Amy para que me rescate.

—Buena idea, creo que no la soporta.

—¿Crees? —se burló él—, la mira fatal y encima se niega a que ella le atienda porque dice que no tiene buen gusto en lecturas.

—Muy bien, la odia. Aunque soy sincera al decir que no sé por

qué.

Lo vio encogerse de hombros.

—Es la señora Collins, nada de lo que dice o hace tiene sentido.

Emily asintió.

—Recemos para que el libro que se ha llevado le dure un par de días —dijo mientras se dirigía hacia su despacho.

Estaba pasando por en medio de las estanterías de *enemies to lovers* cuando de la nada se cayeron varios libros. La sorpresa hizo que diera un gritito que hizo reír a carcajadas a Steve.

Le lanzó una mirada fulminante y se agachó para coger los cuatro libros que se habían desplomado.

Las estanterías estaban a rebosar, por lo que no era de extrañar que eso hubiese ocurrido.

Su enfado cambió de Steve y su risa a los libros que tenía en las manos. No podía ser de otra manera, pensó, tenía que ser culpa de Kingston Ellsworth.

Capítulo 3

Emily estaba encantada con el nuevo amigo que había hecho gracias a su hermana pequeña. Daniel era encantador, divertido y un cómplice a su medida. Lo único en lo que no coincidían era en el gusto por la literatura, pero nadie era perfecto.

Esa misma semana, Dan la había sorprendido con una invitación para ser su acompañante en el evento del año: la gala benéfica anual que organizaban los Astor para recaudar fondos para su fundación. Fundación que presidía el propio Daniel.

En realidad, no era la primera vez que lo acompañaba a eventos relacionados con la institución. Se conocían desde hacía unos seis meses, pero él siempre contaba con ella cuando dichos eventos tenían que ver con libros, arte o con niños. No obstante, era la primera vez que la invitaba a una fiesta por todo lo alto.

—¿Estás seguro de que quieres que te acompañe yo? —le había preguntado entre emocionada y asustada por la envergadura del evento—. Seguro que Alice es más adecuada, o Sarah. No conozco a nadie importante si no vive con la nariz enterrada en libros.

Dan había resoplado.

—Estoy seguro de que Alice irá con Jacob, su bufete también ha sido invitado.

—Pero...

—Y aunque es cierto que normalmente llevaría a Sarah, mi amiga más antigua, no es menos cierto que ella está tan harta de mí como yo de ella —rio—, necesito carne fresca para no aburrirme de muerte en el evento, y tú —la señaló—, eres perfecta.

—Eres un adulator.

Él sonrió, sin negarlo.

—Pero...

—No, Sarah no va a enfadarse por no ser mi acompañante, ya que tiene su propia invitación y está en su fase de búsqueda de pareja y yo sería un estorbo.

—Lo sé. —Se rio ella—, me lo dijo el viernes pasado cuando coincidimos en la reunión en tu casa.

Daniel la miró con perspicacia.

—¿Que buscaba novio o que yo era un estorbo?

—¿Las dos cosas? —bromeó Emily, riéndose de él y de su expresión desolada—. ¡Es broma! —siguió riendo—. Me confesó que está cansada de estar soltera. ¿Y Phil?, ¿no te apetece invitarlo?

Daniel bufó, pero hubo algo en su gesto que la hizo sonreír.

—Phil también tiene su propia invitación —se encogió de hombros—, no me necesita.

—Puede que no te necesite, pero te quiera igual —lo pinchó.

—Por supuesto —concedió—. ¿Quién en su sano juicio no iba a quererme?

—Eres demasiado modesto —se burló.

Siguieron bromeando, pero Emily ya estaba dándole vueltas a que necesitaba llamar a Morgan para pedirle un vestido para la fiesta.

Tener por amiga a una diseñadora de moda fabulosa era una suerte, sobre todo cuando surgían invitaciones como esa.

No era que Emily estuviera acostumbrada a asistir a ese tipo de fiestas, pero sí que era cierto que desde que Daniel había entrado en su vida, esta estaba mucho más animada y llena de imprevistos.

Adoraba a su hermana pequeña, por muchas razones, y el que le hubiese presentado a Daniel, que trabajaba con ella, era un punto más en la larga lista de motivos por los que era una fan de Alice.

El día del evento llegó y Emily se sintió como la protagonista de una novela romántica con un vestido de ensueño. El vestido de Morgan era largo hasta los tobillos, de pedrería, con escote cuadrado y tirantes, con on flecos en la falda y de corte entallado. El color, un gris entre el azul y el plateado, destacaba su tono de piel y el color de su cabello, que llevaba suelto en ondas.

Daniel, a su lado, iba tan guapo que era imposible no fantasear con él, y, aun así, Emily nunca lo había visto como nada más que un buen amigo.

El que parecía embelesado con él era el propio Phil, quien hasta el momento se había mantenido alejado, pero sin apartar la mirada de ellos.

Emily se preguntó si podía estar confundiendo su relación con Daniel y pensaba que eran algo más que muy buenos amigos.

A pesar de su personalidad romántica en ningún momento lo vio como una potencial pareja. Seguramente por eso habían congeniado tan bien, su química era tan solo amistosa, pero igual de intensa que si se hubiesen convertido en amantes.

En cuanto cruzaron las puertas del salón y Daniel la condujo a saludar a sus padres, quienes fueron por demás amables y encantadores y bromearon con que ya la conocían gracias a que su hijo no paraba de hablar de ella y de su hermana; mientras su amigo se entretuvo hablando con los invitados, Phil decidió que era

un buen momento para acercarse, sorprendiéndola, para susurrarle al oído:

—No te gires ahora, pero hay un chico muy guapo que no te quita ojo de encima —hizo una pausa—, aunque parece que no le caes muy bien —apuntó con el ceño fruncido.

Si no hiciese meses que conocía a Phil se habría sentido incómoda con su comentario, pero si algo había aprendido de él tras sus encuentros era que el jefe de Daniel y Alice siempre decía lo que pensaba sin filtrar lo que decía. No por maldad ni por impertinencia, sino porque su mente funcionaba así.

—¿Perdón? —preguntó al tiempo que se giraba y se encontraba con la mirada de Kingston.

—Te he aconsejado que disimules.

—No hace falta. —Apartó la vista del escritor y devolvió su atención a Phil—. Es un idiota de manual.

Phil parpadeó sorprendido.

—De acuerdo —concedió—. Supongo que eso explica su mirada.

Emily estuvo de acuerdo con él y, tras ver que Daniel estaba en su salsa saludando a los invitados, enredó su brazo en el de Phil y le propuso buscar una copa.

—¿Y Daniel?

—Ya es mayorcito —bromeó ella—, estoy segura de que nos encontrará cuando termine con su ronda social.

Phil asintió muy serio y se dejó llevar por ella.

Por suerte, tal y como le había prometido Daniel, se encontraron con personas a las que conocía, como Sarah, Jacob y su hermana, y Gabriel, el socio del bufete de Jacob, su cuñado.

Con tanta gente alrededor que le caía bien, ni siquiera le dedicó un solo pensamiento a Kingston Ellsworth, hasta que no tuvo más

remedio que hacerlo.

—¿Se ha colado en la fiesta, señorita Rosewood? —le preguntó Kingston Ellsworth, antes conocido como su «autor favorito», cuando regresaba del tocador para reunirse con sus amigos.

Apareció de la nada, sorprendiéndola porque hubiese buscado una conversación con ella, hasta que abrió la boca y se dio cuenta de que lo que quería era incomodarla.

Aun así, no se le escapó la mirada apreciativa que le dio, de arriba abajo. Por su parte tampoco pudo evitar pensar en lo increíble que le quedaba el esmoquin y lo impresionante que se vería sin él.

—En realidad he venido con el señor Astor —dijo, encantada de poder jactarse de ello.

—¿De veras?, ¿y qué piensa su esposa de eso?

Emily lo fulminó con la mirada.

—Daniel Horatio Astor —aclaró, aunque estaba segura de que solo lo había dicho para tener la última palabra porque no tenía ninguna duda de que la había visto colgada de su brazo.

—Es usted una persona interesante —dijo con reticencia—, la mujer que tengo delante no se parece en nada a la que es cuando está en su librería.

—No se deje llevar por el atuendo, señor Ellsworth, es usted un intelectual, ¿no debería ser una persona sin prejuicios?

—Solo soy un hombre, señorita Rosewood. Ni siquiera yo puedo ser completamente perfecto —dijo con una prepotencia mal disimulada.

—No se preocupe por eso, señor Ellsworth, ni siquiera se acerca a esa perfección que menciona —le soltó para, acto seguido, darse la vuelta y marcharse a reunirse con sus amigos.

Sonrió enormemente complacida. La noche estaba siendo

maravillosa: estaba en una fiesta fabulosa, con un vestido precioso que la hacía sentir guapísima, rodeada de buenos amigos y de gente fascinante y, como guinda del pastel, acababa de bajarle los humos al tipo más prepotente y engreído que había conocido en toda su vida. Una noche de diez.

Capítulo 4

La semana había comenzado más intensa de lo habitual. Tenía un montón de novedades que distribuir en las estanterías, dos presentaciones que organizar y una exorbitante cantidad de pedidos que preparar y que enviar a sus compradores; además, por si eso fuera poco, se había comprometido con Jacob y con Morgan en ayudarlos a organizarle una fiesta sorpresa de cumpleaños a su hermana, y el lugar elegido era nada más y nada menos que en su librería, lo que implicaba mover mobiliario para dejar espacio a toda la comida que querían llevar y que supondría para Emily menos horas de sueño porque tenía que hacerlo fuera del horario laboral para no molestar a sus clientes.

Con todo lo que tenía pendiente, lo que menos necesitaba era añadir problemas a su extensa lista de preocupaciones.

—Hay un tío raro paseándose por la librería.

Emily levantó la cabeza del libro que estaba hojeando y miró a su amigo. Steve no era una persona exagerada o alarmista, aun así, decidió mantener la calma.

—La librería siempre está llena de personas... especiales.

Steve le puso mala cara.

—Hay raros y luego está este tío que es de otro nivel.

—¿En qué sentido? —La curiosidad se adueñó de ella.

—Va con gorra y gafas de sol, pero eso no es lo que me escama. Lleva unas zapatillas que cuestan tres mil dólares y que son una edición limitada a la que muy poca gente tiene acceso. Tenemos clientes especiales —hizo el gesto de las comillas con los dedos de las dos manos—, pero no tenemos clientes «excéntricos», y uso esa palabra para resaltar que tiene más dinero que el resto de los raros que nos visitan.

Emily le lanzó una mirada de censura.

—No hables así de nuestros clientes —se quejó—. Queda fatal.

—Tus clientes —recalcó Steve—, yo soy solo el gerente, la dueña eres tú.

—Eres mi socio al cincuenta por ciento en el negocio de la papelería. Son nuestros clientes.

—De acuerdo, pero los que vienen a comprar libros son solo tuyos.

—¿Y si vienen a por libretas?

Steve no protestó, se limitó a mirarla con una expresión de desconcierto que no parecía falsa.

—De acuerdo —concedió ella rápidamente—. Voy a echar un vistazo, pero no veo el problema en que nos visite gente con dinero —se encogió de hombros—, comprará más.

—O puede que sea de alguna franquicia de librerías y esté aquí para evaluar a la competencia o incluso para hacerte una oferta de compra. Últimamente nos están llegando noticias de ese tipo con cada comunicación del gremio.

Emily se quedó sin réplica ante sus palabras. Dear Reader no estaba en venta y nunca lo estaría, pero tener a alguien molestando por ello no era lo que quería.

—¡Menuda semana llevo! —se quejó mientras buscaba al tipo

con la mirada.

Steve le hizo un gesto con la cabeza para indicarle dónde podía encontrarlo.

—Estamos a martes —anunció Steve muy serio—. Te queda más de la mitad por delante. Deberías tomártelo con calma y no hacer comentarios que atraigan la mala suerte.

—Eso, eso. Tú anímame —protestó.

—¡Siempre!

Cada vez más curiosa, se dirigió hacia la zona donde las estanterías contenían los clásicos de la literatura, esos que nunca pasaban de moda y que siempre eran un acierto, y se dio de bruces con el posible comprador.

Steve había tenido razón con que era alguien con dinero. Desde sus zapatillas hasta su corte de pelo, todo indicaba que era alguien pudiente.

Llevaba unos vaqueros, jersey de cachemira y una chaqueta que costaban más que una estantería completa de libros. Lo único que desentonaba un poco era la gorra, porque las gafas también eran de una marca de lujo.

Lo observó sin terminar de acercarse a él. Tenía muy buen cuerpo: era alto, de hombros anchos y no había duda de que estaba en forma.

Él todavía no la había visto, por lo que se debatió unos segundos en si acercarse a ofrecerle su ayuda o dejar que fuera él quien moviera ficha; después de todo, solo estaba especulando sobre sus razones para estar allí.

Quizá solo era un aficionado a los libros al que le gustaba visitar librerías originales como la suya.

Estaba a punto de darse la vuelta y volver al mostrador cuando el tipo misterioso se volvió y quedó frente a frente con ella.

Durante unos segundos ambos fueron incapaces de reaccionar. Él se quedó inmóvil a unos cinco pasos de ella, y Emily ni siquiera estaba segura de que lo que estaba viendo fuera real. ¿Por qué Kingston Ellsworth estaría en su librería tratando de pasar desapercibido enfundado en una gorra y unas gafas de sol? No, rectificó mentalmente, ¿por qué Kingston Ellsworth estaría en su librería? Suyá, de Emily Rosewood.

—Señor Ellsworth —lo saludó cuando pudo ser capaz de sonar normal.

—Señorita Rosewood —respondió él, quitándose las gafas y manteniendo la gorra.

—¿A qué debemos el grandísimo honor que supone su visita? —Destilaba sarcasmo con cada sílaba, pero en lugar de ofenderse, como era lo que pretendía, él se irguió orgulloso.

—He venido a comprar libros. ¿A qué si no va una persona a la librería?

—Por supuesto —concedió ella—. ¿Necesita ayuda o prefiere echar un vistazo usted mismo? —No tenía ninguna gana de pasar tiempo con él, pero no dejaba de ser un cliente y Emily se debía a ellos.

Estaba segura de que Kingston iba a rechazar su oferta, por lo que se quedó boquiabierta cuando él le ofreció una sonrisa del todo falsa y aceptó que le asesorara.

Compuso una expresión cordial y se mostró mucho más amable y atenta de lo que era habitualmente. De hecho, fue incluso empalagosa, pero qué mejor forma de demostrarle a alguien que no te caía bien sino siendo superamable, en falso, pero amable.

Por su parte, Kingston hizo lo mismo, pero desde la ventaja del cliente; le hizo sacar toneladas de libros y no se decidió por ninguno de ellos. Cuando Emily estaba a punto de pedirle socorro a Steve o

incluso a Amy, Kingston entró en razón y aceptó varios libros que le propuso, no sin antes marearla con mil preguntas.

—¿Por qué te gustan?

—La historia de amor es preciosa, están bien escritos y son adictivos —enumeró levantando un dedo cada vez.

—¿Por qué te parece preciosa la historia de amor?

—Porque no aparece sin más, hay una evolución de los personajes, un descubrimiento. El autor no se saca de la manga su romance, lo trabaja desde el principio.

—¿Crees que me saco de la manga las historias de amor de mis personajes?

Emily lo miró sin comprender el derrotero que había dado su conversación.

—¿Perdón?, ¿cuándo he mencionado tus libros?

—No lo has hecho y yo te he hecho una pregunta fácil.

A la mierda que se tratara de un cliente, le lanzó una mirada fulminante antes de tomarse la molestia de responder.

—No hay nada malo en tu forma de escribir. El problema eres tú como persona —dijo sin remordimientos.

Por primera vez desde que se conocieron él le ofreció una sonrisa enorme y, lo más importante, sincera, lo que la cabreó más si cabe, porque Kingston Ellsworth era un completo idiota y por tanto su mala personalidad tenía que eclipsar por completo a su atractivo. No era posible ser guapísimo y un capullo, no era normal. Cuando te topabas con esa clase de tipos por la vida lo habitual era que acabaras olvidándote de su aspecto por culpa de su mala actitud, lamentablemente eso no sucedía con él. Seguía siendo impresionante siempre y lo era más cuando sonreía sin dobleces.

—¡Fabuloso! Me llevo estos dos y aquellos tres que me has recomendado antes.

—¿Te refieres a los tres primeros que te he recomendado? — Emily sabía que estaba sonando pasivo-agresiva, pero a esas alturas ya no le importaba.

Él volvió a sonreírle.

—Sí, esos. —Y añadió para total sorpresa de Emily—: Por favor.

—Por supuesto, señor Ellsworth.

Capítulo 5

Kingston apareció dos veces más esa semana —eso sí, sin la gorra y las gafas— y pidió expresamente que fuera Emily quien lo atendiera.

Compró más libros y las dos veces que apareció trató de entablar una conversación civilizada con ella; no obstante, aunque cortés, Emily no dio pie para que la charla fuera más allá de un intercambio de opiniones sobre lecturas comunes.

Si no fuera porque ella misma era una ávida lectora, no habría creído posible que leyera tan rápido y habría asumido que sus visitas solo eran para molestarla.

Como fuera, tenía que reconocer que era un buen cliente, a nivel económico, y se portó lo más profesional que pudo durante sus intercambios.

Ni siquiera se fijó por demás en lo maravillosamente bien que le quedaban los vaqueros o lo amplios que parecían sus músculos al marcarse en sus camisetas.

La semana había sido demasiado intensa, por lo que salir a cenar con sus amigas era lo que necesitaba para recuperar un poco de su cordura, y que Dan hubiese organizado una de sus maravillosas fiestas en su terraza era lo mejor que podía haberle pasado. Era una

mujer adulta, con las cosas claras, que trabajaba para conseguir la vida con la que siempre había soñado y, de momento, iba por el buen camino; lo que menos necesitaba era que apareciera un idiota decidido a estropear su organizada y satisfactoria existencia.

—Morgan, ¿estás libre el miércoles para comer?

—Puedo estarlo, ¿por qué lo preguntas?

—Quiero que me acompañes de compras. Necesito asesoramiento.

Alice sonrió con disimulo.

—No hace falta que me invitéis. Ya sé que estáis fingiendo y que en realidad vais a por mi regalo.

—¿Regalo?, ¿qué regalo? —preguntó Emily haciéndose la tonta.

—¿De qué hablas, Alice? —intervino Morgan—, ¿qué me he perdido?

Ella las miró sin dejar de sonreír.

—No hace falta que disimuléis que no os acordáis. No cuela, sois mi hermana y mi mejor amiga.

—De verdad que ahora mismo no caigo —continuó Emily.

—Me pillas en blanco —la secundó Morgan.

—Muy gracias, como si me fuera a creer que no os acordáis de la fecha de mi cumpleaños.

—¡Ostras! Tienes razón, es el mes que viene. Ni me acordaba. — Emily se estaba divirtiendo conforme Alice comenzaba a dudar de que de verdad lo hubiesen olvidado.

—Yo tampoco me acordaba, pero no te preocupes, tenemos tiempo para comprarte algo que te guste.

Alice paseó la mirada de una a otra, debatiéndose entre creerlas o no. Finalmente, optó por hacerlo y asintió con menos vehemencia de la que esperaban.

—Me parece bien, pero que sea increíble —pidió—, para

compensarme por haberos olvidado.

Las otras dos sonrieron y estuvieron de acuerdo sin protestas.

—Estáis siendo crueles con Alice —la regañó de broma Daniel, cuando desapareció con Jacob unos minutos más tarde.

Casi todos se habían ido a casa. Su hermana y su pareja se habían ofrecido a llevarla, pero Daniel le había pedido que se quedara a dormir y ella había aceptado.

Tenían planes para el día siguiente, por lo que era más cómodo que se quedara con él en su casa, así podrían salir temprano a la mañana siguiente para su aventura de domingo. Daniel vivía en ático impresionante, por lo que tenía habitaciones de sobra para que ella pudiera quedarse, aunque incluso si hubiesen compartido dormitorio tampoco hubiese pasado nada porque ninguno de los dos se veía como otra cosa más que amigos. Muy buenos amigos.

Había sido un regalo de la vida que se encontraran, porque Emily estaba convencida de que Daniel era eso, un regalo.

Las horas pasaron y los invitados comenzaron a marcharse. El que parecía no tener prisa porque terminara la fiesta era Phil, el jefe de Daniel y de Alice, quien se había apalancado en el sofá mientras veía como el resto de sus amigos se marchaban a sus casas.

Consciente de que la relación entre ellos era complicada, ya que no se comportaban como jefe y empleado y tampoco como simples amigos, decidió despedirse y acostarse para dejarles tiempo a solas y que hablaran de lo que fuera que Phil necesitara decirle a Daniel.

—Me voy a la cama —les anunció con una sonrisa cansada.

Los ojos de Phil se abrieron como platos ante su comentario:

—¿Se queda en tu casa? —le preguntó a su asistente, sin

siquiera mirarla a ella.

—Sí, mañana tenemos planes juntos. Es más fácil si se queda conmigo.

—¿Juntos?

—Planes juntos, sí —confirmó Daniel, aunque los tres sabían que no era eso lo que le estaba preguntando.

La escena se estaba volviendo incómoda, así que decidió alejarse sin decir nada más ni prestar atención a lo que le estaba comentando Daniel a su jefe.

Sus cosas ya estaban en el dormitorio de invitados, de modo que se quitó los zapatos, sacó su pijama y sus cosas de aseo, de la bolsa que había llevado para pasar la noche, y se metió en el cuarto de baño para darse una ducha y prepararse para dormir.

Media hora más tarde, fresca y cómoda, se metió en la cama, no sin antes buscar su teléfono, que iba a poner a cargar. Sin embargo, decidió revisarlo al ver que tenía notificaciones.

Lo desbloqueó, por si eran de las redes sociales de la librería, que actualizaba con regularidad, anunciando novedades o simplemente invitando a los lectores a conocerla, pero, aunque tenía varias docenas, no fue eso lo que le llamó la atención, sino el mensaje directo de una cuenta verificada que jamás imaginó que la contactaría.

King le había escrito para pedirle su número de teléfono.

Revisó varias veces el mensaje, preocupada de que el cansancio y los dos cócteles que se había tomado hicieran que viera cosas donde no las había, pero no. Las palabras que había leído seguían allí después de que volviera del baño, donde se lavó la cara con agua fría.

Si la tensión entre Daniel y Phil no hubiese sido tan evidente

habría salido solo para que ellos le confirmaran que de verdad Kingston Ellsworth le había pedido su número de teléfono.

Tras pensarlo durante varios minutos se decidió a responder, después de todo se había convertido en un cliente, por lo que le dio su número y cerró la aplicación.

No añadió ningún mensaje más, solo su número de teléfono. Escuto y frío, nada desesperado, se dijo, perfecto para que no se hiciera ideas raras.

Dejó el móvil sin voz sobre la mesilla de noche; era de madrugada y no quería obsesionarse con el mensaje porque al día siguiente o, más concretamente en unas horas, iba a tener que levantarse para que ella y Daniel fueran al mercadillo de libros antiguos más increíble de la ciudad.

Se realizaba una vez al mes y, aunque había querido ir multitud de veces, siempre había sucedido algo que se lo había impedido, por eso cuando su amigo le contó que ese domingo se organizaba y que podían ir juntos, no se lo pensó dos veces y dijo que sí.

Necesitaba estar descansada para rebuscar entre miles de libros la joya oculta que solo ella encontraría porque estaba destinada a ella y que le haría hallar a su amor eterno y predestinado. No estaba segura de si se trataría de un libro de recetas, con el que tras hornear galletas siguiendo sus pasos conseguiría que su amor perfecto apareciera; un libro de hechizos, que haría lo mismo con unas pocas palabras; o un manojito de cartas antiguas que la llevaría a descubrir una triste y preciosa historia de amor que le permitiría conocer a uno de los descendientes de los protagonistas, un hombre guapísimo, culto y amable que se enamoraría de ella a primera vista y con el que viviría un «felicidad para siempre».

Se rio de sí misma y tomó nota por si alguna vez se decidía a escribir su propia novela, ya que las ideas podían tener futuro.

Apagó la luz y cerró los ojos, pelándose consigo misma para no echar una última miradita al teléfono para ver si King había leído su mensaje.

Al final perdió la batalla contra el sentido común y abrió la aplicación de mensajes para toparse con que no era la única con insomnio.

Guardó su número en contactos y respondió.

King solo le había dicho que era él, no le había pedido nada, lo que resultaba raro. Ella le respondió con el emoticono de un pulgar hacia arriba, y antes de que pudiera siquiera parpadear, volvió a entrarle un nuevo mensaje en el que le pedía que le preparara un nuevo lote de libros de su elección que recogería el lunes cuando Dear Reader volviera a abrir.

Bufó molesta, ¿para eso quería su número de teléfono, para hacerla trabajar incluso en su tiempo libre? Cerró la aplicación sin molestarse en responder y se acurrucó entre las sábanas decidida a descansar para poder darlo todo en la búsqueda del tesoro del día siguiente.

Capítulo 6

A pesar de que Daniel pretendía que fueran a Chelsea en su coche, Emily acabó convenciéndolo de que no vivirían la experiencia completa si no cogían el metro y se movían como lo hacía la gente normal.

Daniel protestó un poco, pero acabó cediendo, de modo que desayunaron en una cafetería famosa por sus *bagels* y se pusieron en camino para llegar pronto al mercadillo de libros, antes de que nadie pudiera hacerse con las joyas que Emily estaba segura de que iba a encontrar.

—No voy a volver a dejar que me convenzas de coger el metro un domingo —se quejó muy indignado—. Todavía hay gente que vuelve de fiesta y su aroma es brutal.

Emily se rio entre dientes.

—Pobre niño rico —bromeó.

—Los ricos son mis padres —aclaró, como siempre hacía—, yo solo soy el heredero.

—¿Solo?

Se encogió de hombros.

—Están a tiempo de desheredarme —anunció muy serio.

—Ni que fueras a hacer algo malo.

—Tienes razón —estuvo de acuerdo—, soy un santo. Nada de lo que haga hará que mis padres dejen de adorarme.

—Yo no diría tanto..., pero sí, eres de los buenos.

Antes de que se diera cuenta de que iba a moverse, ya la había envuelto entre sus brazos estrujándola, encantado con su declaración.

Bajaron en la parada más cercana al mercadillo y caminaron unos minutos antes de llegar a su destino.

El encuentro lo organizaba un grupo de tiendas de antigüedades que, un domingo al mes, sacaban los libros de los que disponían y pasaban de ser tiendas de antigüedades en general a ser, exclusivamente, un mercado de libros antiguos y raros.

El resto del mes, esas mismas tiendas vendían arte, muebles, pero ni un solo libro, lo que hacía que los domingos de venta de libros fueran más especiales.

Al llegar a la primera parada, Emily ya estaba dando saltitos de felicidad. Acababa de comerse un *bagel* delicioso, estaba con uno de sus mejores amigos y tenía ante sí filas y filas de libros por descubrir.

Se dio la vuelta cuando notó que Daniel le daba un golpecito en el hombro.

—¿Ya te he perdido? —preguntó con una sonrisa.

Había estado hablándole, pero ella no se había dado cuenta.

—Lo siento, ¿qué?

Él le sonrió.

—¿Qué buscamos? —repitió—. Yo me llevaré cualquier libro de H. G. Wells.

—Ya tienes todos sus libros.

Se encogió de hombros.

—¿De verdad me estás diciendo eso?, ¿cuántas ediciones tienes

de *La abadía de Northanger*?

—Tienes razón. Cuantas más, mejor.

—Ya me parecía a mí.

Emily adoraba ese libro por muchas razones, una de ellas era porque la protagonista de la novela, Catherine Morland, era una fanática de las novelas góticas obsesionada con el libro *Los misterios de Udolpho*, cuya heroína se llamaba Emily St. Aubert. De algún modo, al igual que Catherine, la propia Emily se había obsesionado de jovencita con esa misma novela y con la protagonista que llevaba su nombre. De ahí uno de los motivos por los que le encantaba la novela de Austen.

Animados por haber establecido objetivos, se pusieron manos a la obra a revisar libro tras libro.

No habían ni cubierto la mitad de los puestos y Daniel ya llevaba comprados tres y Emily, dos.

No obstante, estaba convencida de que en los sitios restantes encontraría la joya que le cambiaría la vida.

Y como si de una protagonista de novela se tratara, se dio de bruces con una edición de *La abadía de Northanger* de principios del siglo XX.

Estaba a solo dos pasos de ella, la había reconocido por la cubierta verde oscuro con letras doradas. Llegó a él en solo una zancada y lo asió con fuerza, temerosa de que alguien más lo hubiese visto.

Suspiró cuando por fin lo tuvo en sus manos, pero la tranquilidad le duró poco.

Alguien se plantó a su lado y con todo el descaro le hizo una oferta al librero de la obra que Emily todavía sostenía. Ni siquiera tuvo que darse la vuelta para saber quién era el malintencionado comprador que pretendía robarle su hallazgo.

—¡Es mío! —le dijo acunando el libro en sus brazos y lanzándole una mirada mortal.

—No lo es hasta que lo pagues y yo soy el único que ha hecho una oferta —dijo el maldito Kingston Ellsworth.

—Le daré el doble de lo que él le ha ofrecido —dijo sin titubear—. Yo lo he visto primero.

El pobre hombre paseó la mirada de una a otro, confundido.

—¿No son pareja?

Kingston se rio mientras que Emily negó con vehemencia con la cabeza.

El hombre se encogió de hombros.

—El precio está marcado —anunció—. Si ella puede pagarlo es suyo —dijo muy serio—. Ha sido la primera en cogerlo.

—Sí, lo he cogido yo.

El librero asintió.

Al ver que no podía salirse con la suya, Kingston lo intentó con ella.

—Te doy el doble si me lo vendes —le dijo, muy serio.

—Ni aunque me dieras el triple. El libro es mío y me lo llevo.

—Si esa es tu manera de pedirme el triple, ¡hecho!

Emily lo fulminó con la mirada.

—No eres gracioso.

—No pretendo serlo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Daniel, plantándose al lado de Emily.

Kingston miró al recién llegado y hubo un reconocimiento por parte de ambos.

—Daniel Astor, qué sorpresa verte por aquí.

—Kingston Ellsworth.

—¿Os conocéis?

—¿Has venido con él? —preguntó Kingston, paseando la mirada de Daniel a ella.

No podía sorprenderse porque ya sabía que eran amigos, se lo había dicho durante la fiesta de los Astor en la que habían coincidido. Ella ni siquiera había caído en que el hecho de que estuviera implicaba que conocía a la familia. Simplemente imaginó que lo habían invitado porque era un autor famoso.

—Sí. ¿De qué os conocéis?

Fue Daniel quien contestó.

—Estudiamos juntos en el mismo internado.

Emily asintió. Así que Kingston era del mismo círculo social que Daniel, pensó, tenía sentido. Era un estirado con complejo de superioridad, que tuviera dinero además de éxito con sus novelas de algún modo avalaba su actitud.

—La cuestión es ¿cómo os conocéis vosotros?

Emily se dio cuenta de que la pregunta pretendía ofenderla, pero se negó a dejar que la insultara.

El día de la fiesta de los Astor, ella misma le había dicho que había acudido como acompañante de Daniel, por lo que no era una sorpresa para que él que fueran amigos, su comentario solo pretendía resaltar la diferencia de nivel económico entre ellos.

Iba a ponerle en su sitio, pero Daniel se le adelantó.

—Es una de mis mejores amigas, además de una empresaria de éxito.

—Ya veo.

—¿De verdad?, ¿y qué ves? —inquirió ella con la sangre hirviéndole en las venas.

—Que sois adecuados, para ser amigos, quiero decir.

—Lo somos —zanjó Daniel—. ¿Pagamos el libro y seguimos con nuestra mañana?

—Sí —aceptó sonriente—. Mira lo que he encontrado.

Se regodeó mostrándole a Daniel el motivo del enfado de Kingston.

—Tu libro favorito —se emocionó su amigo—, y en una edición que no tienes.

—¿Es tu libro favorito? —le preguntó Kingston, que no se había movido de donde estaba.

Parecía sorprendido porque lo fuera, pero Emily estaba tan molesta con él que ni siquiera tenía ganas de ser educada.

—Lo es.

Él asintió perdido en sus propios pensamientos.

—Nos vemos —se despidió.

—Eso ha sido raro —comentó Daniel viendo como su antiguo compañero se iba con el rabo entre las piernas.

Emily pagó por el libro antes de responderle:

—Kingston es raro en general, cualquier cosa relacionada con él lo es también por defecto, ¿cómo es eso de que fuisteis juntos al colegio?

Lo vio encogerse de hombros.

—Al colegio y al instituto, en realidad. Su familia es amiga de la mía.

—¡Vaya! Qué horrible.

Daniel se rio a carcajadas.

—Tampoco es tan malo —trató de defenderlo—. Parece frío y distante al conocerlo, pero no es mal tipo.

—Claro, porque no ha matado a nadie.

Las carcajadas de Daniel subieron de nivel y Emily llegó a preocuparse de que se ahogara riendo.

—¿Sabes? No quiero pensar mal, pero tanta animadversión huele a romance de esos de los que lees.

Emily le lanzó una mirada fulminante.

—Retíralo ahora mismo —exigió—, o me vengaré haciendo mis propias cábalas.

—¡Qué miedo!

—De acuerdo, pues si lo mío con Kingston huele a romance, lo tuyo con Phil apesta a tensión sexual no resuelta.

Daniel se rio tan fuerte como lo había hecho antes.

—Este día está siendo pura diversión —se burló.

—¿No lo niegas?

Lo vio encogerse de hombros.

—A diferencia de otras, yo no miento.

Emily abrió los ojos con sorpresa.

—¡Ja! —dijo simplemente.

Su amigo esperó a que añadiera algo más, pero no fue el caso.

Una cosa era suponer que había una química intensa entre él y Phil, y otra era que Daniel lo reconociera abiertamente.

—¿No vas a hacer nada al respecto? —preguntó, por fin.

—Es mi jefe, por supuesto que no voy a hacer nada. —Y añadió con una sonrisa maliciosa—: ¿Y tú estás dispuesta a vivir ese amor de novela romántica que tanto anhelas?

—Por supuesto, aunque Kingston Ellsworth no será el coprotagonista.

—Torres más altas se han derrumbado. —Se rio Daniel.

—Estás empezando a caerme mal —bromeó.

—De acuerdo, cambiemos de tema, ya me regodearé cuando se cumplan mis vaticinios.

—En tus sueños.

—O en los tuyos, preciosa.

Capítulo 7

Cuando el lunes vio aparecer a Kingston por la puerta de su librería, Emily tuvo que contenerse para no salir de detrás del mostrador y pedirle que se fuera.

Todavía estaba molesta por el modo en que había hecho alarde de su poder adquisitivo para quedarse con el libro que ella había visto primero. Por suerte el vendedor no había querido aprovecharse de la situación y había negociado con ella.

No obstante, aunque el libro estaba en su poder, el hecho de que hubiera tratado de jugar sucio para conseguirlo, unido al desdén con el que la trataba, había hecho que se convirtiera en una de sus personas menos favoritas del mundo. De hecho, ni siquiera le preocupaba perderlo como cliente, a pesar de la cantidad ingente de libros que se llevaba con cada visita.

Esperó con todo el cuerpo en tensión para ver qué hacía. Contra todo pronóstico, se acercó al mostrador y le ofreció la primera sonrisa amable que le había visto esbozar desde que se conocían.

—Buenos días, señorita Rosewood. Creo que es posible que hayamos comenzado con mal pie —dijo con una actitud que sorprendió a Emily.

—¿Perdón?

Lo vio extender su mano.

—Me gustaría presentarme. Soy Kingston Ellsworth.

Emily asió su mano por inercia, confundida.

—Lamento lo que sucedió el domingo —se excusó, y Emily no estuvo segura de si era sincero o solo pretendía serlo.

Según Daniel no era un mal tipo; sin embargo, su experiencia con él distaba mucho de la de su amigo.

Ella asintió sin saber muy bien qué decir.

¿Era, acaso, una táctica de su archienemigo para hacerle bajar la guardia? Era habitual que estas cosas sucedieran en las novelas. Y, aunque estaban en la vida real, King era un escritor, lo que lo convertía en alguien con una mente rápida y peligrosa.

—¿Tendrías tiempo para ayudarme a elegir libros nuevos? —preguntó, no exigió, lo que aumentó todavía más en Emily la sensación de gato encerrado.

Nadie cambiaba tanto de la noche a la mañana a no ser que lo hiciera porque esperaba algo.

—Por supuesto —concedió—, pero que sepas que no voy a venderte el libro por muy amable que intentes ser.

Kingston pareció sorprendido por sus palabras, pero se recompuso con rapidez.

—No lo pretendo —aclaró—. Estoy trabajando en un nuevo proyecto y antes de ponerme a ello me gustaría hacer un estudio de mercado, de ahí que te pida ayuda con las novedades que están saliendo. Eres la persona más al día que conozco.

—¿Gracias? —dijo con reticencia.

Kingston se rio, pero no fue una sonrisa de circunstancias, sino que soltó una serie de carcajadas que provocaron nudos en el estómago de Emily. Cómo podía alguien ser tan guapo solo por reírse. Sí, Kingston era guapo siendo serio, pero cuando se reía sus

ojos se achicaban y en su mejilla izquierda aparecía un hoyuelo monísimo en el que ella no había reparado.

—De nada. Es la verdad.

Emily no dijo nada, se limitó a salir de detrás del mostrador y a ponerse a su lado.

—¿Qué buscas exactamente?, ¿romance contemporáneo o histórico?

—Novela contemporánea.

—De acuerdo, ¿en general o algo más concreto?

—General. Mientras no sea *dark romance* —se encogió de hombros—, no es mi estilo.

Emily torció el gesto.

—¿Qué sucede? —preguntó al verla.

—Nada, es solo que no esperaba que estuviéramos de acuerdo en nada.

Kingston volvió a reír.

—Puede que te moleste, pero tenemos muchas más cosas en común de las que crees.

—Para nada —protestó—, somos el agua y el aceite.

No queriendo prolongar la conversación, echó a andar hacia las estanterías en busca de libros que él todavía no hubiese comprado.

—Te aseguro que sí —insistió siguiéndola.

Emily le lanzó una mirada fulminante que hizo que Kingston tosiera para disimular su risa.

Durante los siguientes quince minutos hablaron solo de libros. Emily cumplió con su cometido y le vendió seis novedades que ella misma todavía no había tenido tiempo de leer. Se molestó consigo misma cuando se descubrió pensando en preguntarle sobre ellos cuando regresara a por nuevas lecturas.

No le caía bien Kingston, por lo que su opinión literaria tampoco

era algo sobre lo que quisiera estar informada.

De hecho, ni siquiera sintió pena por él cuando la señora Collins, lupa en mano, se puso a seguirlos, siendo poco discreta hacia la dirección en que apuntaba su lupa, para espiar a Kingston, ya que a ella la tenía muy vista.

Ni siquiera la aparición de Steve hizo que la mujer apartara su interés del trasero del escritor. Lo que tenía mérito, dado que la anciana solía plantarse frente al mostrador exigiendo que le llevaran los libros que quería, como si moverse para conseguirlos por sí misma fuera una tarea demasiado mundana para alguien de su estatus.

De modo que no, no le mostró ni un ápice de lástima porque sus clientas lo convirtieran en un objeto meramente ornamental y tampoco mostró interés en sus opiniones literarias ni de cualquier tipo.

Aun así, cuando cerró la tienda y se marchó a casa, lo hizo con tres de las novelas que le había vendido a él; y después de cenar y recompensarse con un baño de burbujas y una copa de vino, se dispuso a leer en el agua caliente de su bañera. Minutos antes se encontró pensando en la posibilidad de enviarle un mensaje para saber por cuál había comenzado.

Molesta consigo misma eligió el que más le llamaba la atención y se hizo una foto, nada escandalosa, que subió a sus redes sociales. En ella se veían las burbujas del baño, la copa de vino y el libro escogido.

Se centró tanto en lo que leía que no se dio cuenta de que el agua se enfriaba hasta que tuvo escalofríos y la piel arrugada.

Reacia a dejar la novela, salió del agua, se secó y se puso el pijama, ansiosa por seguir leyendo. La novela era increíblemente adictiva y lo mejor era que se trataba de una autora nueva a la que

nunca antes había leído, lo que le abría una nueva dimensión romántica que explorar.

Se metió en la cama con ganas de continuar, pero el sonido de una notificación de mensajes la hizo dejar la novela a un lado para comprobarlo.

La sorpresa fue quién le había enviado un mensaje y su contenido.

Kingston Ellsworth parecía demasiado interesado en sus redes sociales, se dijo. Seguramente seguía con su plan de hacerse el simpático para que le vendiera el libro o para sacarle un mayor descuento en el Dear Reader.

No era que necesitara de eso, pero el tipo era lo suficientemente retorcido como para querer pagar menos.

En el mensaje parecía interesado por su opinión sobre la novela.

Le contestó que estaba leyéndola todavía y él le respondió preguntándole por qué capítulo iba.

Un mensaje llevó a otro y el otro al siguiente; y cuando se dio cuenta estaba intercambiando impresiones con él mientras ambos leían al mismo tiempo la misma novela.

Se tranquilizó diciéndose que era como si estuviesen en el mismo club de lectura, uno muy exclusivo e íntimo. Y, sobre todo, muy interesante.

Capítulo 8

Pauline entró con una enorme sonrisa en los labios y fue directa hacía Emily, quien se sorprendió al verla. La única vez que había contactado con ella para la presentación de Kingston en Dear Reader había sido, primero, vía correo electrónico y, después, de manera telefónica. No fue hasta el mismo día del evento cuando la conoció en persona y, aun así, Emily se dio cuenta de que estaba nerviosa, lo que propició que ella misma se pusiera en alerta.

La aparición de Pauline tenía que estar directamente relacionada con su escritor estrella, lo que no auguraba nada bueno.

Su instinto ya la había puesto en alerta cuando se presentó todo sonrisas y buenos modales y los mensajes de texto... estaba claro que, tal y como ella había sospechado, había gato encerrado en su inesperado buen rollo.

—Buenos días, Emily —la saludó Pauline—. Me gustaría hablar contigo de un tema... delicado. ¿Tienes tiempo para tomarte un café?

—Por supuesto. Vamos a mi despacho.

—¿Hay alguien que pueda sustituirte un rato? Hay un café de especialidad con una pinta estupenda a una manzana de aquí.

Emily sonrió.

—Lo conozco. La repostería que tienen es un pecado.

Pauline le devolvió la sonrisa, visiblemente más tranquila.

—Me has pillado —bromeó—, necesito un chute de chocolate para superar la mañana.

—En ese caso vayamos a por él —aceptó sonriendo—. Dame un minuto que avise a Steve y a Amy de que voy a salir.

Ella vio asentir y salió de detrás del mostrador donde se encontraba revisando el inventario en el ordenador, para avisar a sus empleados de que se marchaba.

Aprovechó para pasar por su despacho para coger su bolso y salió al encuentro de Pauline llena de curiosidad sobre el motivo de su visita.

La cafetería ocupaba la esquina de una calle tranquila de Greenwich Village, protegida del ruido por un toldo verde oscuro y unas jardineras rebosantes de flores blancas. Desde fuera, las luces cálidas prometían refugio; desde dentro, el aroma a café recién molido y mantequilla derretida hacía imposible querer marcharse.

El local tenía ese encanto imperfecto y acogedor de los sitios que parecen más un salón familiar que un local de moda. Las paredes de ladrillo estaban cubiertas de pequeñas ilustraciones, fotografías antiguas de Nueva York y pizarras escritas a mano con nombres de cafés importados de todas las partes del mundo. Sonaba jazz suave de fondo, mezclándose con el murmullo de conversaciones tranquilas y el tintineo de las cucharillas contra las tazas.

Tras el mostrador, había una vitrina iluminada que exhibía auténticas tentaciones: rollos de canela cubiertos de glaseado brillante, *cookies* enormes con el chocolate todavía fundido en el centro, tartas de queso tan cremosas que parecían deshacerse antes incluso de probarlas y cruasanes dorados con capas infinitas y

crujientes. Todo olía a vainilla, canela y azúcar tostado.

Las mesas eran pequeñas y de madera clara, estaban ocupadas por personas leyendo novelas, escribiendo en portátiles o simplemente observando la lluvia deslizarse al otro lado de los ventanales.

Ese era el encanto de Greenwich Village y el de sus locales. Había cierta similitud en el ambiente, del mismo que se respiraba en Dear Reader.

La camarera saludó a Emily con una sonrisa y se acercó a ellas en cuanto se sentaron.

—Así que eres una habitual —adivinó Pauline.

—Lo soy. Aunque la mayoría de las veces me privo de las tartas y los postres y me limito a comerme la galleta de mantequilla en forma de corazón que obsequian con el café. Y créeme, es una experiencia realmente dolorosa decir que no a todas esas delicias.

Tanto Pauline como la camarera se rieron del tono dramático con que hablaba Emily.

—Pues imagínate yo que trabajo aquí y estoy oliéndolos todo el día.

—Eso es peor. —Estuvo de acuerdo Emily mientras Pauline asentía.

Entre bromas hicieron su pedido; y unos minutos después, las dos estaban disfrutando de un pedazo de tarta: de chocolate, Pauline; y de queso con mermelada de arándanos, Emily.

La agente no fue directa al grano con lo que necesitaba de ella, sino que primero tanteó el terreno. Ya le había caído bien la primera vez, pero después de ese ratito de charla se dio cuenta de que era una persona divertidísima y con un agudo sentido del humor.

Por todo ello, decidió ponerle las cosas fáciles y fue ella quien se lanzó de cabeza a la piscina.

—Supongo que tu visita tiene algo que ver con Kingston, así que dispara. Estoy preparada para lo que sea —dijo con un tono cómico que pretendía facilitar la conversación.

—En realidad no sé cómo decirte esto —confesó Pauline. No paraba de tocarse el pelo, lo que demostraba que estaba nerviosa.

—¿Tan malo es?

—No es malo, solo... complicado. Sobre todo porque sé que King y tú no congeniasteis mucho el día de la presentación.

—Ni el día de la presentación ni cada vez que ha venido a comprar libros, si quieres que sea sincera. Solo nos toleramos cuando compartimos impresiones sobre los libros que hemos leído.

—¿Perdón?

Emily la miró extrañada. Pauline parecía completamente desubicada por sus palabras.

—¿Me estás diciendo que Kingston Ellsworth ha salido de su despacho en su ático de Manhattan para ir a comprar libros a tu tienda?

—Sí.

—¿Y más de una vez?

Asintió.

—¿E incluso ha hablado contigo de libros y habéis intercambiado impresiones?

—Sí, me escribió en las redes sociales de la librería y al final intercambiamos números de teléfono.

—¿Te ha dado su número personal?

—¿De verdad es tan extraño que venga a Dear Reader a comprar libros?

—Teniendo en cuenta que es la clase de persona que lo compra todo online, incluida la comida, sí. Es muy extraño. Aunque supongo que eso le da sentido a lo que tengo que pedirte.

—Ahora sí que estoy asustada.

Pauline se rio.

—Yo también.

—Eso no ayuda.

Su respuesta fue un encogimiento de hombros.

—Voy a soltarlo y listo. Después valoramos daños.

—Muy bien.

—Kingston quiere trabajar en tu librería. —Al ver que Emily no dijo nada al respecto, continuó con la historia—: Por supuesto será mano de obra gratuita, no tendrás que pagarle.

Las dos se quedaron en silencio unos largos segundos mientras Emily asimilaba lo que le acababa de decir.

—¿Para qué necesita mi librería? Estoy segura de que debe de tener una biblioteca del tamaño de la de *La Bella y la Bestia*.

—La tiene, quizá no tan grande, pero lo que busca no son libros, sino inspiración.

—¿Por qué en mi tienda? Ni siquiera le caigo bien.

Pauline sonrió incómoda.

—Hay poca gente que le cae bien y, por alguna razón le gustas lo suficiente como para pensar que pasar tiempo contigo puede inspirarlo.

—¿Conmigo o en Dear Reader?

—Creo que su petición tiene más que ver contigo que con tu encantadora librería, sobre todo después de lo que me has contado.

—Creo que solo viene para sacarme de quicio y, quizá, porque se fía de mi criterio literario.

—Eso ya es ser especial. Te aseguro que no es fácil de complacer.

—También tengo que pensar en mis clientes. No es precisamente amable y servicial, no puedo dejar que se relacione con ellos si va a

ser un déspota.

—Lo entiendo y se lo haré saber. Creo que lo que busca es la experiencia para después poder plasmarla en su novela.

—No creo que sea necesario ser tan minucioso para escribir.

Pauline volvió a encogerse de hombros.

—Es mi autor más exitoso. No puedo llevarle siempre la contraria. De vez en cuando me toca ceder y esta vez lo he hecho con esta loca petición —confesó—, tú míralo por el lado interesante: trabajará para ti gratis, por lo que podrás mandarle a hacer lo que sea que quieras. Si se niega o se muestra impertinente sin motivo, tendrás derecho a despedirlo como a un trabajador más. Solo hay beneficios para ti.

—Supongo que visto así...

—Sabía que íbamos a estar de acuerdo en esto.

Capítulo 9

El primer día de trabajo de Kingston se presentó con unos vaqueros, una camiseta y unas gafas negras de pasta estilo Clark Kent que sorprendieron a Emily. No estaba muy segura de si eran graduadas o formaban parte de su disfraz de librero en prácticas, el caso era que no podía negar que le quedaban de maravilla, aunque en su estructura ósea cualquier cosa le quedaba de maravilla, lo que ni siquiera era mérito propio, sino probablemente de los genes heredados de sus padres.

Pero lo más sorprendente fue que llegó puntualmente, media hora antes de la apertura al público, con los brazos cargados de vasos de café para sus compañeros y una caja de rollos de canela de su cafetería favorita.

Su primer pensamiento fue que Pauline le hubiera recomendado que lo comprara y lo llevara, pero después lo descartó. La mujer no parecía la clase de persona que aconsejaba a otros llevar sobornos, sino que era más probable que la idea de encandilarlos con café y azúcar fuera del propio Kingston.

Para no ser la nota discordante, aceptó los presentes y le instruyó sobre lo que debía hacer. Afortunadamente, Steve se ofreció a ser su guía en su primer día, lo que contribuyó a que Emily se

relajara.

Había aceptado ayudarlo por Pauline; aunque apenas la conocía, le parecía buena gente y entendía que su trabajo era estresante y, para qué negarlo, el hecho de poder mangonear a Kingston mientras trabajara para ella tampoco le había desagradado.

Durante las primeras horas, casi ni se cruzó con él. Y no porque estuviera encerrada en su despacho imprimiendo pedidos de papelería y organizando paquetes —porque se tomó su tiempo para estirar las piernas y echar un vistazo al ambiente de la librería—, sino porque Kingston se había tomado en serio su trabajo y estuvo junto a Steve detrás del mostrador atendiendo a los clientes.

El día pasó sin sobresaltos. Como siempre se turnaron para comer y, para sorpresa de nadie, Steve y Kingston fueron los primeros en tomar su turno. Amy y Emily comieron en el pequeño comedor de la librería mientras que los otros dos salieron a una cafetería cercana.

—Parece que Steve y King han congeniado bien —apuntó Amy mientras abría su fiambarrera.

—Sí, supongo que Steve necesitaba otro hombre para equilibrar la balanza —bromeó Emily—. Entre que casi todos son clientas y que sus compañeras también somos mujeres, el pobre debe sentirse en minoría.

—Al principio King no estaba muy contento de que lo emparejaras con él. Creo que quería pegarse a ti porque no paraba de buscarte con la mirada y de hacer preguntas sobre ti.

—¿Qué tipo de preguntas?

—¿Si sabíamos cómo se te había ocurrido la distribución de los libros?, ¿si habías decorado tú Dear Reader? Esas cosas.

—Supongo que está tomándose muy en serio su trabajo de documentación —dijo tratando de que sonara como una broma.

Por un lado, le pareció extraño que no le preguntara esas cosas directamente, pero por el otro comprendió que temiera hacerlo dado lo complicada que había sido su relación hasta el momento. No obstante, Emily era una persona de palabra y si se había comprometido con ayudarlo para su nueva novela lo haría, aunque se viera obligada a contarle algunos de sus secretos para ello.

—Sí, es muy profesional. —Sonrió Amy.

Dejaron el tema y se enfrascaron en hablar de la última novela que ambas habían leído.

El resto de la tarde siguió su curso sin que pudiera cruzar más de dos palabras con Kingston. A las nueve, cuando llegó la hora de cerrar, Steve propuso ir todos juntos a comer una hamburguesa para celebrar el primer día de trabajo de Kingston:

—Podemos ir a la hamburguesería que está a dos calles de aquí. La que tiene las mejores patatas fritas de la ciudad, con todas esas salsas para mojar.

—Yo no puedo, tengo una cita y he de ir a casa a ducharme y a cambiarme de ropa —comento Amy sonriendo—, que lo paséis bien.

—Y tú —dijo Steve con un gesto travieso.

—Eso espero —confesó ella mientras se despedía con la mano de ellos y salía por la puerta de la librería.

—Eso nos deja a los tres.

—Por mí, perfecto —aceptó Kingston, cuando Emily había esperado que pusiera alguna excusa para no ir.

—Maravilloso —habló por primera vez, fingiendo entusiasmo; y aunque logró que Steve se lo creyera, la mirada cargada de diversión del escritor le anunció que su actuación no había sido lo bastante buena como para que él no se diera cuenta de que era un acto.

La hamburguesería estaba literalmente a dos calles de Dear Reader, por lo que no era un lugar desconocido ni para ella ni para Steve. Emily dudaba que Kingston estuviera habituado a comer en lugares tan concurridos. Si lo que le había contado Pauline era cierto, y no había motivo por el que no lo fuera, no le gustaba mucho socializar, lo que le daba sentido a su actitud distante. La hamburguesería desde fuera no parecía gran cosa, pero en cuanto abrías la puerta, el aroma a pan recién tostado, carne a la parrilla y patatas especiadas te envolvía como un abrazo inesperado en mitad de la polución neoyorquina.

Las paredes blancas y lisas estaban cubiertas de fotografías de clientes tratando de meterse en la boca hamburguesas gigantescas, lo que resultaba cómico y entrañable al mismo tiempo.

Sonaba música suave de fondo, pero estaba tan baja que apenas se escuchaba por debajo de la voz de los comensales.

Tomaron asiento en una de las pocas mesas vacías y esperaron a que alguien se acercara a tomarles nota.

Para sorpresa de Emily, Kingston se sentó a su lado, lo que inevitablemente la puso nerviosa, no porque él fuera capaz de ello ni mucho menos, sino porque temía que soltara alguna de sus impertinencias y con su réplica se cargara el buen ambiente que parecía reinar entre los tres.

Que fuera increíblemente atractivo y que oliera de maravilla no tenía nada que ver con que su estómago se retorciera de nervios, eso se debía al hambre nada más.

—¿Qué vais a pedir? —interrumpió Steve sus pensamientos al preguntarles.

—Hamburguesa crujiente de pollo y patatas con todas las salsas que tengan —confesó sin apuros.

Vio a Kingston reírse a su lado, pero no parecía estar burlándose,

por lo que lo dejó pasar.

—¿Y tú? —le preguntó Steve al escritor.

—La elección de Emily me ha convencido, pediré lo mismo que ella.

—Bien, yo quiero una doble de ternera con todo y patatas de rejilla.

—También suena bien, pero me quedo con el pollo —apuntó mirándola.

Emily estaba comenzando a montarse películas en la cabeza, de modo que sacó su teléfono del bolso y se puso a teclear para evitar fantasear con el chico guapo pero idiota sentado a su lado.

Detrás de la barra, los cocineros trabajaban con rapidez y en menos de diez minutos tenían su comida delante.

Las hamburguesas llegaban envueltas en papel encerado, enormes y apetecibles, con el queso derritiéndose lentamente sobre la carne y el pan brioche ligeramente brillante por la mantequilla. Y luego estaban las patatas: doradas, crujientes y servidas en pequeñas cestas metálicas, con recipientes enormes para las salsas.

—Esto tiene una pinta estupenda —apuntó Kingston—. Lo malo van a ser los kilómetros extra que voy a tener que correr para quemar tanta grasa.

Emily estaba en sus pensamientos mientras sus compañeros hablaban de rutinas de ejercicios. Por culpa del comentario de Kingston, en esos instantes su cabeza no dejaba de mostrarle imágenes del escritor en pantalón corto y camiseta sin mangas, luciendo sus perfectos músculos en una carrera al aire libre por las calles del West Village.

Volvió en sí cuando los chicos le preguntaron si quería postre. Trató de unirse a la conversación, pero la cercanía de Kingston la

obnubilaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Cuando terminaron de cenar, Emily sacó la tarjeta para pagar, pero Kingston se le adelantó, diciendo que, dado que habían salido a celebrar su primer día, le correspondía a él hacerse cargo de la cuenta.

—Trabajas sin cobrar —protestó Emily—, deja que al menos te pague la cena.

Él la miró con una sonrisa maquiavélica.

—¿Esto es cosa de un día o te estás ofreciendo a pagarme la cena cada noche que trabaje en tu librería?

La pregunta la dejó desconcertada por lo inesperada.

No era que tuviera problemas en pagarle la cena a alguien que trabajaba sin cobrar, era que la idea de cenar con Kingston cada noche le resultaba tan inquietante como interesante.

—¿Todos?

Escuchó a Steve reírse.

—Puedo rebajarlo a tres, pero ni uno más. Lunes, miércoles y viernes tienes que llevarme a cenar para compensarme por mis servicios.

—¿Y si tengo planes los viernes?

—Pásalos al sábado. Una promesa es una promesa —comentó muy serio.

—De acuerdo —concedió, sin tener muy claro cómo había terminado en semejante lío.

—Estupendo. Es martes, me toca pagar a mí —dijo levantándose de la mesa para ir a atender la cuenta.

—¿Qué acaba de pasar? —le preguntó a Steve, que parecía encantado con la situación.

—Que acabas de comprometerte a tener citas con tu escritor favorito. Eres una chica afortunada.

—¡No hay citas que valgan!, solo estoy pagando por su trabajo —exclamó indignada.

—Me alegra comprobar que no has negado que sea tu escrito favorito.

—Eres un amigo horrible.

Él se rio a carcajadas y le guiñó un ojo.

La aparición de Kingston hizo que se prepararan para marcharse. Una vez en la puerta, Steve se excusó con que tenía cosas que hacer y se encaminó hasta la boca de metro más cercana.

—Te llevo a casa —se ofreció Kingston.

—No hace falta. No vivo lejos.

—Mi coche está aparcado al lado de la librería, te llevo.

—Al lado de la librería hay un garaje particular.

—Así es.

—¿Cómo has aparcado ahí? Es superexclusivo, hay que ser propietario para poder hacerlo.

—Tengo un amigo que tiene varias plazas que alquila. Me ha dejado la que tenía libre. —Se encogió de hombros restándole importancia.

—¿Casualmente al lado del Dear Reader?

Asintió, pero sin hablar. Caminaron juntos de vuelta a la librería y, tal y como había dicho, el BMW M5 híbrido enchufable de Kingston estaba aparcado en una de las mejores plazas del lugar. Fuera quien fuera su amigo, estaba claro que tenía dinero y contactos.

Sorprendentemente la acompañó hasta la puerta del copiloto y se la abrió para que entrara. Después dio la vuelta y se sentó frente al volante.

Al encender el motor, la música de Taylor Swift con *All Too Well (Taylor's Version)* comenzó a sonar descolocando a Emily.

Decidió no comentar nada y se limitó a darle su dirección. En

menos de quince minutos estaba parando frente a su edificio, y durante todo el trayecto se esforzó en no mirarlo, a pesar de que hubo momentos de que por el rabillo del ojo lo vio observar en su dirección.

—Gracias por traerme.

—De nada. Recuerda que mañana es miércoles.

Lo miró sin entender.

—Te toca invitarme a cenar.

—Cierto. Buenas noches.

Antes de que tuviera tiempo a abrir la puerta y salir, Kingston ya estaba frente a ella escoltándola. Salió del coche y pasó tan cerca de él que no pudo evitar que sus cuerpos se rozaran. Notó los fuertes músculos de sus brazos, pero se mantuvo firme y se obligó a no mirar atrás.

Una vez en su casa, hizo una llamada a tres bandas y les contó a su hermana y a su amiga Morgan lo que acababa de pasarle.

—Eres una afortunada —se quejó Morgan—, te salen citas sin siquiera hacer nada.

—No son citas. Es el pago por un servicio.

—Eso ha sonado fatal, que lo sepas —apuntó Morgan mientras su hermana apoyaba su historia:

—Lo que tú digas, cariño.

—Buenas noches, ya no quiero hablar con vosotras —se quejó colgando la llamada, no sin que antes hubiese llegado a tiempo para escuchar sus risas.

Kingston no le gustaba, aunque fuera guapísimo, tuviera un cuerpo impresionante y escribiera de maravilla. Ni siquiera su nueva personalidad amable iba a hacer que se olvidara de lo borde y desagradable que había sido en su primer encuentro.

No era rencor, era simple afán de supervivencia.

Capítulo 10

Morgan apareció en la librería al día siguiente de que les contara lo que le había sucedido con Kingston y el pago por su trabajo, ¿casualidad o cotilleo? No estaba muy segura de con cuál de las dos opciones quedarse. Si hubiesen aparecido las dos —Morgan y Alice—, no habría dudado un segundo, pero que solo apareciera su amiga la hacía abogar por simple casualidad con intención.

Por supuesto, lo primero que hizo al entrar por la puerta de Dear Reader fue buscar a Kingston sin ningún disimulo.

En esos instantes estaba hablando en uno de los pasillos con la señora Collins que había pasado de ser una clienta habitual que les visitaba cada semana a ser una clienta diaria que exigía que le atendiera el chico nuevo; había sucedido dos veces, pero Emily estaba segura de que iba a convertirse en la tónica habitual. Llevaba años conociéndola y si algo tenía la señora Collins era su infinita constancia y su obsesión por los chicos guapos y jóvenes, literarios y reales.

—Definitivamente eres una chica con suerte —se emocionó Morgan—, es atractivo y muy sexy con esas gafas de intelectual musculoso.

—¿Así que has venido a cotillear?

—No, he venido porque necesito que me consigas un libro.

—Un libro.

Su amiga la miró con fingida preocupación.

—Sí, normalmente cuando necesitas un libro acudes a una librería.

—De acuerdo. —Decidió seguirle el juego—. ¿Qué libro necesitas?

—Ahí está el problema, no sé su nombre. Solo te puedo decir que es antiguo y que trata sobre las técnicas de teñido de telas durante la civilización egipcia.

—¿Para qué quieres un libro sobre ese tema? Porque si es una excusa para venir a ver a Kingston y me paso días buscándolo me voy a enfadar mucho contigo.

Morgan le lanzó una mirada fulminante.

—A no ser que te estés planteando teñir tú misma la tela con la que haces tus vestidos.

—No digas tonterías. Necesito entretenerme. Ahora que estoy divorciada tengo demasiado tiempo para mí. —Se encogió de hombros—. Necesito una afición.

—Prueba a con lo que hace la gente normal: salir a divertirse.

—¿Estás diciendo que reconoces que no eres normal? Porque que yo sepa tú no sales mucho, aunque ahora parece que las cosas van a cambiar —dijo moviendo las cejas sensualmente.

—Muy graciosa. Voy a cenar con él, nada más.

Morgan se encogió de hombros.

—Tú te lo pierdes. Yo aprovecharía la ocasión.

—Seguro que lo harías.

—¿Qué significa eso?

Fue su turno para encogerse de hombros y reflejar su postura desinteresada.

—A lo mejor, si hubieses invitado a salir a cierto abogado guapísimo, no necesitarías buscar aficiones raras.

Morgan la miró en silencio antes de cambiar de tema.

—Consígueme el libro, anda.

—Lo haré, pero también podemos salir una noche y tratar de ser normales —ofreció.

—Me apunto a lo de salir, no a lo de ser normales.

—¡Bien! Le mandaré un mensaje a Alice para saber si está libre el sábado.

Su amiga negó con la cabeza.

—Otro día. Que sea solo para solteros. Daniel y Sarah están invitados. —Hizo una pausa, pensativa—. A no ser que Sarah ya haya encontrado pareja en estos días que no nos hemos visto.

—Creo que sigue buscando.

—¡Genial! Salimos el viernes. Avisa a todos.

—Sabes que el viernes no puedo.

Morgan la miró sin entender durante unos segundos hasta que cayó en la cuenta y se echó a reír.

—¿Está soltero?

—Creo que sí.

—¡Invítalo a venir con nosotros! Cuantos más, mejor.

—Eres una mandona.

—No pienso refutar eso.

La jornada en la librería llegó a su fin y Emily recogió sus cosas para cerrar. Ni siquiera sabía dónde llevar a Kingston a cenar. Había accedido a invitarlo, y dado el trabajo de contención que había hecho con la señora Collins, se merecía un entrante, un plato principal y un postre, el problema era que, como ella misma no salía mucho, no estaba al día de dónde ir.

Por otro lado, no quería pasarse y que él pensara que estaba tratando de impresionarlo, porque ese no era el caso.

Decidió que la persona indicada para que le recomendara un restaurante para cenar era Jacob Hearst, el novio de su hermana. Sin pensarlo mucho le envió un mensaje y esperó por su respuesta.

Jacob contestó en seguida con una serie de preguntas sobre lo que buscaba, las respondió mientras Steve apagaba las luces y se despidió de Amy sin levantar la vista del teléfono. Sabía que Kingston estaba pendiente de lo que hacía, pero no podía cumplir con su palabra si no sabía dónde ir.

Finalmente, él le mandó un mapa lleno de puntos en los que había restaurantes adecuados y que estaban relativamente cerca.

Pinchó sobre un par de ellos hasta que descubrió uno que le gustó.

Agradeció a su cuñado por la lista y levantó la mirada en busca de Kingston.

—¿Te gusta la comida tailandesa? —preguntó, pero antes de que le respondiera siguió—: Hay un restaurante que pinta bien a diez minutos de aquí.

—Me gusta.

—Entonces, vamos a cenar.

Amplió su invitación a Steve, pero este dijo que tenía planes, por lo que se encontró caminando al lado de Kingston con el estómago revuelto de nervios y la mente en blanco.

Le parecía de mala educación no hablar con él, de modo que sacó el tema más inofensivo que se le ocurrió.

—¿Qué tal tu primera experiencia con la señora Collins?

—No es la primera.

Emily asintió al recordar cómo lo había apuntado con su lupa.

—Pero bien. Es una fuente inagotable de información interesante

—comentó, dejándola completamente descolocada.

—¿De verdad?

—Es un poco excéntrica, pero muy interesante.

—¿A pesar de su obsesión por los hombres jóvenes?

Kingston se rio con naturalidad y Emily se encontró a sí misma con la mirada fija en su boca. Apartó la vista, temerosa de que se diera cuenta.

Estaba perdiendo la cabeza. Kingston había fingido ser amable dos días y ella se olvidaba de su soberbia y su mala leche.

—Siempre ha sido respetuosa. Ha mirado, pero mirar está permitido.

Se puso colorada al instante, preocupada de que eso fuera una indirecta hacia ella. Sin embargo, no parecía molesto o incómodo.

—Supongo.

Lo primero que llamó la atención de Emily cuando llegaron al restaurante era que se trataba del tipo de local al que alguien te lleva cuando quiere impresionarte sin parecer que lo está intentando demasiado. Ese lugar donde una conversación cualquiera puede acabar convirtiéndose en el principio de algo importante.

Eso era, precisamente, lo que no quería. La cena era un pago por su ayuda en la librería, nada más. Y, aunque la elección del restaurante no había sido de Jacob sino suya, sí que no pudo evitar sospechar que su hermana hubiera puesto en antecedentes a su novio y que este, tratando de ayudar, le hubiese enviado una lista de restaurantes coquetos para parejas.

Desde fuera parecía discreto, casi imposible de encontrar si no sabías que estaba allí, pero las luces cálidas que se escapaban por los ventanales empañados prometían exactamente el tipo de noche que no se olvida.

Dentro olía a jazmín, coco y curry suave. Las paredes estaban pintadas en tonos oscuros, con lámparas doradas colgando sobre las mesas de mármol y velas diminutas que convertían cada rincón en algo íntimo, casi romántico. Sonaba música tailandesa moderna, y el murmullo elegante de las conversaciones hacía que todo pareciera una escena de una de las novelas románticas que ella misma leía.

Las camareras llevaban vestidos negros sencillos y sonrisas serenas. Los cócteles llegaban adornados con flores comestibles y rodajas de lima, y el *pad thai* tenía ese aroma imposible que hacía que incluso las personas más sofisticadas olvidaran la compostura durante un segundo. Había parejas compartiendo curry rojo mientras se rozaban las manos sobre la mesa, escritores corrigiendo manuscritos junto a una copa de vino blanco y hombres de relojes imposiblemente caros que, por alguna razón, parecían menos inaccesibles bajo aquella luz dorada.

Desde la ventana podía verse la calle mojada reflejando los neones del Village. Taxis amarillos pasando despacio y gente bajando y subiendo de ellos. Y dentro, entre el vapor de los platos y el tintinear suave de las copas, el tiempo parecía más cálido y aromático.

—Este sitio es increíble —comentó Kingston.

—Lo siento.

Él la miró con una sonrisa en los ojos.

—¿Por traerme a un sitio tan estupendo?

—Sí, no..., es la primera vez que vengo —aclaró, por si creía que había tenido la intención de impresionarlo—. Me lo ha recomendado mi cuñado.

—En ese caso felicítalo de mi parte. Tiene muy buen gusto en materia de restaurantes.

—Ni siquiera hemos probado la comida —protestó.

—¿No puedes olerla? Si sabe la mitad de bien de lo que huele va a ser increíble.

—Supongo que tienes razón.

—Vas a tener que superarte el viernes, después de hoy me muero por ver qué otros lugares te ha recomendado tu cuñado.

—¿Cómo sabes...? Quería decirte algo sobre el viernes.

—Dime.

—Mis amigos han organizado una salida de solteros: cena y copas, nada salvaje. Sé que tenemos nuestra cena pendiente, así que quería invitarte a unirme a nosotros, si estás soltero y te apetece.

—Sí a las dos cosas.

—¡Bien! A lo de que te unas, no a que estés soltero —aclaró, más nerviosa de lo normal—, eso es cosa tuya.

Él se rio sin disimulo.

Capítulo 11

Emily no estaba segura de que fuera buena idea juntar a sus amigos con Kingston, pero se había comprometido a invitarlo a cenar cada lunes, miércoles y viernes mientras trabajara en la librería, por lo que al quedar con las chicas había tenido que ofrecerle unirse a ellos para no incumplir con su palabra.

Lo que no se esperaba fue que él aceptara e incluso que se ofreciera a llevarla en su coche. Quizá, el que conociera a Daniel y a Sarah —ya que ella también había estudiado con Daniel, lo que por defecto la hacía compañera de Kingston— le había animado a aceptar la invitación, o puede que solo estuviera buscando nuevas experiencias que después plasmar en sus novelas, ya que según Pauline no salía mucho.

De cualquier manera, tenía que reconocer que las cosas entre ellos estaban mucho mejor que cuando se conocieron el día de la presentación. Él había rebajado mucho su tono e incluso se mostraba amable y educado con todo el mundo. No obstante, Emily no terminaba de bajar la guardia con él, después de todo, era el prototipo perfecto de villano de novela romántica: guapo, rico y exitoso. Como una especie de CEO dominante que no dudaría en pisar a quien fuera si eso lo beneficiaba de alguna manera.

El caso era que esa noche tenía la intención de pasarlo bien y no iba a permitir que sus locos pensamientos sobre su nuevo empleado se interpusieran. A las nueve menos cuarto se metió en su despacho y se cambió de ropa para salir.

Había optado por ir cómoda pero guapa, por lo que escogió un vestido largo de color vino entallado hasta la cintura, con un escote en uve que se abría hasta la cintura, una chaqueta corta de cuero negro, botas y bolso.

El cabello se lo dejó suelto y solo retocó un poco su maquillaje.

Salió cuando Steve ya estaba apagando las luces y, como siempre, Amy ya había salido corriendo hacia su siguiente cita a ciegas.

Ella se jactaba de ser una romántica empedernida, pero no había duda de que Amy le ganaba la partida. Tenía que serlo para tolerar tanto encuentro con desconocidos esperando a que apareciera el adecuado. Quizá, si dejara las aplicaciones y tratara de conocer a alguien por el método tradicional, las cosas le irían mejor. En cualquier caso, Amy seguía convencida de que en alguna de esas citas encontraría a su chico perfecto.

Una vez que terminó de arreglarse, se ocupó de la alarma y salió de Dear Reader. El único que estaba en la puerta era Kingston, Steve se había marchado a toda prisa por sus propios planes de viernes.

—¿Lista? —le preguntó con una sonrisa.

—Sí.

—Estás guapísima —dijo con una mirada apreciativa.

—Gracias.

Eso sí que no se lo esperaba. Una cosa era ser amable y educado y otra que acariciara su ego. Sintió que debía corresponderle...

—Tú también lo estás.

No le respondió, se limitó a sonreírle.

Caminaron los pocos pasos que los separaban del aparcamiento donde estaba el coche de Kingston y una vez en él se pusieron en marcha.

De nuevo la voz de Taylor Swift inundó el coche y Emily ya no pudo aguantarse las ganas de preguntar:

—Me sorprende tu elección musical.

Kingston apartó un segundo la mirada de la carretera para responderle:

—¿Por qué? A los hombres también nos gusta el pop.

—No, no se trata de que seas un hombre, sino de que... me ha sorprendido.

Él se rio.

—Taylor es maravillosa para escribir, es imposible que no se te ocurra alguna historia increíble con ella cantando de fondo —explicó—, al principio solo la escuchaba mientras escribía, pero ahora me la pongo a todas horas. Lana también es una fuente de inspiración, si te lo preguntas.

Fue el momento de sonreír de Emily.

El gusto musical compartido hizo que la atmósfera en el coche se sintiera cómoda y agradable.

Cuando llegaron al restaurante se bajaron para que uno de los aparcacoches se hiciera cargo del BMW y se dirigieron hacia la entrada.

El japonés que había escogido Daniel era, como se podía esperar, de los más selectos de la ciudad. Emily no tenía ni idea de cómo conseguía mesa en ellos con tan poco tiempo de antelación. Se preguntó si el apellido Astor tenía tanto poder y se dio cuenta ella sola de que la pregunta era ridícula, aunque no la hubiese hecho en voz alta.

La fachada del local era discreta y de madera oscura iluminada por faroles de papel. Se leía el nombre en una pequeña placa negra, con caracteres dorados, y había un portero impecablemente vestido que era en extremo cortés y educado, casi hasta la exageración.

Emily se dio cuenta de que Daniel era un asiduo al restaurante cuando el hombre lo saludó por su nombre.

Dentro, el ruido de la ciudad desaparecía.

Olía a arroz avinagrado, a salsa de soja tostada y a cedro húmedo. El restaurante estaba iluminado con una luz cálida y baja que convertía cada mesa en una escena íntima. Las paredes mezclaban piedra oscura y paneles de madera pulida, y desde algún lugar sonaba música tradicional japonesa muy suave, apenas un murmullo elegante entre el tintinear del cristal fino.

Pero lo verdaderamente especial estaba al fondo.

Tras un corredor estrecho decorado con ramas de cerezo secas y grabados antiguos de Kioto, se encontraban las zonas de reservados privados. Una puerta corredera de madera lacada separaba aquel espacio del resto del restaurante.

El reservado era pequeño, exclusivo y por demás silencioso. El suelo estaba cubierto por tatamis impecables y en el centro descansaba una mesa baja de nogal oscuro preparada con precisión casi ceremonial. Había velas diminutas reflejándose en copas de cristal, platos de porcelana artesanal y un arreglo minimalista de flores blancas que parecía colocado al milímetro.

Desde una ventana estrecha podían verse las luces de Manhattan.

Era el tipo de lugar donde se cerraban contratos millonarios... o donde alguien podía enamorarse sin darse cuenta.

Al dejar sus zapatos en la entrada del reservado se dieron cuenta de que sus amigos ya habían llegado, dado que había unos zapatos

de caballero y dos de mujer.

—No llegamos tarde —le dijo Kingston, al ver su expresión.

—Pero sí los últimos.

—¡Vamos!

Abrió la puerta corredera para ella y la dejó pasar primero.

Tras los saludos y las presentaciones —tal y como había supuesto, Sarah también había sido compañera de clase de Kingston —, se decidieron a pedir.

Mientras ellos charlaban animadamente, los camareros entraban y salían en absoluto silencio, sirviendo nigiris perfectos, sashimi cortado como si fuese una obra de arte y pequeños cuencos de ramen humeante con una delicadeza casi reverencial.

Y precisamente por eso había tanta demanda para acceder no solo al restaurante, sino a esa parte de él a la que solo podían entrar unos pocos elegidos.

Emily estaba sentada delante de Daniel y al lado de Kingston, por lo que su conversación prácticamente era solo con ellos.

Le sorprendió saber que ambos se habían mantenido en contacto al terminar los estudios y, por las cosas que decía, incluso Sarah lo hacía.

—Y dime, Kingston, ¿de qué va tu nueva novela que has necesitado trabajar gratis para documentarte? —preguntó Morgan de repente.

—Gratis no. —Se rio él, sin darle importancia al modo tan directo en que le había lanzado la pregunta—. Estoy cobrando en cenas como esta.

—¡Cierto! —se rio Morgan—, pero no disimules y cuéntanos.

—Lo único que diré sobre ella es que hay una librería y es muy importante para la historia.

—Muy diplomático —se burló Daniel—. Eso es lo mismo que no

decir nada.

—Soy un poco supersticioso con estas cosas —confesó—, no me gusta hablar de mis libros antes de haberlos terminado.

—¿No tienes lectores cero? —preguntó Emily.

Negó con la cabeza.

—¿Vale mi madre? Es la única, además de Pauline, que lee mis novelas antes de que salgan a la venta.

—Depende de si te da su opinión al respecto y de si le haces caso —bromeó.

—En ese caso, sí. Tengo dos lectoras cero.

La conversación siguió y todos disfrutaron de la velada.

Capítulo 12

La cena había sido estupenda, no solo por la comida, también por la compañía. Kingston se había adaptado con facilidad a todos y estaba segura de que se lo había pasado bien. No obstante, estaban a punto de pasar por la prueba de fuego: la fiesta, propiamente dicha.

A la hora de ponerse en marcha no había querido dejar colgado a Kingston, por lo que se había ido con él en el coche en lugar de con Daniel y los demás. La mirada que le lanzó Morgan fue significativa, pero hizo como que no se daba cuenta y la ignoró.

Se trataba de hacer lo correcto, no de pasar más tiempo con su escritor favorito que, además, era el tipo más atractivo que hubiese visto nunca.

Además, todavía no estaba segura de que su encanto compensara a su carácter. De acuerdo que se mostraba más amable y accesible que antes, pero eso no era suficiente para hacer que perdiera los papeles por una cara y un cuerpo impresionantes.

Los aparcacoches llevaron el vehículo de Kingston y, tras darles una propina, como hacía cada vez, le abrió y cerró la puerta del coche, dándole un trato al que no estaba acostumbrada.

Una vez dentro arrancó el motor y sacó el teléfono de su bolsillo

para cambiar la música.

Emily no pudo evitar echarse a reír cuando *Snow on the Beach* de Taylor Swift y Lana del Rey comenzó a sonar de fondo.

—Me gusta esta canción —confesó con una sonrisa.

—Otra cosa que tenemos en común —dijo Kingston saliendo del lugar.

—No creo que tengamos muchas.

—Te equivocas. Te sorprenderías de lo parecidos que somos, al menos en gustos.

—¿De veras? —preguntó con incredulidad en la voz.

Asintió muy serio.

—Nos gustan los mismos libros, los mismos autores, la misma música, casi podría afirmar que nos cae bien la misma gente —se encogió de hombros—, son muchos puntos y, sobre todo, son puntos importantes.

Emily sonrió.

—Supongo que puede que tengas razón.

—La tengo —sonrió mirándola—, aunque no te guste dármele.

—Otra cosa que tenemos en común —bromeó.

Para su deleite, Kingston no le protestó al respecto.

Se decidieron por el Aether, el club más de moda de Manhattan, situado en Hudson Yards.

Como cada vez que había ido, siempre con Daniel, se saltaron la cola de acceso y los condujeron directamente a la zona VIP. El padre de Daniel era uno de los inversores, por lo que el trato allí siempre era excepcional.

En la zona VIP, donde las paredes eran de cristal, podías ver sin ser visto por quienes se encontraban al otro lado.

El club era realmente impresionante, completamente de cristal y

aluminio, con un toque etéreo y futurista. Siempre con los mejores DJ y famosos que protagonizaban el papel cuché o el cine.

Se acomodaron en uno de los reservados de la zona VIP e inmediatamente después aparecieron camareros con copas, hielo y las botellas de cortesía que siempre les entregaban.

Se fijó en que, igual que durante la cena, Kingston y Sarah se limitaron a pedir refrescos. Nada que ver con Morgan y Daniel, quienes parecían decididos a beberse hasta el agua de los floreros.

Emily, por su parte, tenía pensado tomarse una copa y parar ahí. Al día siguiente no iba a ir a la librería. Dejaría que Steve y Amy se encargaran y ella misma se tomaría el día libre para organizar su casa y prepararse una bolsa de fin de semana, ya que iba a quedarse con Daniel después de la fiesta que su amigo daba en su casa al día siguiente.

—Mañana no hace falta que vayas a la librería —le dijo a Kingston, que se había sentado a su lado.

—¿Por?

—Puedes ir si quieres, solo te lo comento porque no hace falta que madrugues después de hoy.

—¿Tú vas a hacerlo?

—Voy a dormir y a recoger mi casa —confesó—. Después me haré un tratamiento de belleza estilo Emily.

—¿Estilo Emily? —inquirió con una sonrisa en la voz.

—Mascarillas, baño con espuma, libro y copa de vino...

—Suenan bien. Voy a tener que plagiarte la idea.

Ella se rio de buena gana imaginándoselo con una mascarilla en la cara.

—Tengo la sensación de que lo estás visualizando —adivinó.

No pudo responder porque Daniel se dejó caer de golpe en su otro lado y asomó la cabeza para mirar a Kingston.

—Mañana doy una fiesta en mi casa —anunció—, estás invitado. Puedes traer un más uno.

—Suenan bien.

—Te esperamos —dijo, pasando el brazo por encima del hombro de Emily.

—Allí estaré.

Antes de que pudiera meter la pata preguntándole a Kingston si tenía previsto ir solo, Morgan apareció y tiró de sus manos para arrastrarla a la pista de baile, pero Emily ya se había quedado colgada con la idea de que se uniera a la fiesta de Daniel y de que, además, lo hiciera con una mujer.

¿Acaso tenía pareja y le había mentado? Tampoco era que fuera un problema tan grande, el asunto de que esa noche fuera una salida de solteros era más una exigencia de Morgan que un tema que a ella misma le preocupara.

Se esforzó por dejar de pensar en el tema y disfrutar del ambiente y el baile con su amiga.

Al poco tiempo de estar allí se les unió Sarah, y las tres disfrutaron como locas en medio de la pista más exclusiva de Nueva York.

Cuando ya no podían aguantar más la sed regresaron al reservado, encontrándose con que Kingston y Daniel charlaban animadamente con dos chicas que no estaba muy segura de dónde habían salido.

—¡Vaya! —dijo Sarah—. Parece que han tenido más suerte que nosotras.

Morgan se rio y se sentó en uno de los sillones más alejados del cuarteto.

Emily hizo lo propio y, de hecho, se esforzó mucho en no mirar lo que estaba sucediendo.

Sarah, por su parte, se bebió de un trago su refresco y les dijo que volvía a la pista de baile.

—Tengo la sensación de que vamos a tener que volver a casa en taxi.

—¿Por?

—Ni de coña voy a arruinarles el plan.

—Sarah tiene las llaves de Daniel. Nos puede llevar ella.

Morgan la miró con sorna.

—Sarah está en plena campaña de búsqueda de pareja, ¿de verdad crees que se va a ir a casa pronto?

Asintió.

—Tienes razón. ¿Quieres irte ya? Podemos compartir ese taxi del que hablas.

—La verdad es que suena bien. Estoy agotada.

—Vamos, pues. ¿Nos despedimos de ellos?

—No, pasemos por la pista y se lo decimos a Sarah, deja a estos dos a lo suyo.

—De acuerdo.

—Lo siento —dijo Morgan muy seria.

—¿Por qué?

—Me gustaba Kingston para ti y parecía muy pendiente de todo lo que decías.

—No te preocupes por eso, siempre supe que era un idiota —comentó sin querer darle importancia. Por suerte, no había terminado de permitirse que le gustara, por lo que no había nada de lo que preocuparse. Su corazón y su ego estaban intactos.

Capítulo 13

Cuando Emily se despertó a la mañana siguiente se encontró con que no tenía ningún mensaje por leer ni ninguna llamada perdida. Tampoco es que esperara nada realmente, sino que le llamó la atención que Daniel no la hubiese apedreado a mensajes cuando se dio cuenta de que se había ido sin despedirse.

Siguió con su rutina de fin de semana en el que se saltaba el trabajo, sin volver a pensar en el tema, hasta que a primera hora de la tarde llamaron al timbre de su puerta.

Normalmente su portero no dejaba pasar a nadie sin informarla primero, Emily estaba segura de que era cosa de su padre, quien había establecido una interesante amistad con los porteros de su edificio, por lo que pensó que quizá había subido a su piso para alcanzarle un paquete.

La sorpresa fue encontrarse con Daniel apoyado en el quicio de la puerta con un aspecto impecable, sonriéndole; nadie adivinaría que había estado de fiesta la noche anterior.

—Hola, preciosa —saludó—, he venido a recogerte para que no tengas que cargar con tu maleta por el metro —anunció, circunspecto.

Emily sonrió y se apartó para dejarlo pasar.

—No voy a llevar una maleta para pasar la noche en tu casa, pero se agradece el gesto.

Lo vio encogerse de hombros.

—Ya sabes lo servicial que soy con mis chicas.

—¿Cómo es que te han dejado subir sin avisarme?

Daniel sonrió con picardía.

—¿Me has visto bien?, tengo cara de buena persona. —Se encogió de hombros—. No se puede ser tan guapo y malvado.

Emily se rio del comentario, porque no iba a negar que su amigo era realmente guapo.

—¿Quieres beber algo? Por cierto, ¿cómo llevas la resaca?

Daniel la siguió hasta el salón y se dejó caer en el sofá.

—Agua está bien, gracias. Y respecto a la resaca, no sé de qué me hablas si casi no bebí nada.

Le dio un botellín de agua que sacó de la nevera.

—¿Te llevo Sarah a casa o...?

—¿O?

—Te vi con dos chicas en el reservado.

—Lo sé, y te fuiste sin despedirte.

—No quería molestar.

—Tú nunca molestas y, en cualquier caso, no había nada que molestar. Eran dos viejas conocidas.

Emily se rio, aunque tuvo que hacer un esfuerzo para no preguntar sobre Kingston.

—Conoces a todo el mundo —dijo en su lugar.

—Así soy yo —se encogió de hombros—, una mariposa social.

No quiso ahondar en el tema y Daniel tampoco siguió con él, lo que la sorprendió; su amigo no era alguien que se guardara un buen chisme para sí mismo.

Una parte de ella se moría por hacerle un tercer grado y

descubrir quiénes eran las mujeres con las que habían estado hablando, pero si preguntaba directamente, Daniel pensaría que tenía algún tipo de interés por Kingston y no era así.

—¿Al final Sarah conoció a su príncipe azul? —preguntó mientras entraba a su dormitorio a por la bolsa de fin de semana que tenía preparada.

—No creo que sea tan fácil como ella cree. —Levantó la voz para que lo escuchara.

—El amor debería ser fácil —se quejó—. Si es complicado no es amor.

—¡Qué simplista!

Asomó la cabeza indignada.

—No es cierto. Si alguien es perfecto para ti y tú eres perfecta para él no debería haber complicaciones. Te quiero, me quieres, nos queremos. Punto.

Daniel se rio de buena gana.

—Bonito resumen, aunque poco realista.

—El realismo no va conmigo —protestó—. Sobre todo si se carga el romanticismo de que todo encaje sin esfuerzo.

—Para que el amor funcione hay que trabajarlo cada día.

—El amor no es un trabajo ni una obligación, sino un sentimiento.

—Claro que sí, y Papá Noel existe y vive en el Polo Norte —se burló.

Emily volvió a meterse en su dormitorio, ignorando las risas de su amigo.

Las fiestas de Daniel siempre eran épicas, no solo por la comida o la música, sino principalmente por la localización. Las vistas desde la terraza cubierta de su ático eran espectaculares.

También era increíble poder estar con sus amigos en un ambiente en el que se podía hablar sin tener que dejarse la voz para hacerlo.

La velada estaba yendo tan bien como siempre hasta que apareció Kingston. El problema no fue que estuviera en la fiesta, Emily ya sabía que Daniel lo había invitado, la sorpresa fue que la persona que lo acompañaba fuera una de las chicas que estuvieron con él y con Daniel en el Aether.

Se quedó petrificada donde estaba hablando con Sarah, trató de disimular para que no se diera cuenta de su reacción, pero Sarah era amiga de Daniel, por lo que, igual que a él, no se le escapaba una.

—Es una antigua compañera de clase —le dijo—. Creo que también fueron pareja, pero por aquella época no me fijaba mucho en King y ella no era alguien con quien me relacionara, por lo que no puedo asegurarlo. El que estoy convencida de que lo recuerda es Daniel.

—No importa.

Sarah la miró con atención unos segundos, antes de asentir.

—Se llama Grace Montgomery y, francamente, nunca me ha caído bien.

—¿Por qué? —no pudo evitar preguntar.

—Es peor que King en todo el sentido de la palabra. Es como si ampliara los peores defectos de él: soberbia, creída y prepotente. —Se encogió de hombros—. No es una persona de la que querría ser amiga.

—Supongo que por eso se llevan así. Se parecen.

Sarah sonrió encantada de que Emily la hubiera entendido tan bien.

Ni siquiera pasaron unos minutos antes de que Kingston se acercara a ella con su amiga al lado para presentársela a Emily.

El gesto la pilló por sorpresa; aun así, pudo actuar con normalidad sin que se notara su malestar.

La tal Grace era, tal y como Sarah le había dicho, una mujer encantada de haberse conocido. Era alta y morena, con los ojos de color miel; no se podía negar que era atractiva, aunque su gesto serio y su nariz exageradamente levantada le restaran atractivo.

Incluso se atrevió a menospreciar el que Emily fuera la dueña de una librería, fue sutil, pero no lo suficiente como para que no se diera cuenta.

—¿Y cómo conoció una librera a Daniel Astor? —Su tono destilaba clasismo en cada sílaba.

—Es compañero de trabajo de mi hermana.

—Entiendo.

—No, creo que no lo haces —dijo sin poder aguantarse.

—¿Perdón?

—Daniel es la clase de persona capaz de entablar amistad con alguien en la cola del supermercado; tú no pareces de ese estilo, por lo que estoy segura de que no lo entenderías, aunque lo intentaras.

Sarah sonrió de oreja a oreja, encantada por el modo en que la había puesto en su sitio.

Kingston no dijo nada a favor ni en contra, se quedó junto a Grace sin mediar palabra; no obstante, Emily creyó ver un brillo de aprobación en sus ojos.

—Supongo que tienes razón —concedió—, Daniel no es muy selectivo a la hora de escoger amistades.

Por si no había quedado claro de lo que hablaba paseó la mirada de Emily a Sarah con evidente desprecio.

—Todo lo contrario —contraatacó Emily—, por eso cuando te mencionó solo dijo que eras alguien a quien conocía.

Se giró para mirar a su amiga.

—Vamos, Sarah, necesito una copa para superar el mal rato de hablar con gente tan esnob.

—Amiga, no permitas que personas tan indeseables te lleven a la bebida —pidió Sarah muy seria sin molestarse en ocultar de quién estaban hablando.

Las dos se alejaron aguantándose la risa que se les quedó al ver la cara roja de ira de Grace.

Capítulo 14

Emily se pasó el resto de la velada lo más alejada posible de Grace y de su clasismo recalcitrante. Por suerte, sus amigos estaban allí, por lo que disfrutó hablando con Alice, Jacob, Morgan, Sarah, Phil y el propio Daniel.

Hubo un momento en el que Daniel le pidió que lo ayudara a sacar más bebida de las neveras y que este aprovechó en que estaban a solas para preguntarle por su encontronazo con Grace.

—¿Te lo ha contado Sarah?

—No. King.

—¿Te lo ha contado Kingston?

Él asintió.

—Sí, me ha dicho que Grace ha sido muy desagradable contigo y con Sarah y que tú la has puesto en su sitio.

—¿Estaba enfadado?

Daniel la observó con curiosidad.

—¿Por qué iba a estar molesto? Hasta él es consciente del carácter de Grace.

—Es su novia o exnovia y parece que se llevan bien.

Daniel negó con la cabeza con una expresión de desdén.

—Su prometida, en realidad; y no, no se ha enfadado. Como te

he dicho, sabe cómo es.

—Repítelo.

—¿Qué de todo lo que he dicho? —preguntó con fingida inocencia, aunque sabía perfectamente a lo que se refería.

—¿Es su prometida?, ¿van a casarse?

—Es su prometida, pero no sé si van a casarse.

—¡Madre mía! Me dijo que estaba soltero.

—Técnicamente lo está.

Emily lo miró sin comprender.

—El compromiso es cosa de sus familias, no algo que ellos hayan decidido por amor o algo así.

—Eso todavía es más raro.

—No he escuchado que lo hayan roto, por lo que supongo que siguen comprometidos, aunque dudo mucho que vayan a casarse. Creo que lo mantienen para contentar a sus familias, al menos por parte de King.

—¡Madre mía! Tiene una prometida.

—A ti te da igual —apuntó muy serio—, ni siquiera te gusta.

Había sorna en su comentario, pero Emily estaba tan alucinada que ni siquiera se paró a pensar en ello.

Regresaron a la fiesta unos minutos después, pero Emily ya no pudo disfrutar de ella. No podía quitarse de la cabeza que Kingston estaba comprometido para casarse con una mujer guapísima, pero con un carácter horrible, que habían elegido sus padres.

Con semejante panorama, seguro que los dos podían ser protagonistas de una novela romántica.

Emily se mantuvo todo lo alejada que pudo de Kingston y de su acompañante. De hecho, en un par de ocasiones en las que se acercaron donde ella estaba sentada, se levantó la primera vez con

la excusa de buscar una bebida y la segunda con la de ir al baño.

Sabía que no estaba disimulando tanto como creía, pero, aun así, se sorprendió cuando la tercera vez que Kingston y Grace se acercaron fue Phil quien la salvó pidiéndole que bailara con él.

Había poca gente moviéndose al ritmo de la música en la parte exterior de la terraza. Como hacía bastante buen tiempo, Daniel había abierto las ventanas acristaladas que cerraban el espacio, dejando que el aire fresco de la noche entrara por ellas.

—Gracias por eso —le dijo a Phil mientras se balanceaban.

—Ha sido dolorosamente evidente el motivo por el que te marchabas, no quería volver a sentir vergüenza ajena —dijo sin ánimo de ofender, tan solo porque era la verdad y Phil siempre decía lo que pensaba.

Emily, que ya estaba acostumbrada a su carácter, se rio de buena gana.

—Gracias igual.

Phil cabeceó en señal de aceptación.

—¿Por qué te caen tan mal?

—Son soberbios, creídos y muy desagradables.

—Eso es cierto, pero Kingston trabaja para ti.

—En realidad no trabaja, está en la librería porque quiere escribir una novela y necesita documentarse.

Phil asintió, pero era evidente por su expresión que no acababa de entender a qué se refería.

—Supongo que es la clase de escritor que cree que para escribir de algo debe vivirlo —aventuró.

—Pues menos mal que escribe romántica —apuntó Phil—, si lo suyo fuera la novela negra tendría un gran problema.

Ante la lógica de su amigo Emily se echó a reír de buena gana, atrayendo las miradas de Daniel, quien parecía preguntarse qué

habría podido decir Phil que fuera tan gracioso.

Regresaba del baño y, cuando todavía no había llegado a mitad del salón, fue interceptada por Kingston.

—Emily —la llamó lo bastante alto para que no solo ella, sino varias personas más se giraran a mirar la interacción, por lo que ante eso no tuvo posibilidad de escapatoria.

—Hola, Kingston.

Él alargó la mano para tocarla, solo rozó su palma, pero la piel de Emily se erizó por el contacto y no en un mal sentido.

La expresión de él fue de sorpresa, como si también hubiese notado el latigazo al contacto piel con piel.

—Sabes que puedes llamarme King. Si no recuerdo mal, Pauline te lo dijo el primer día que nos conocimos.

—Y si yo no recuerdo mal, a ti no te gustó mucho la idea —comentó con sarcasmo.

Él sonrió.

—Eso fue hace mucho tiempo. Mi opinión de ti ha mejorado mucho.

—No tanto, y no sabía que tenías una opinión sobre mí, sinceramente pensé que eras un cretino con todo el mundo.

En lugar de molestarse, lo vio reírse de su comentario.

—Lo suficiente como para que ahora seas mi jefa; y sí, cuando te conocí pensé que eras demasiado guapa para ser una librera.

—Técnicamente no lo soy. Trabajas gratis, ¿recuerdas? Y ¿qué hay de malo en ser guapa y librera?

—En realidad lo hago por las cenas a las que me invitas —trató de bromear—. Y nada. Es solo que me pusiste nervioso y reaccioné mal.

—Así que cuando te pones nervioso eres un idiota.

—Algo así.

Ella asintió con la cabeza.

—Y respecto a las invitaciones a cenar, como si lo necesitaras. — Regresó a un tema más inofensivo—. Estoy segura de que puedes trabajar gratis durante mucho tiempo antes de que tu economía se resienta.

—¿Tienes curiosidad por saber lo que gano con mis libros? — preguntó con diversión.

—No, quería decir... —Se calló cuando se dio cuenta de que se estaba riendo.

De cualquier manera, tampoco hablaron más porque Grace apareció de la nada y se colgó del brazo de su prometido, como si temiera que Emily lo fuera a contaminar por solo una conversación amistosa.

Por suerte Morgan también se acercó a ellos y fue directa al grano.

—Kingston Ellsworth, eres un mentiroso horrible. Y por horrible me refiero a que mientes fatal.

Grace la miró con molestia mientras que el aludido solo sonrió.

—¿En qué he mentado? ¿Y por qué te parece que lo he hecho mal?

—Ayer te invitamos a la cena de solteros porque se suponía que lo estabas y hoy voy y me entero de que estás comprometido desde siempre —lo acusó muy seria.

Morgan se tomaba las cosas al pie de la letra, y si era una cena de solteros solo podía acudir gente sin pareja, de ahí que no hubiese invitado ni siquiera a su mejor amiga.

Menos mal que Alice se lo había tomado bien porque la conocía y porque tenía sus propios planes con Jacob.

—¡Oh! En realidad...

—No tendrías que haber mentido, King —lo interrumpió Grace con un tono meloso que resultaba empalagoso y molesto—. Era evidente que se iban a enterar, teniendo en cuenta que Daniel es su amigo —pronunció la palabra «amigo» en un tono tan dulce que se notaba que estaba siendo irónica.

Emily tomó nota mental para preguntarle al propio Daniel por qué no le había dicho nada si él sabía que estaban comprometidos.

Kingston la miró un instante, pero no dijo nada. De hecho, sin decir nada se dio la vuelta y se alejó de ellas, aparentemente molesto por algo.

¿Esperaba que no se enteraran de su compromiso? Porque si era eso lo que pretendía, aparecer del brazo de Grace había sido un golpe maestro; sí, señor.

Emily y Morgan se miraron confundidas, y Grace, que se había quedado allí completamente desconcertada, cuando reaccionó se marchó del mismo modo en que lo había hecho Kingston, sin decir ni una palabra.

Emily se quedó allí plantada, durante unos minutos se había olvidado de su compromiso con Grace. Lo único que había rondado por su cabeza era que él pensaba que era guapa.

Capítulo 15

Se despertó en el dormitorio de invitados que habitualmente utilizaba en casa de Daniel y se quedó unos minutos vagueando en la cama y pensando en lo sucedido la noche anterior.

Después de que Kingston se alejara tras la pregunta de Morgan, pasó solo media hora antes de que decidiera marcharse por fin de la fiesta. ¿Cómo no? Grace se fue con él y Emily se dio cuenta de que, aunque estaba entre molesta y sorprendida porque ocultara su relación, lo que predominaba era lo relajada que se sentía una vez que ambos se marcharon. El que no estuvieran allí le permitió divertirse, cosa que no había sucedido realmente hasta entonces, porque había estado demasiado pendiente de ellos.

Y, sin embargo, había sido la presencia de Grace la que más le había molestado, y no en verdad porque fuera la prometida de Kingston, sino porque era una persona ciertamente desagradable. No negaba que tenía todas las papeletas para que le cayera mal sin razón, lo que sucedió fue que lo hizo en cuanto mostró su esnobismo.

Grace era una copia en versión femenina del Kingston que conoció el día de la presentación de su libro en Dear Reader. Aquel en el que se negó a firmarle los libros si no hacía cola y cuando no

aceptó que Emily hiciera la presentación de él y su trabajo para los clientes de su librería.

Desde entonces había ido descubriendo otros rasgos de su carácter más agradables que jamás hubiese imaginado que poseyera. Como el modo en que trataba a la señora Collins, a pesar de su insistencia en mirarle el trasero; lo mucho que disfrutaba trabajar entre libros y que desde el primer momento se había llevado de maravilla con Steve y con Amy... Gestos que no casaban mucho con el tipo soberbio de su primer encuentro.

De hecho, llevaba tiempo pensando que alguien que podía tratar con tanta delicadeza los sentimientos de sus personajes no podía ser una mala persona. Emily había leído todas y cada una de sus novelas, algunas más de una vez y, basándose en ellas, había idealizado cómo era su autor. No obstante, aunque había sido culpa suya por crear un ideal sin conocerlo, estaba convencida de que, si bien no era del todo exacto, la realidad no podía distar mucho de cómo era el auténtico Kingston Ellsworth.

Parecía la clase de persona a la que le costaba mucho abrirse a la gente, por lo que parecía engreído y distante hasta que se permitía ser él mismo a su alrededor.

La propia Pauline le había dado a entender que era un hombre complicado, pero no había duda de que ella misma le apoyaba en todo lo que quería hacer. No por obligación, sino por fe en sus capacidades.

Del mismo modo, no era que Emily estuviera disculpando sus actitudes ni mucho menos, tenía sus defectos, como todo el mundo, se trataba realmente de que ya no le caía tan mal como antes. Pasar tiempo juntos le había mostrado partes de él que no se veían a primera vista.

Resopló molesta consigo misma por dedicarle tantos

pensamientos ambiguos a un tipo comprometido, por lo que se levantó de la cama, cogió sus cosas de la bolsa de fin de semana que había llevado consigo y se metió en el cuarto de baño decidida a relajarse en la maravillosa ducha de Daniel y a salir con otra mentalidad, más centrada en sí misma y en disfrutar de su estancia en el ático de lujo de su amigo.

Casi tres cuartos de hora después, el cabezal de efecto lluvia era difícil de abandonar; salió del dormitorio y se encaminó hacia la cocina donde olía maravillosamente a café. Daniel era incapaz de cocinar nada, sus habilidades se limitaban a descongelar la comida que le preparaba la persona que se encargaba del mantenimiento de su casa, pero hacía el mejor café que Emily había probado nunca. Quizá se debía a su cafetera, que parecía más un cohete espacial que un electrodoméstico, o a la calidad del café que usaba; como fuera, no tenía nada que envidiarle a ninguna cafetería de especialidad a la que ella hubiese ido.

Su amigo se rio al verla.

—Sabía que el aroma a café recién hecho te haría salir —bromeó.

—Eso es porque me conoces muy bien —dijo, aceptando la taza que él le tendía y sentándose en uno de los taburetes que había en la barra de la cocina—. Y hablando de conocer bien, ¿qué piensas de Grace?, Sarah me dijo que estudió con vosotros.

—Así es —respondió él, tomando asiento a su lado.

Emily lo miró a la espera de que continuara; sin embargo, no dijo nada más. Le pareció extraño que Daniel se mostrara tan reservado. Tal vez no quería hablar de ella o estaba esperando a que Emily le preguntara sin rodeos.

—¿No vas a decirme si te cae bien o no?

—¿Es eso lo que me estás preguntando?

Ella le lanzó una mirada airada, pero Daniel siguió sin darse por aludido.

—Sí —concedió, por fin.

—No me cae bien. No lo hacía en el instituto y no lo hace ahora.

Volvió a quedarse en silencio a la espera de que se explicara, pero no dijo nada.

—¿Ya está?, ¿no vas a darme detalles?

—¿Tanto te interesa King?

—No he mencionado a esa persona en ningún momento —se quejó.

Daniel sonrió con picardía.

—El único motivo por el que me preguntas por Grace es porque es la prometida de King.

—Si sabías que estaba prometido, ¿por qué dejaste que se uniera a la quedada de solteros? Morgan se mosqueó cuando se enteró.

—Morgan ¿eh?

—No entiendo por qué estás tan obtuso hoy, esquivando preguntas y comentando cosas sin sentido.

—No estoy esquivando nada. No conozco los detalles de la relación de King y Grace, tengo mis suposiciones, pero no tengo ninguna certeza, por lo que no voy a especular en voz alta al respecto.

—¿Desde cuándo te guardas tus pensamientos de esa manera?

—Desde que King es un viejo conocido y Grace, aunque nunca me ha caído bien, es la hermana de un buen amigo.

—¿Tiene un hermano? —inquirió con incredulidad.

—Lo tiene. Igual que lo tienes tú, ¿por qué te parece raro?

—No puedo imaginarme que haya alguien igual que ella.

Daniel bufó tratando de esconder una sonrisa.

—Ansel no se parece en nada a Grace, aunque sean mellizos.

—Francamente lo dudo, si es su hermano y cuñado de King debe de ser del mismo estilo.

—¿Quién ha mencionado esta vez a King? —pregunto con una sonrisita de superioridad.

Emily decidió hacer como él y obviar la pregunta.

—¿Por qué no ha venido a ninguna de tus fiestas si es tu amigo?

—No vive en Nueva York, sino en San Francisco. Es uno de esos genios tecnológicos que trabajan en empresas que son cafeterías y que juegan a videojuegos casi todo el día.

—Supongo que tienes razón y no se parece a su hermana —apuntó con mala leche.

Daniel se rio a carcajadas sin esconderse.

—Sí que te cae mal Grace —siguió riendo—, me pregunto por qué...

—¿No era que no hacías suposiciones sobre tus amigos?

—¡Vaya! Qué rencorosa está siendo esta mañana, señorita Rosewood.

Emily no respondió, se limitó a lanzarle una mirada fulminante y a seguir disfrutando de su delicioso café.

Capítulo 16

Emily intentó hacer su propia investigación para las cenas a las que debía invitar a Kingston. La lista de Jacob era demasiado perfecta para una parejita, no para dos compañeros de trabajo que cenaban juntos por compromiso. El problema era que cada vez que se ponía a ello aparecía la señora Collins con sus exigencias, primero preguntando por Kingston y negándose a ser atendida por cualquier otra persona, y después quejándose de que todavía no hubiese llegado el libro que quería leer.

No obstante, por primera vez en mucho tiempo, Emily ni siquiera se molestó. Tenía otras cosas en la cabeza que ocupaban cada segundo de su pensamiento. Como por ejemplo organizar una cena de equipo de la nada para que ese mismo lunes Steve y Amy se unieran a su compromiso con Kingston.

Para ello aprovechó el descanso para comer, que le tocó compartir con Amy, para convencerla de que se les uniera. Después de todo, le dijo, un lunes no era un día auspicioso para una cita a ciegas.

—Supongo que tienes razón —admitió Amy—, pero ya he empezado a hablar con un chico nuevo. ¿Qué hago si me invita a salir esta noche?

—Hacerte la interesante y decirle que ya tienes planes —alegó—, no puede pretender que aceptes con tan poco tiempo de aviso.

—De acuerdo. Aunque no tengo muy claro que Steve esté disponible.

Emily sonrió con picardía.

—Steve no va a ser un problema.

—¿Y dónde vamos a cenar?

—En un restaurante árabe que hay cerca de mi casa.

—¿Está bueno? Nunca he ido a un árabe.

Emily se encogió de hombros.

—No lo sé, nunca he estado allí, pero tiene muy buenas críticas.

Amy la miró con suspicacia.

—¿Por qué vamos a ir a un sitio que no has probado?

—Precisamente para eso, para probarlo.

No dejó que Amy dijera nada más. Se levantó de la mesa del comedor, donde habían estado comiendo las dos, y tras recoger, se fue directa a buscar a Steve.

Su amigo la caló en seguida; lo que era normal dado los años que se conocían, por lo que se vio obligada a contarle todo lo que había sucedido durante el fin de semana.

—Si su prometida se molesta porque cene contigo es problema de ella, no tuyo. No debería preocuparte.

—No quiero verme en medio de algo tan desagradable —comentó, muy seria.

—No creo que King permitiera que ella te molestara. Al fin y al cabo, le estás haciendo un favor accediendo a que haga su investigación en la librería.

—Por favor —pidió con voz lastimera.

Steve resopló, pero asintió.

—Sabes que esto solo es un arreglo temporal —comentó—, ¿qué

vas a hacer el miércoles, y el viernes...?

—Ya lo pensaré. De momento voy al día.

—Creo que lo más maduro e inteligente sería que hablaras con él y le expusieras tus preocupaciones. King es un buen tipo, seguro que te entiende.

—¿O puedo proponerle cambiar cenas por almuerzos? Son más inofensivos y menos problemáticos.

—¿Sabes? Estás haciendo que me den ganas de conocer a la tal Grace.

—No te gustaría —sentenció.

—¿Por qué?

—Porque es una persona horrible —zanjó, dándose la vuelta y alejándose antes de que Steve pudiera replicar siquiera.

El restaurante elegido por Emily se escondía en una esquina tranquila a cinco manzanas de Dear Reader, lejos del ruido del tráfico y las prisas de la zona más comercial.

Emily había insistido en ir andando hasta allí, lo que había descolocado a todos; no obstante, la situación estaba calculada. El restaurante estaba a solo una manzana de su casa, por lo que una vez que terminara la cena se marcharía sin tener que compartir vehículo con ninguno de ellos.

Desde fuera, las luces doradas de Aladín escapaban por los ventanales y prometían refugio; desde dentro, el aroma a especias, pan recién horneado y carne asada envolvía a los clientes en un aura cálida y sensual.

Las mesas de madera oscura estaban lo bastante separadas para permitir conversaciones privadas, pero lo bastante cerca para que el local conservase esa sensación cálida y bulliciosa de los lugares donde siempre parece estar ocurriendo algo interesante. Lámparas

de cristal tallado proyectaban sombras sobre las paredes color arena, mientras una suave música oriental sonaba de fondo sin imponerse a las risas ni a las confidencias.

Era el tipo de sitio perfecto para una cena de compañeros de trabajo después de una jornada interminable. Emily había hecho una pequeña investigación mientras se escondía en su despacho, evitando que nadie la interrumpiera en su misión.

Los platos llegaban al centro de la mesa para compartirse: hummus cremoso, pan de pita caliente, bandejas de *mezze* llenas de color y fuentes aromáticas que obligaban a todos a inclinarse hacia delante para servirse. La comida estaba deliciosa y, sobre todo, tenía la tranquilidad de estar con Steve y con Amy.

Bajo ningún concepto quería que Kingston pensara que estaba tratando de ligar con él o peor, que Grace creyera que estaba tratando de coquetear con su prometido.

Ni siquiera había hablado a solas con él desde ese breve instante en la fiesta de Daniel. Había estado ocupada con el trabajo en la librería o conversando con Amy y con Steve para convencerlos de que se unieran a su cena de compañeros.

Aun así, había habido miradas que se cruzaban por encima de los platos, pero no había reaccionado a ellas. Kingston se marcharía dentro de unas pocas semanas a escribir su novela y no volverían a verse. Sí, era uno de sus escritores favoritos, por lo que seguiría leyéndolo y puede que su boda se anunciara en la sección de matrimonios del periódico, pero eso no podía importarle.

En tan solo unas semanas había pasado de parecerle detestable a gustarle. No podía permitirse que pasara de ahí. Su propio carácter romántico y su cabeza llena de fantasías hacían que fuera peligroso para ella dejarse llevar.

—¿Emily? —llamó Amy, parecía que había estado tratando de

llamar su atención, pero ni siquiera se había enterado de lo que estaban hablando.

—Sí, perdón. No te he escuchado.

Steve se rio a su lado.

—Decía que este sitio es increíble. ¿Dónde lo has encontrado?

Dudó unos segundos antes de responder. No estaba dispuesta a reconocer delante de todos que había estado investigando restaurantes en la zona para encontrar locales a los que llevar a Kingston sin que pensara que estaba tratando de seducirlo a través del estómago.

—Me lo recomendó mi cuñado. Jacob y Alice son geniales para encontrar locales de comida increíbles.

—Pues se ha lucido con este —comentó Steve mientras cogía un falafel.

Sorprendentemente, Kingston no habló mucho. Al igual que Emily, parecía absorto en sus propios pensamientos. No obstante, cada vez que miraba en su dirección, de frente o con disimulo, sus ojos siempre se encontraban, como si él no pudiera evitar hacer lo mismo: observarla.

Fue Amy quien llevó la mayor parte del peso de la conversación contando anécdotas de sus citas. Los otros tres se rieron por lo bizarras que fueron algunas de ellas, e incluso Kingston le pidió permiso a Amy para usar alguna de ellas en sus novelas.

—Sería genial —aceptó—, sobre todo si le pones mi nombre a una de tus protagonistas.

—Lo pensaré. —Rio Kingston.

—¿Cómo se llama el personaje femenino principal de la novela que estás escribiendo? —preguntó Steve.

—Todavía no tiene nombre.

—¿Puedes escribir sobre alguien que no tiene nombre? —le

habló Emily, por primera vez, desde la fiesta del sábado—. Para mí algo que no tiene nombre no existe.

—¡Qué filosófica! —aplaudió Amy.

—No es filosofía, es realidad. Si no tiene nombre no existe. ¿Cómo vamos a referirnos a algo que no se puede definir sin un nombre? No tiene entidad.

—En ese caso, digamos que se llama Emily, aunque sus amigos la llaman Em —anunció Kingston sorprendiéndolos.

Amy se rio de buena gana hasta que recordó que le había pedido unos minutos antes a Kingston que le pusiera su nombre y él solo había dicho que lo pensaría.

—¿Por qué no Amy?

—Le pega más Emily.

La aludida no lo miró.

—Es porque es librera —le aclaró la Emily real a la chica.

Kingston no la corrigió y la conversación pronto cambió de tema gracias a Steve.

Cuando terminaron de cenar y se levantaron para marcharse, todos se ofrecieron a acompañarla a casa, ya que estaba cerca y ellos iban a pedir un taxi juntos para regresar a la librería donde tenían sus propios vehículos, pero Emily les agradeció y se negó, alegando que estaba muy cerca.

No les dio tiempo a que insistieran. Tomó su camino a casa y se negó a darse la vuelta para comprobar si estaban mirando en su dirección, aunque no pudo quitarse de encima la sensación de que al menos uno de ellos lo estaba haciendo.

Capítulo 17

Ese miércoles, Emily decidió que lo mejor que podía hacer era tomarse el día medio libre y pasarse por la agencia de publicidad en la que trabajaban su hermana y Daniel, comer con ellos y, después, desviarse y visitar a Morgan para ver si estaba libre y le apetecía cenar algo rápido con ella.

El martes tampoco había ido a Dear Reader porque había decidido que tenía que visitar las imprentas y a los proveedores que se encargaban de hacer realidad el material de papelería que ella y Steve creaban para su marca.

Era consciente de que no podía estar lejos de su librería mucho tiempo más. De hecho, para ella era incómodo no estar allí, entre sus libros favoritos, con sus clientes, pero necesitaba alejarse un poco de todo y eso era lo que estaba haciendo.

No obstante, el jueves era día de club de lectura, por lo que no tenía previsto faltar.

Las tardes en las que había club eran sus favoritas sin ninguna duda.

Esa mañana de miércoles se arregló especialmente y salió de casa decidida a disfrutar de su raro día libre. Por lo general era una adicta al trabajo que se pasaba las mismas horas en la librería que

sus empleados, puede que más.

Algunos dirían que era porque no sabía delegar, pero lo cierto era que le gustaba lo que hacía, lo disfrutaba, de manera que no lo sentía como una obligación.

Antes de llegar a la agencia en la que trabajaban Alice, Daniel y Phil, hizo una parada en una tienda de *donuts* y compró varias cajas.

Una vez en el edificio, la gente de seguridad y la recepcionista la saludaron con amabilidad, primero porque ya la conocían, segundo porque, aunque no lo hubieran hecho, se parecía demasiado a su hermana como para no adivinar que estaban emparentadas.

Con una sonrisa se encaminó hasta el ascensor, no sin antes ofrecerle a cada uno de ellos uno de los *donuts* que había comprado y que cargaba con cierta dificultad.

Una vez en la planta de la agencia fue recibida por muchos de los compañeros de sus amigos; tras saludarlos y compartir una de las cajas con ellos, se dirigió hacia el despacho de su hermana.

Llamó a la puerta y esperó a que la invitaran a pasar.

Abrió cuando la voz de Alice sonó a través de la puerta y sonrió encantada cuando vio que Daniel estaba sentado frente al escritorio de su hermana.

—Hola, he venido de visita —anunció levantando las dos bolsas que le quedaban con las cajas de roscas.

Alice se levantó en seguida para abrazarla.

—¡Qué sorpresa más agradable!

Daniel, en cambio, la miraba ceñudo desde su sitio.

—¿Va todo bien? —le preguntó Emily, preocupada por su actitud. Normalmente era una explosión de buen rollo.

—Has venido a verla a ella antes que a mí —dijo en un tono quejumbroso—. Por supuesto que no va bien.

Emily sonrió divertida mientras que Alice le lanzó una mirada

fulminante a su amigo.

—Faltaría más. Soy su hermana pequeña.

—Y yo su mejor amigo, que es casi de la familia —protestó.

Emily sonrió asintiendo. Adoraba a Daniel y, aunque Alice era su hermana pequeña, no quería que su amigo se molestara.

Igualmente, tampoco era habitual que este se mostrara tan quejicoso; aun así, trató de apaciguarlo.

—Sabía que estabas aquí —improvisó con una sonrisa afectuosa—. Me lo comentaron al entrar.

—¡Bien! ¿Y a qué se debe tu visita en un día laboral? —Daniel nunca había sido borde, lo que indicaba que le pasaba algo. De cualquier manera, Emily no iba a permitir que la incomodara.

—¿Te estás quejando?

—Para nada. Solo tengo curiosidad.

—Yo me alegro mucho de que hayas venido —intervino su hermana—, y sobre todo de todas las rosquillas que has traído.

Emily asintió con una sonrisa.

—Llamad a Phil para que se una a nosotros, hay mucha comida, ya les he dejado una caja a los de fuera —comentó.

—No es buena idea invitarlo —susurró Alice paseando la mirada de ella a Daniel.

Emily se rio.

—Así que tu mala leche y tu actitud borde se debe a que has discutido con tu jefe —adivinó.

—No he discutido, simplemente estamos teniendo un desacuerdo respecto a un tema importante.

—¿Un tema laboral?

—No.

—¿Quieres hablar del asunto? —ofreció.

—Después. Ahora quiero hincharme a dulces, café y que me

digáis que la culpa es suya.

—¡Hecho! —accedió Emily.

Ambas mujeres no tardaron en ponerse en marcha. Mientras Alice salía a por los cafés, Emily ordenó la mesa de recepciones de su hermana y dispuso en ella las cajas que había llevado.

Daniel se quedó sentado donde estaba, observándola.

—Por deferencia a que no me estás obligando a hablar, haré lo mismo por ti, pero te conozco y sé que no es normal que no estés en la librería un miércoles común y corriente.

—Gracias.

—Eso no significa que no espere que me lo cuentes cuando te apetezca hacerlo o que no me imagine el motivo de tu desertión.

—No seas dramático. Me he tomado un día libre.

—Es raro.

—Soy la dueña, puedo tomarme los días libres que quiera.

—¿Y es casualidad que lo hagas justo cuando has contratado a gente nueva? —insistió Daniel.

—Kingston no está contratado y no tiene nada que ver con él.

Su amigo sonrió triunfalmente.

—Yo no he dicho su nombre.

No pudo replicar; Alice se asomó por la puerta para llevar los cafés y Daniel, por fin se levantó de su silla para ayudarla.

Cuando ambos regresaron con las bebidas, la conversación versó sobre otros temas que no incluían ni a Phil ni a Kingston.

Estuvieron charlando un rato hasta que Emily dijo que se marchaba a hacer unas gestiones, pero que si no tenían planes los invitaba a comer en el chino que hacía un *dim sum* increíble y que Alice y Daniel le habían mostrado una de las veces que fue a visitarlos.

Se trataba de un local atípico para Manhattan, pequeño, oscuro y

en una de las calles menos transitadas. Aun así, se pasaban el día preparando pedidos para llevar, porque una vez que alguien comía allí, ningún otro restaurante chino le satisfacía.

—Me apunto —aceptó Alice—. Hace tiempo que no vamos y me muero por ver lo que nos da de comer hoy la abuela.

—Contad conmigo, aunque con una condición.

Emily lo interrumpió antes de que dijera nada porque ya sabía lo que iba a decir.

—No vamos a invitar a Phil —anunció muy seria.

—En realidad iba a decir lo contrario. Iré si conseguís que Phil acepte.

—No creo que sea muy difícil —apuntó confundida.

Alice sonrió antes de hablar.

—Están enfadados. No va a ser fácil.

Emily, que no estaba dispuesta a rendirse, se levantó de su asiento y salió de la oficina de su hermana decidida a invitar al jefe a comer.

Como Daniel no estaba en su puesto, nadie le impidió plantarse frente a la puerta del director de la agencia.

Llamó con suavidad y esperó a que le invitaran a pasar. Abrió en cuanto lo hicieron y se topó con la mirada dura de Phil, que en seguida se suavizó cuando vio que era Emily y no Daniel quien estaba de pie ante él.

—Vengo a invitarte a comer.

—¿Tú, yo y quién más?

—Alice y Daniel, y antes de que digas que no, quiero que sepas que Daniel ha aceptado la invitación solo si tú también vienes.

—Dime que no vais a comer al chino que no tiene carta.

—¿Por qué?

Phil suspiró cansado.

—Me pone nervioso no poder controlar las cosas o algo tan básico como elegir lo que quiero comer.

—Lo siento. No lo sabía —se excusó—, he sido yo quien lo ha propuesto.

—Y Daniel que ha querido invitarme...

Ninguno de los dos dijo nada durante unos largos segundos.

—Iré —aceptó Phil, sorprendiéndola.

—Si lo vas a pasar mal...

—Iré —repitió—, si es eso lo que quiere que haga, lo haré.

Capítulo 18

Después de comer con sus amigos, Emily había ido al cine, sola, lo que había sido una nueva experiencia. Había estado genial, si no contaba con el detalle de que había sentido la necesidad de comentar con alguien los mejores momentos del filme mientras los veía en la gran pantalla, y ni siquiera había un desconocido sentado a su lado.

Después, había tomado un taxi hasta Garment District, donde se ubicaba el atelier de Morgan.

Allí, su amiga la había usado de maniquí para deleite de Alex y Piper, que la habían estado mangoneando como si fuera una muñeca.

—Después de esto, en lugar de invitarte yo a cenar, vas a tener que invitarme tú a mí.

—¡Hecho! —aceptó Morgan sin dudar—. Cuando cerremos os invito a todos a cenar en uno de los lugares más increíbles que vas a conocer nunca.

—¿Tengo que asustarme? —preguntó, al mismo tiempo que Alex daba saltitos y palmadas.

—¿Vamos al Night Circus?

—Chico listo —halagó Morgan—. Ocúpate de hacer una reserva

—dijo mirando a Piper—. Si te dicen que el local está lleno di que es para mí y te darán una mesa.

—Oído, jefa.

—¿Por qué te van a dar una mesa si está lleno? —preguntó Emily con inocencia.

—Porque soy la que diseña el vestuario de las chicas desde que abrieron.

—¿Y por qué no lo has mencionado nunca?

Morgan se encogió de hombros.

—Michael consideraba que no era algo de lo que estar orgullosa. El Night Circus es un poco... especial.

—¿Un poco? —la cortó Alex—. Es el lugar más increíble y exclusivo de toda la ciudad. Y por supuesto, es un orgullo que el vestuario sea tuyo.

—No he estado allí, pero estoy de acuerdo con Alex. Michael es un imbécil por menospreciarte.

—¡Lo sé! Y ahora que estoy soltera estoy comenzando a disfrutar de todas las experiencias que me perdí con él.

—¿Como cenar en un local fabuloso? —Rio Emily.

Morgan asintió.

—Como eso y los orgasmos —sentenció muy digna.

—¿Perdón?

Mientras Emily le pidió que lo repitiera, Alex se dedicó a reír tan fuerte que tuvo que agarrarse el estómago.

—Jefa, eres fantástica —dijo cuando por fin paró.

—Lo soy, y necesitamos prepararle a Emily un atuendo mejor que el que lleva para ir al Night Circus.

—¿Qué tiene de malo mi vestido? —preguntó muy seria.

—Nada, que es demasiado insípido.

El atuendo que escogieron para ella equilibraba lo teatral con lo

elegante. Morgan le había preparado un vestido de satén granate, con caída fluida y una espalda descubierta, y con una abertura sutil en la falda que se movía con cada paso que daba. Remataba con pendientes largos que brillaban bajo las lámparas y tacones finos.

El maquillaje, del que se había encargado Piper, destacaba con sombras sus ojos azules mientras dejaba la piel luminosa y los labios mucho más sutiles.

Morgan, por su parte, llevaba un conjunto más atrevido, de dos piezas en encaje, pensado para sugerir más que mostrar de forma explícita.

De complementos, un *choker* y unos labios rojos que atraían todas las miradas.

Alex vestía un traje de terciopelo de tres piezas, sin camisa, e incluso se había maquillado en negro la línea de agua del ojo.

Piper se decantó por un conjunto rojo de dos piezas, con un corsé lleno de lazos y una falda tubo que marcaba su esbelta silueta.

Emily se preguntó dónde la estaban llevando. Los cuatro vestían sofisticados, ligeramente oscuros y con un punto de misterio que le recordaba a la estética de las novelas góticas que tanto había leído de jovencita.

En cuanto estuvo frente al el Night Circus, se dio cuenta de que, en realidad, su vestido anterior era demasiado insípido para el ambiente que reinaba en el restaurante. El local era uno de esos lugares de Nueva York de los que no se hablaba abiertamente, sino en susurros. No aparecía en las guías turísticas habituales ni se anunciaba con grandes letreros; estaba escondido en un antiguo edificio industrial reconvertido, cuya entrada recordaba más a un club secreto que a un restaurante.

En su interior, el local siempre estaba lleno. Las mesas se

encontraban ocupadas con semanas de antelación y la lista de espera parecía interminable. El ambiente era denso y envolvente: luces cálidas, terciopelos oscuros, espejos envejecidos y una música que oscilaba entre lo elegante y lo provocador. Todo estaba diseñado para que la experiencia comenzara antes incluso de sentarse.

La cena no era el centro de la velada, sino una parte más de un conjunto mayor. Mientras los comensales probaban platos cuidados y cócteles elaborados, el espacio se transformaba sin cesar. Acróbatas descendían desde el techo sin aviso, bailarinas de estética burlesque cruzaban el comedor como si fuera un escenario vivo y números de circo contemporáneo irrumpían en medio de las conversaciones con precisión teatral.

El concepto mezclaba circo, burlesque y performance inmersiva, sin respetar demasiado las fronteras entre público y espectáculo. Los artistas no permanecían en un escenario fijo: se movían entre las mesas, interactuaban con los clientes y convertían cada rincón en parte de la función.

A medida que avanzaba la noche, el restaurante se volvía más intenso y envolvente. El ruido crecía, las luces cambiaban de color y la sensación general era la de estar dentro de una representación continua en la que nadie era del todo espectador.

Night Circus se percibía menos como un restaurante y más como una experiencia nocturna híbrida, donde la cena era solo la excusa para entrar en un mundo paralelo de circo, burlesque y fantasía urbana.

Los sentaron en la mejor mesa del local, justo frente al escenario, pero oculto tras unas cortinas de terciopelo. Ellos podían ver todo lo que sucedía, pero nadie podía verlos a ellos.

—No hay duda de que recibes trato de VIP —elogió Emily, totalmente cautivada por lo que estaba viviendo.

En esos instantes se preguntó qué se había perdido del mundo, escondida siempre entre libros. Apartó la idea en su mente para otro momento, ahora le tocaba disfrutar de lo que la rodeaba.

—Ya te he dicho que llevo mucho tiempo encargándome del vestuario.

—Que por cierto es increíble —apuntó Alex.

Emily asintió, pero su atención se había perdido en las mesas que había en aquel enorme salón y los trapecios que colgaban de los altos techos.

Una de las mesas atrajo su atención cuando vio un rostro conocido allí.

—¿Ese no es Gabriel? —apuntó en su dirección, consciente de que él no podía verla—, el socio de mi cuñado.

—¿Te refieres a mi abogado? —comentó Morgan con fingida indiferencia, pero marcando el posesivo.

—Sí. No sabía que saliera con alguien.

—No lo hace. Él no tiene relaciones, será su amiga con derecho de turno.

—Estás muy enterada de la vida sexual de tu abogado —remarcó el posesivo igual que había hecho ella.

Morgan lo descartó con un gesto de la mano.

—Hice un ejercicio de investigación tras el divorcio para saber a qué atenerme con los hombres.

Aunque le pareció extraña la respuesta, lo dejó correr; en cambio preguntó:

—¿Quieres que vayamos a saludar?

Morgan la miró con una expresión horrorizada solo por la propuesta.

—No. Estamos bien cada uno en su lado del salón.

—De acuerdo.

No volvieron a sacar el tema porque el espectáculo comenzó, las luces se atenuaron y los camareros comenzaron a desfilan con la cena.

Emily pensó que era alucinante que un se diera un espectáculo como aquel un miércoles normal. No podía siquiera imaginarse cómo estaría el Night Circus un sábado por la noche.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Piper se acercó a ella y susurró:

—Los sábados hay una actuación especial de la estrella del circo.

—¿Has estado alguna vez?

—No, es imposible reservar en fin de semana. Hay lista de espera de meses.

—Bueno, quizá no tan imposible si somos amigas de Morgan —bromeó Emily.

—Cierto —secundó Piper.

Por instinto miró a su amiga que en esos instantes estaba observando hacia la mesa en la que Gabriel cuchicheaba con su acompañante.

«Parece que no soy la única que necesita pasar página», pensó.

Capítulo 19

La noche anterior lo había pasado de maravilla con Morgan, Alex y Piper en el Night Circus, había vivido una experiencia nueva que no tenía nada de literaria, y se sentía feliz. Además, ese día se reunía el club de lectura, por lo que su ánimo estaba por las nubes y su energía era desbordante.

El libro que habían escogido para ese mes había sido maravilloso y oscuro, una mezcla de deseo reprimido, momentos cargados de tensión y mucho romance intenso, por lo que estaba deseando poder comentar sobre él con el resto del grupo.

Desde hacía unos meses, Alice, Morgan y Daniel se habían unido al club; de modo que, si ya disfrutaba de él antes de que se unieran, con su hermana y sus amigos allí, todo había mejorado considerablemente.

Si bien, al principio, Morgan había sido la menos predispuesta, tras su primera lectura se había convertido en una voraz lectora de romántica, sobre todo le gustaban las lecturas repletas de escenas picantes.

Cuando llegó a Dear Reader se dispuso a recuperar los pendientes

que se habían acumulado tras los dos días que había estado alejada de la tienda. Para ello se encerró en su despacho y respondió correos, hizo los encargos de libros que tenía listados e imprimió los pedidos de papelería que había que preparar.

Cuando se dio cuenta, era la hora de comer y no había salido una sola vez de su despacho.

Asomó la cabeza para organizar los turnos de descanso, pero se encontró con que Steve ya se había ocupado de ellos, de manera que, sin poder opinar, se encontró tras el mostrador junto a Kingston mientras Steve y Amy se metían en el comedor de descanso con sus fiambreras.

Los primeros minutos fueron bastante incómodos ya que ninguno de los dos habló, y no precisamente porque los interrumpieran los clientes.

Fue Emily la que se animó a relajar el ambiente:

—¿Estás preparado para tu primer club de lectura de romántica?

—preguntó queriendo parecer casual.

No ayudó que él se sorprendiera tanto porque se hubiese dignado a hablarle.

—No es mi primer club de lectura —dijo sin entrar en detalles.

Era evidente que estaba molesto con ella.

—¿De veras?, ¿en qué otros clubes has estado?

Kingston la miró unos segundos antes de responder.

—Cuando estudiaba estuve en varios clubes de lectura. Y Pauline ha organizado algunos con un grupo reducido de lectores para campañas de marketing.

—¿Y te gustaron?

—¿Qué cosa?

Emily se forzó a sonreír en lugar de hacer algo menos educado.

—Los clubes con tus lectores.

—Sí, me gustaron. Me sirvieron de mucho sus comentarios. Siempre aprendo algo nuevo cuando leo sus reseñas.

—Es curioso.

—¿El qué? ¿Que lea lo que opinan las lectoras de mis libros o que aprenda de sus comentarios?

Era evidente que estaba a la defensiva, por lo que Emily trató de ser lo más diplomática posible.

—Que leas sus opiniones. Siempre he escuchado que lo mejor cuando te expones al público es tratar de alejarte de eso.

—Soy escritor, no *influencer*.

Emily trató de ocultar la risita que se le escapó, pero no lo hizo muy bien.

Kingston suspiró sonoramente antes de darse la vuelta por completo para mirarla de frente y preguntar:

—¿Dónde has estado estos últimos días?

Abrió la boca para contestar impulsivamente, pero por suerte la cerró a tiempo y tras unos segundos de pausa le respondió:

—El martes estuve visitando a los proveedores de nuestra marca de papelería. También estuve con la imprenta para ver muestras de los productos nuevos, y el miércoles, además de tratar unos temas que tenía pendientes con Alice, me pasé por el *atelier* de Morgan porque necesitaba que me probara unas piezas de ropa para su catálogo.

Esa parte había sido más circunstancial que real, pero él no lo sabía, así que era la excusa perfecta. No era que tuviera que hacerlo, se trataba más bien de que no quería que pensara que había estado huyendo de sus responsabilidades por su culpa.

—Y por la noche cené en el Night Circus y fue una experiencia fantástica —dijo con los ojos brillando por la emoción—. ¿Has estado alguna vez?

—He estado.

—¿A que es increíble?

Y fue el Night Circus el que destensó el ambiente entre ellos mientras hablaban de la experiencia de cada uno en el restaurante.

Cuando se dieron cuenta era la hora de comer para ambos, por lo que, tras intercambiar puestos con Steve y Amy, continuaron hablando de todo lo que Emily había visto, comido y bebido la noche anterior.

Los integrantes del club fueron apareciendo antes de la hora del cierre de Dear Reader. Como cada vez que se reunían, cada uno de ellos llevaba algo para picar, además de lo que Emily sacaba habitualmente: bebidas, frutos secos y chips.

Una vez inaugurada la sesión, Emily tomó la palabra:

—¿Quién quiere empezar a darnos sus impresiones del libro?

Daniel levantó la mano, muy serio.

—Gracias, Daniel —dijo dándole la palabra.

—Gerard no me gusta. Es un mandón abusivo —se quejó—, siempre diciéndole a Lena lo que tiene que hacer.

—Es un capo de la mafia —intervino la señora Collins molesta porque criticaran a su personaje favorito—. Por supuesto que es mandón.

—A mí tampoco me cae bien —apoyó Morgan a Daniel—. Se acuesta con todas menos con su mujer. Es una persona horrible.

—No quiere presionarla —protestó Marge, una asidua al club.

Emily no estaba segura de la edad que tenía porque jamás se atrevería a preguntárselo, pero, aunque parecía estar en sus cuarenta, tenía la sensación de que estaba más allá de los cincuenta.

—Eso es una burda excusa —continuó Morgan—. Si fuera una

persona normal hablaría con ella y le expondría las cosas. «Mira, querida, me gusta el sexo duro, ¿qué opinas?, ¿lo pruebas conmigo?».

—Ella no tiene experiencia. No puede decirle eso. —La señora Collins parecía cada vez más indignada, por lo que Emily decidió intervenir.

—Veo que hay distintas opiniones respecto a Gerard, ¿qué pensamos de Lena?

—Es prejuiciosa y terca. No me gusta. —Para sorpresa de todos los presentes, fue Kingston el que habló.

—¿Alguien más está de acuerdo con Kingston? —preguntó, tratando de actuar con normalidad.

—Yo. —Levantó la mano la señora Collins, seguida por Mei y Camila, otras dos chicas del club, Amy e incluso Steve.

—¿Puedes explicarnos a qué te refieres con que es prejuiciosa? —siguió Emily—. Personalmente creo que es una chica inocente que de repente se ve envuelta en un mundo que la supera y la asusta, no veo presunción por ningún lado.

—¿Seguro que hemos leído la misma novela? Porque es evidente que lo es. Saca sus propias conclusiones sobre Gerard sin siquiera molestarse en conocerlo o preguntarle. No creo que sea tan difícil, pero ella opta por evitarlo y por pensar lo peor de él, lo que indica que es prejuiciosa; y cuando de casualidad se da cuenta de que las cosas no son como ella creía, sigue aferrada a sus escrúpulos, lo que la convierte en terca.

—Pues a mí me parece simplemente una chica joven que cree en el amor y que se ha visto forzada a renunciar a sus sueños románticos para casarse con un hombre que no es un dechado de virtudes y amabilidad —intervino Alice.

Morgan le mostró el dedo pulgar hacia arriba en señal de apoyo.

—Partiendo de la base de que los dos son imperfectos —volvió a comentar Marge—, creo que Gerard es el que está más subestimado. Lena no es tan tonta como quiere hacernos creer, y él no es tan malo.

—No lo es —concordó Alice—, es simplemente un hombre acostumbrado a estar solo sin tener que darle explicaciones a nadie y que no tiene una vida fácil. En ocasiones me ha dado pena.

Morgan volvió a girarse hacia su amiga, aunque en esta ocasión le lanzó una mirada fulminante.

—Tu opinión no cuenta porque estás felizmente enamorada y todo lo ves de color de rosa.

—¡Oye! —protestó Alice.

—Totalmente de acuerdo con Morgan —secundó Daniel—, los enamorados son parciales.

El comentario sacó algunas risas de los asistentes, aunque también hubo asentimientos de cabeza.

Siguieron debatiendo sobre la novela, entre risas y desacuerdos, como sucedía siempre que se reunían.

Capítulo 20

Aunque las cosas se habían suavizado entre Emily y Kingston, ella había decidido comentarle la posibilidad de modificar su compromiso y cambiar las cenas por almuerzos. Si lo hacían de ese modo se les podría unir alguno de sus compañeros y, además, la mayoría de las veces comían en la librería, lo que evitaba que salieran a solas.

Ya no se trataba de Grace ni del hecho de que estuviera comprometido, sino de algo más complejo: la atracción cada vez más intensa que sentía por él.

Había planeado distintas formas de proponérselo; quizá, durante la cena de esa noche, que tenía previsto que fuese la última, o tal vez por mensaje de texto, fingiendo que se trataba de algo trivial que no tenía mayor importancia.

Cuando llegó a la librería esa mañana, como siempre la primera, desconectó de ese tipo de pensamientos y se dispuso a ocuparse de lo principal: Dear Reader.

Apagó la alarma, abrió las puertas, encendió las luces y puso música suave de fondo.

Cuando llegó Steve le dejó a cargo del resto y se metió en el comedor de descanso para preparar la cafetera que siempre estaba llena.

Era normal de la casa que el que la terminara tenía que hacer una nueva. El día anterior había sido la propia Emily quien la había terminado; no obstante, dado lo tarde que era, había optado por dejarla para el día siguiente. De ese modo, todos podrían disfrutar del café recién hecho.

Seguía allí cuando Kingston entró con una caja de cartón en la mano de una panadería cercana y la dejó encima de la mesa.

Tenía un aspecto estupendo. Parecía que ya se levantaba perfecto mientras que el resto de la humanidad lo hacía con la cara hinchada, ojeras y, algunos, con mala leche.

—Buenos días —la saludó con una sonrisa, demostrando con ello que la tregua implícita que habían firmado estaba vigente.

—Buenos días, ¿qué has traído?

—Bollería.

—Suenan a mucho azúcar. Maravilloso a esta hora de la mañana.

Él se rio.

—El azúcar es perfecto para cualquier hora del día —intervino Amy, que entraba por la puerta cuando Emily habló.

—Será para ti que estás estupenda —se quejó—, yo solo tomo dulces hasta el mediodía. Después están vetados para mí.

—Las dos estáis estupendas —comentó con diplomacia Kingston.

Amy se rio y le guiñó un ojo mientras cogía su taza y se la llenaba de café.

Después se acercó a la mesa y miró lo que le apetecía de lo que había llevado Kingston.

Optó por un cruasán de mantequilla.

—Gracias, King. Está delicioso —comentó después de darle un bocado.

—De nada.

Cuando se dieron cuenta volvían a estar solos en el comedor.

Aunque en esa ocasión, Emily no sentía la necesidad imperiosa de alejarse.

Antes siquiera de que pudiera moverse, entró Steve a por su dosis de cafeína.

Los tres charlaron animadamente mientras se servían las bebidas. Emily se llevó la suya y otro cruasán a su lugar detrás del mostrador, mientras que los chicos iban a ocuparse de colocar las novedades que habían llegado.

Como si lo hubiesen hecho a propósito, ese día también le tocó el turno de comida con Kingston, pero fue tan agradable como la última vez.

Ninguno de los dos mencionó nada sobre las cenas, sino que hablaron de libros. Solo hubo un momento incómodo cuando ella le preguntó sobre la novela que estaba escribiendo y Kingston contestó muy tenso.

—Lo siento, no me gusta hablar de mis libros mientras los estoy armando.

Emily sonrió.

—¿Superstición? —preguntó.

—Algo así.

Obviando ese momento, el resto de la comida fue divertida y se sintió muy cómoda con él. De hecho, en un momento salió el tema del ejemplar que los dos habían codiciado y Kingston le confesó que también era su favorito.

—¿De veras? Es genial. Eres la primera persona con la que coincido.

—Eso es porque está infravalorada. Suele quedar eclipsada por sus títulos más famosos como *Orgullo y prejuicio* o *Emma*, pero tiene varios elementos que la convierten en una de sus obras más

divertidas y originales.

—Totalmente de acuerdo. Es su novela más entretenida, y sus protagonistas son de lo mejor de la autora. Pero sobre todo me gusta porque habla sobre el poder de las historias.

—¡Exacto! Más allá del romance, la novela explora cómo los libros influyen en nuestra manera de interpretar el mundo. Catherine Morland interpreta cuanto le sucede a través del prisma de sus lecturas.

Tuvieron que dejar el tema porque era hora de regresar a su puesto.

Era casi la hora del cierre cuando una cabeza pelirroja asomó por la puerta de Dear Reader.

—Siento venir tan tarde, pero he tenido lío hasta hace media hora que he podido escaparme de la oficina.

Fue sorprendente ver a Kingston tan atento con ella. La primera vez que coincidió con ellos estaba tan molesta con él que apenas se fijó en el modo en que interactuaban. Sin embargo, en esos instantes podía ver la complicidad entre ellos y el respeto con el que él la trataba.

De lo poco que conocía a Pauline había llegado a dos conclusiones: debía de ser una agente estupenda porque no tenía más de treinta y pocos años y su cartera de escritores era admirable y, dos, era encantadora. Tenaz cuando hacía falta, pero sin perder esa sonrisa que siempre llevaba en los labios y que desarmaba a cualquiera.

—No es tarde —contestó Kingston—, aunque sí que es una sorpresa que hayas venido.

—Esa era la idea. —Se rio—. He venido a invitaros a cenar. A Emily, porque se lo debo por aguantarte; y a ti, porque tenemos que

hablar de tu gira de promoción.

—Suenan bien, ¿verdad, Emily?

—No me opongo a que me inviten a cenar como recompensa por soportarte estas semanas —bromeó.

—Es lo justo —concordó King.

Cuando cerraron la librería y se despidieron de Steve y Amy, se subieron al taxi que había pedido Pauline mientras esperaba y, tras darle la dirección al taxista, se pusieron en camino hacia el restaurante.

—¿Has reservado en el Hunter? —preguntó Kingston al escuchar la dirección que le había dado al conductor.

Ella lo miró con una ceja arqueada.

—¿Por quién me tomas?

El taxi les dejó en la misma puerta del restaurante.

El Hunter ocupaba un edificio de grandes ventanales en una calle tranquila del Lower Manhattan. Al cruzar la puerta, los comensales encontraban una iluminación tenue, mesas de madera oscura y detalles en cuero envejecido que recordaban a los antiguos clubes privados neoyorquinos.

La cocina ofrecía una reinterpretación moderna de la gastronomía americana. Los platos llegaban a la mesa con una presentación elegante y una atención al detalle que convertía cada cena en una experiencia especial. Los cócteles de autor eran tan populares como la carta, y muchos comensales prolongaban la velada durante horas mientras observaban el ir y venir de la ciudad tras los ventanales.

Era evidente que tanto Pauline como Kingston se encontraban cómodos en el espacio.

Dejó que fueran ellos lo que pidieran la cena y se dedicó a

observarlo todo.

El restaurante estaba lleno. Ejecutivos que acababan de salir de la oficina compartían mesa con grupos de amigos y parejas que buscaban una cena diferente. El espacio desprendía una energía vibrante, la de un lugar que se había convertido en punto de encuentro para quienes disfrutaban de la buena comida, las conversaciones pausadas y el inconfundible encanto nocturno de Nueva York.

—¿Te gusta el sitio? —le preguntó Kingston, quien la había sorprendido sentándose a su lado, de modo que ambos tenían de frente a Pauline.

—Sí. Aunque emitiré mi veredicto final después de probar la comida.

—¡Chica lista! —halagó la pelirroja—, pero no va a haber problema con eso.

Siguieron hablando de cosas sin importancia hasta que llegó la comida y tuvo que reconocer que era cierto que no iba a tener problemas con que le gustara. Todo lo que probó estaba delicioso.

—Cuando llegue a casa te enviaré el itinerario de la gira promocional.

Kingston asintió.

—Empieza en dos semanas —le dijo, ahora mirando a Emily—, por lo que te librarás pronto de él.

Emily trató de ocultar su decepción.

—Ha sido interesante tenerlo en Dear Reader.

—¡Qué diplomática! Di que ha sido un grano en el culo y te creeré.

—¡Oye! —protestó el aludido—. Estoy aquí y puedo escucharte. Pauline se encogió de hombros.

—Como si fuera a decir algo distinto si no estuvieras.

La cena siguió la misma dinámica. Buen ambiente, comida deliciosa y compañía divertida.

Una vez terminada la comida, Pauline se empeñó en invitarlos y los tres se subieron al taxi para regresar.

La primera en dar su dirección fue Emily. Cuando llegaron a su destino, Kingston se bajó para asegurarse de que llegaba sana y salva a casa.

Se detuvieron uno frente al otro cuando llegaron al portal donde ella vivía.

—Gracias por la cena.

—Deberías dárselas a Pauline —bromeó—, ha usado su tarjeta.

—Ya se las he dado. Ahora quería dártelas a ti.

—De nada.

—Ha sido interesante tenerte en la librería. No lo esperaba.

Él sonrió.

—Lo mismo digo. Ha sido interesante estar allí.

—Buenas noches, King.

Él sonrió cuando notó cómo lo había llamado.

—Buenas noches, Emily.

No se alejó hasta que la vio perderse en el interior del edificio.

Capítulo 21

El sábado por la mañana se levantó mucho más animada de lo que lo había estado la última semana. Tenía planes consigo misma e iba a cumplirlos.

Los últimos días había vivido experiencias nuevas y fascinantes: el miércoles en el Night Circus, el jueves en el club de lectura y el viernes en el Hunter. Necesitaba un respiro de tanta emoción, y sus planes consistían en mimarse, comprar comida basura en grandes cantidades, helado y tirarse en su sofá para ver clásicos del cine romántico de los 2000, como *Penelope*, *Como perder a un chico en diez días* o *La casa del lago*.

Por supuesto, no iba a faltar a su cita con Dear Reader, pero a la hora del almuerzo se iba a ir a hacer unos recados para organizar su noche y ya no iba a regresar hasta el lunes.

Consciente de que tenía que liquidar todos los pendientes con rapidez, se metió en su pequeño despacho y dedicó la mañana a responder correos de proveedores, gestionar facturas, su parte menos favorita, y a dejarse todo planificado para la siguiente semana, en la que les tocaba el turno a los del club de lectura juvenil.

Sus clientes más jóvenes nunca defraudaban y sus reuniones

estaban llenas de risas, bromas y muchas confesiones.

Siguió enfrascada en sus quehaceres y solo salió de su despacho para hacerse con una taza de café. Por el camino se topó con Kingston, pero ni siquiera pudo cruzar dos palabras con él antes de que una clienta con los ojos brillantes de la emoción de ver a su autor favorito lo interceptara para hablarle.

Ya no volvió a verlo en toda la mañana. Ni siquiera cuando se despidió de Steve al salir de camino al supermercado.

Una vez allí, llenó el carrito de la compra de todos los caprichos que quería darse y, tras pagar, se marchó a casa, donde se preparó una bañera de agua caliente, una copa de vino y galletitas saladas. Ni siquiera se molestó en prepararse una comida en condiciones, era día de picotear y comer lo que le apeteciera sin importar que aumentara su colesterol o su peso. Un día era un día.

Se sumergió en la bañera con el pelo embadurnado de mascarilla en un moño en lo alto de la cabeza. Se quedó allí hasta que el agua se enfrió. Una vez fuera, todavía con el pelo por lavar, se puso el pijama y se tumbó en el sofá decidida a terminar el libro que la tenía completamente absorta.

Su teléfono comenzó a sonar, alargó el brazo para cogerlo sin siquiera mirar quién llamaba.

—Dígame.

—Emily, soy King.

Se enderezó rápidamente en el sofá.

—Hola.

—Siento molestarte, pero creía que iba a poder comentarte una cosa esta mañana, aunque te has ido y no he podido.

—¡Oh! ¿Va todo bien?

—Sí, solo quería invitarte al teatro, para agradecerte por haberme aceptado en Dear Reader.

—No es necesario.

—Lo sé, deseo hacerlo. La obra a la que quiero llevarte es *Los misterios de Udolfo*.

—Pero es una novela.

Él se rio a través de la línea.

—Sí, Ann Radcliffe lo escribió como novela, pero Carole Diffey la adaptó para el teatro y están representándola ahora mismo.

—Suenan genial. ¿A qué hora y dónde quedamos?

Kingston volvió a reír.

—Soy un caballero, pasaré a recogerte a las seis.

—De acuerdo. ¿Recuerdas dónde vivo?

En esta ocasión las carcajadas de él hicieron efecto en su estómago.

—¿De ayer a hoy? Lo recuerdo, no estoy tan mayor.

—¡Bien!

Se despidió a toda prisa al darse cuenta de que no tenía el pelo en condiciones y que quedaba menos de una hora para que Kingston pasara a recogerla. Metió la cabeza debajo de la pila y se lo lavó sin perder un segundo. Sabía que secárselo le iba a quitar por lo menos media hora, por lo que una vez limpio se enrolló una toalla en la cabeza y se dispuso a vestirse a toda prisa.

Terminó de arreglarse casi al mismo tiempo en que su teléfono sonó con un mensaje de Kingston avisándole de que estaba en la puerta.

Se calzó, cogió el bolso y salió por la puerta.

Se encontró con él apoyado en su coche. Vestía una camisa azul celeste que se asomaba por el cuello del jersey gris de mohair y unos pantalones chinos negros.

—Hola —lo saludó ella con repentina timidez.

—Estás muy guapa —respondió.

—Gracias. Tú también.

Le sorprendió que se lo dijera dado que iba bastante sencilla: una falda de raso negra y un jersey de cachemira en el mismo tono. El color lo ponían los zapatos y el bolso, ambos de un rojo intenso.

Se subió al coche cuando le abrió la puerta y unos instantes después estaban en marcha, por supuesto con la música de Taylor de fondo.

—Acabo de decidir que eres muy fan —bromeó.

—Lo soy. Sus letras me inspiran mucho, por eso la escucho tanto. Aunque en realidad soy fan de muchas cantantes. Las mujeres son maravillosas para transmitir sentimientos y escriben unas letras estupendas.

—No pienso refutarte eso.

El Hawthorne Theatre se encontraba en el corazón de Greenwich Village, a pocas calles de la New York University. Rodeado de cafeterías abarrotadas de portátiles, librerías independientes y pequeños apartamentos compartidos por estudiantes, el teatro formaba parte del paisaje cotidiano del barrio.

Su fachada de ladrillo rojo pasaba casi desapercibida entre los edificios históricos de la zona. Un modesto letrero negro colgaba sobre la entrada y, en la puerta, siempre había algún cartel anunciando audiciones, lecturas dramatizadas o representaciones organizadas por alumnos de las facultades cercanas.

Por dentro, el espacio recordaba más a un teatro universitario que a una sala profesional. Las butacas eran sencillas, las cortinas mostraban signos de desgaste y la iluminación se sostenía gracias al esfuerzo de estudiantes que aprendían el oficio mientras preparaban cada espectáculo. El vestíbulo olía a café recién hecho y a libros usados, una mezcla que parecía definir a la perfección el espíritu del

lugar.

Al caer la tarde, las mesas de los cafés cercanos se llenaban de jóvenes que repasaban apuntes antes de asistir a una función. Muchos acudían caminando desde el campus, todavía con mochilas al hombro. El Hawthorne Theatre se había convertido en un punto de encuentro para quienes amaban la literatura, la interpretación y las historias contadas sin grandes artificios.

No era un lugar famoso ni especialmente elegante, pero justo por eso resultaba especial: un refugio cultural donde las ideas importaban más que el presupuesto y donde cada representación conservaba la energía vibrante y algo caótica de la vida estudiantil neoyorquina.

—¿Cómo encontraste este sitio? —le preguntó Emily, fascinada con lo que la rodeaba.

Era la clase de lugar en el que se habría perdido cuando era universitaria.

—¿Te escandalizarías si te dijera que actué aquí cuando era estudiante?

—Depende de si es cierto o me estás mintiendo.

Kingston se rio.

—Es la pura realidad.

—Me hubiese gustado verte.

El levantó las manos mostrando las palmas.

—Ya no hago esas cosas —se rio—, era muy malo, aunque le ponía ganas.

Dejaron de hablar cuando comenzó la obra. No hubo grandes efectos, pero era evidente que los estudiantes que participaban estaban emocionados con la obra porque fue impresionante.

Al finalizar se puso de pie para ovacionarlos como el resto de los asistentes.

Se marcharon de allí sin prisas, Kingston le propuso ir a un pub cercano para comer algo y ella aceptó. Al llegar se sintió cómoda en seguida, no se trataba de ningún local elitista, sino de un auténtico pub irlandés en medio de Nueva York. Dado que se encontraban en la zona estudiantil estaba lleno de personas con libros u ordenadores portátiles.

Las paredes estaban cubiertas de fotografías antiguas de Irlanda, bufandas de equipos deportivos universitarios y pizarras repletas de anuncios improvisados: clases particulares, grupos de estudio, conciertos de bandas emergentes y ofertas de compañeros de piso. Las mesas de madera mostraban las marcas de miles de conversaciones, apuntes apresurados y nombres grabados por generaciones de estudiantes.

—Este sitio es increíble. No te pega nada, pero lo es.

Kingston bufó y puso mala cara, aunque Emily sabía que no estaba realmente molesto.

—Me alegra que tengas tan buen concepto de mí.

—No es eso.

—¿Qué es entonces?

—Pareces sentirte cómodo en ambientes más... refinados.

—Me siento cómodo en muchos lugares.

—Estoy segura de que tu prometida y tú no venís mucho a este tipo de locales. —Se dio cuenta de lo que había dicho un segundo después de que su lengua se soltara.

—No voy a ninguna parte con mi prometida —contestó seco—. En realidad, «prometida» no es el término correcto.

Ella lo miró a la espera de que aclarara sus palabras.

—No estamos prometidos realmente. Lo nuestro es más bien el deseo de ambas familias, no un compromiso formal y establecido por nuestra parte.

Ella asintió en lugar de dejar salir las preguntas que rondaban por su cabeza: si no estaban prometidos, ¿por qué aceptaba que ella lo dijera con tanta soltura?, ¿tenía previsto hacer caso a las exigencias de su familia y casarse con Grace?

La camarera llegó y con ella se esfumó cualquier posibilidad de seguir hablando del tema.

Un par de horas después, el coche de Kingston se detuvo frente al edificio de Emily, y antes de que ella pudiera despedirse, él se apeó para abrirla la puerta.

—Estás subiendo demasiado el listón —bromeó ella—. Si la próxima vez que tenga una cita mi acompañante no me abre la puerta, voy a sentirme decepcionada.

—Es lo mínimo que puede hacer.

Ella aceptó su mano para salir.

—Gracias.

Sin mediar palabra, cubrieron los pocos metros que los separaban del portal y se pararon, uno frente al otro, para despedirse.

—Gracias por esta noche. Ha sido increíble.

—Gracias a ti por acompañarme. No se me ocurrió nadie mejor que tú para ver la obra conmigo.

Emily sonrió con las mejillas ardiendo, y Kingston se acercó más a ella, tan cerca que podía sentir su aliento en su propia piel. Estaba a unos centímetros de él, solo tenía que alzarse un poco y cubrir la distancia que los separaba para besarlo. Podía hacerlo. Quería..., se quedó petrificada cuando su cerebro le envió la imagen de Grace, su prometida o su no prometida, no estaba segura de nada.

Puede que no hubiese pensado en ella cuando aceptó la invitación y que no le cayera bien, pero no podía hacerlo. No era

justo para ninguno de los tres implicados. Sobre todo, sin saber realmente qué significaba ella para Kingston.

Se alejó de él abruptamente.

—Buenas noches, King.

Él tardó unos segundos en asimilar que la magia se había ido.

Carraspeó y asintió.

—Buenas noches.

Capítulo 22

Emily se excusó con que estaba cansada y no fue a la fiesta de Daniel ese sábado, pero de alguna manera sus amigos se enteraron de dónde había estado realmente y se presentaron en su casa el domingo por la mañana con ganas de cotillear.

Debían de haberse acostado tarde dado que Daniel había dado una de sus míticas fiestas, pero los tres estaban impecables, como si se acabaran de levantar de la cama tras una noche de descanso de ocho horas.

—Qué sorpresa —saludó al abrir la puerta—. No os esperaba esta mañana.

—No puedes hacer nada sin que nos enteremos —comentó Daniel muy serio.

Las otras dos, Alice y Morgan, asintieron.

Los tres entraron y tomaron asientos en el sofá y los sillones de Emily, evaluándola sin ningún tipo de disimulo.

—No sé de qué habláis.

—No te hagas la tonta. Sabemos que no viniste a mi fiesta porque tenías otros planes más... personales.

—No fue así. Iba a quedarme en casa para descansar —protestó—. No es que tuviera otros planes y no quisiera contároslos, es que

fue todo improvisado. King me llamó como una hora antes de que comenzara la obra. Por cierto, ¿cómo os habéis enterado?

—El responsable de redes sociales del teatro os hizo una foto etiquetando a King en ella, y él la reposteó, lo que hizo que me saliera en la sección de noticias y que yo, amable y desinteresadamente, lo compartiera con ellas. —Las señaló con la cabeza.

—¿Fue una cita? —preguntó Alice con curiosidad.

—No. Fue algo de... amigos, supongo.

—¿Un tipo atractivo te invita al teatro y luego a cenar y solo sois amigos? —Había regaño en el tono de Morgan.

—Lo es cuando tiene a alguien en su vida —protestó.

Daniel bufó.

—¿La tiene?

—No lo sé. Ayer me dijo que el compromiso no es algo cerrado, que es cosa de sus familias, pero tampoco mencionó que él no lo quisiera o que no fuera a aceptarlo si su familia decide que se cumpla la palabra.

—Si quisiera comprometerse con ella ya lo habría hecho —apuntó Alice—. Tal vez solo la ve como a una amiga.

—¿Nunca han sido pareja? —le preguntó Morgan a Daniel.

—No puedo decir que no como tampoco puedo decir que sí.

—Perfectamente explicado —se quejó Alice.

—Es la verdad. Por parte de ella diría que sí, pero él nunca la trató de un modo especial. Sí que es cierto que Grace siempre ha estado colgada de él, y que durante un tiempo se jactó de que era su novio, pero King nunca lo confirmó.

—Pero tampoco lo negó.

Daniel asintió con la cabeza.

—O sea que se dejó querer. Ya no me gusta para ti —protestó

Morgan—, su actitud es demasiado ambigua. No estoy segura de que un tipo así sea de fiar.

—Es una buena persona —lo defendió Daniel.

—Creo que voy a darle la razón a Morgan en que su ambigüedad es sospechosa.

—Gracias, Alice. —Le sonrió la diseñadora.

—En cualquier caso, la opinión que realmente cuenta es de la Emily —dijo Daniel, muy serio—. Y creo que a ella le gusta.

Tres pares de ojos se clavaron en ella esperando a que respondiera.

—Me gusta. Al principio me caía mal, pero conforme lo he ido conociendo me gusta. No es tan cretino como pensé cuando lo conocí.

—¡Vaya! Un *enemies to lovers* en toda regla —aplaudió Alice.

—¿Te has olvidado de que nos oponemos a su relación? —Le llamó la atención su amiga.

—¡Cierto!

Daniel las miró con diversión.

—Como si nuestra opinión fuera a importar. Si le gusta le gusta.

—Mi opinión importa porque soy su hermana.

—Y yo su amiga.

—Yo también soy su amigo, y me niego a intervenir en su vida o a hacerla infeliz solo porque no estoy de acuerdo con lo que decide.

—Eso es porque también eres amigo de King —acusó Morgan—, no quieres decidirte por Emily, por eso quieres estar al margen.

—Retira lo que has dicho ahora mismo. Adoro a Emily, y la escogería por encima de King un millón de veces, lo que sucede es que quiero que sea feliz y King es perfecto para ella. No sé cómo no os dais cuenta.

—Sería perfecto si estuviera soltero —apuntó Alice, ganándose

que Morgan chocara con ella los cinco.

—Me gusta King —dijo Emily obteniendo la atención de todos—, y no es del todo cierto que sea ambiguo. Yo no le pregunté nada al respecto, pero eso tampoco importa porque se va de gira y no voy a verlo más tenga a Grace o no. Así que lo mejor que puedo hacer es seguir con mi vida y conocer a gente menos complicada.

—Apoyo esa idea. —Morgan sonrió, encantada.

—¿Estás segura? —Alice estaba preocupada.

Su hermana siempre había estado tan metida en su trabajo que había dejado en un segundo plano su vida sentimental; que le gustara alguien y que, además, fuese perfecto para ella era algo que la emocionaba y esperanzaba a partes iguales.

Si Grace no hubiese estado de por medio estaría aconsejándole que se lanzara de cabeza a la piscina.

No era que Emily no hubiese tenido parejas, era solo que nunca habían sido serias porque ninguno de sus novios entendía las horas y la dedicación que esta le dedicaba a Dear Reader. King era el tipo de hombre que la apoyaría y estaría a su lado.

—Sí.

—En ese caso vamos a tomar un *brunch*, estoy hambriento.

Emily le sonrió, agradecida porque cambiara el tema y el interés de sus amigas hacia asuntos menos conflictivos. Kingston le gustaba. Mucho, pero eso no significaba que él sintiera lo mismo o siquiera que estuviera libre para hacerlo.

La noche anterior le habló del compromiso a grandes rasgos sin mencionar sus sentimientos al respecto. Si estuviera interesado en ella habría encontrado la manera de hacerle saber que no estaba interesado en Grace. Tenía que ser realista por su propio bien.

Ya iba a ser complicado superar su tonto enamoramiento; conforme estaban las cosas en esos instantes, si se permitía algo

más, todo se complicaría; y cuando él retomara su vida sería ella la que se quedaría hecha polvo y leyendo sus maravillosas novelas de amor, novelas que nunca hablarían de ella.

Capítulo 23

El lunes, Dear Reader se sintió más vacío que nunca. Kingston llamó para decir que no iba a ir ese día porque tenía asuntos personales que atender y Emily no tuvo más remedio que aceptarlo.

El sábado no se despidieron mal, pero tampoco bien, lo que hacía que la situación fuera un poco... incómoda. Y realmente no tenía nada que hacer, sino que no había ido a trabajar porque le había ofendido...

Como fuera, no tuvo mucho tiempo para pararse a pensar en ello porque Jacob pasó a recogerla para planear el cumpleaños de su hermana, que era el viernes de esa misma semana.

El lugar y el día lo tenían claro, el problema eran los organizadores del evento. Habían concertado citas con tres coordinadores para ver a cuál contrataban. Habían ido justos de tiempo porque Jacob había estado liado con un caso de divorcio especialmente peliagudo, de modo que iban a contratar al que fuera más resolutivo y eficaz con el poco tiempo del que disponían.

Una vez que la fiesta de Alice estaba en marcha pudo pararse a pensar en el hecho de que Kingston no hubiese ido ese día a la librería. No dudaba que tuviera asuntos pendientes, era simplemente que le resultaba extraño que dicha situación se diera después de su

salida juntos del sábado. No quería llamarlo «cita» porque no había habido nada romántico en ella. El beso nunca llegó y tampoco hablaron de nada que implicara sentimientos.

Decidió que al día siguiente se disculparía con él o, quizá, la mejor forma de hacerlo era escoger uno de los restaurantes de la lista de Jacob y llevarlo a cenar allí. Podían cambiar del lunes al martes, si King no tenía planes.

Emocionada ante esa posibilidad, abrió la lista que le había enviado su cuñado y se puso a investigar cuál iba a ser el más adecuado. Al buscar en internet, se dio cuenta de que la elección iba a ser más difícil de lo esperado. Todos los restaurantes tenían unas puntuaciones fantásticas.

Decidió que lo mejor era delimitar por distancia a Dear Reader, escoger uno que no estuviera muy lejos; después de todo la cena iba a ser un martes y al día siguiente tendrían que trabajar. Además, si se tomaban alguna copa lo ideal era no tener que conducir después.

Tras casi una hora abriendo páginas web de restaurantes y ojeando menús, se decidió por un restaurante vietnamita que llamó su atención.

Contenta con su elección, lo guardó todo y se preparó para ponerse el pijama. Para ello se duchó, lavando con esmero su cabello, y se lo secó para dejarlo perfecto.

Cuando terminó le dolían los brazos de haber estado estirando con el cepillo y el secador, pero el resultado mereció completamente la pena.

Después abrió su armario y escogió la ropa para el día siguiente.

Cuando lo tuvo todo listo se metió en la cocina, calentó una de las fiambreras con comida que les preparaba su madre a ella y a su hermana y se sentó frente a la televisión para ver la adaptación de

una novela que le había encantado, con la esperanza de que la serie estuviera a la altura.

Después de ver el primer capítulo suspiró cautivada, y se permitió ver hasta un tercero. Se metió en la cama porque no quería trasnchar y despertarse agotada y con ojeras.

Una vez en ella hizo lo habitual, revisó redes sociales y respondió a los comentarios que habían hecho las chicas y chicos del club de lectura del jueves.

Se sorprendió al ver que incluso Kingston había comentado en la imagen en la que salían todos los participantes con su libro en la mano.

La autora los había repostado y había agradecido que escogieran su libro. Kingston había bromeado exigiendo que el próximo fuera uno de los suyos y, por supuesto, todos los comentarios de la gente del club habían sido propuestas de libros de Kingston.

Por instinto, se metió en las redes sociales del escritor, solo para darse cuenta de que hacía tres días que no había subido nada. Ni siquiera una historia.

Quizá sí que tenía asuntos que atender y su ausencia no tenía nada que ver con ella o con lo que pasó el sábado.

De cualquier manera, iba a invitarlo a cenar al día siguiente, después de todo se lo debía por no haberlo hecho el lunes.

Un trato era un trato; si se había comprometido a pagar la cena lunes, miércoles y viernes, tenía que hacerlo.

Capítulo 24

El martes no fue Kingston el que se presentó en el trabajo, sino Pauline. Instintivamente, Emily supo que no iba a volver y que enviaba a su agente para informarle de que su periodo de investigación en Dear Reader había terminado.

Sintió un nudo en el estómago donde no mucho antes había mariposas. Habría querido despedirse de él de otra manera. Por ejemplo, cenando juntos en el vietnamita al que tanto había querido llevarlo.

—Ha tenido que salir de viaje, sino habría venido él mismo a despedirse.

—¿Habéis adelantado la gira? —preguntó, aunque por dentro sabía cuál iba a ser la respuesta.

No había ido porque no había querido volver a verla. De hecho, desde el sábado no le había enviado siquiera un mensaje ni dado «me gusta» a ninguna de las publicaciones que había hecho en las redes sociales de la librería.

—No, ha viajado a Europa. Tenía que tratar un tema importante con sus padres, por lo que ha salido del país —dijo Pauline en un tono serio y circunspecto.

Era evidente que estaba al tanto de los motivos que habían

llevado a Kingston a irse, pero Emily no tenía ningún derecho a preguntar y ella no parecía dispuesta a dárselos.

—Espero que le vaya todo bien —comentó con más tristeza en el tono de la que pretendía.

—Sí, los padres de Kingston pasan largas temporadas en Londres por motivos laborales.

—Entiendo.

La pelirroja la miró como si estuviera tratando de evaluarla.

—¿Tienes tiempo?, ¿qué te parece si nos tomamos un café?

—Suená bien. Deja que coja mi bolso.

Pauline asintió y Emily se encaminó hasta su despacho para coger sus cosas.

De regreso se topó con la señora Collins, que se dirigió a ella toda indignada, blandiendo su lupa como si fuera una espada:

—¿Dónde está King?, ¿por qué no vino ayer y tampoco lo ha hecho hoy?

—Está de viaje.

—¿Cuándo va a volver? Necesito que me recomiende libros.

—Eso puedo hacerlo yo, o Steve, si lo prefiere. —Le tiró la caña a ver si colaba, pero la señora Collins no era alguien fácil de engañar.

—¿Cuándo vuelve King?

—No va a volver.

—¿Lo has despedido? —inquirió con tanta vehemencia que hizo que varios clientes se giraran a mirarla.

—Nunca lo contraté. Solo vino porque necesitaba investigar para su nueva novela.

La mujer mayor ni siquiera le contestó, le lanzó una mirada fulminante y salió de allí tan deprisa que Emily tuvo que frotarse los ojos porque creyó que estaba alucinando.

Cuando se acercó a Pauline, esta se reía de buena gana.

—Supongo que era una fan de Kingston.

Asintió.

—Lo siento, la señora Collins tiene un carácter peculiar.

—Es fabulosa. De mayor quiero ser como ella.

—¿Exigente y mandona? —preguntó Emily con incredulidad.

—No. Autoritaria y con las ideas claras.

Fue Emily la que se rio de su ocurrencia.

—No te lo aconsejo, mis trabajadores huyen en cuanto la ven aparecer.

—Excepto King —aventuró Pauline.

—Así es, excepto King.

Terminaron en la misma cafetería a la que acudieron la vez anterior en la que Pauline le pidió que dejara que Kingston trabajara en Dear Reader.

Emily siempre se había sentido cómoda con la agente de Kingston, pero tenía la sensación de que esta se esforzaba demasiado por evitar ciertos temas, siendo el escritor el principal, lo que no tenía sentido si de verdad había dejado la librería porque tenía que reunirse con sus padres.

Decidió tantearla para asegurarse de que no estaba sospechando sin motivo.

—¿Cuándo comienza la gira?

—El próximo miércoles. Visitaremos trece estados y King hará un montón de presentaciones, lo que nos llevará al menos un mes.

—Supongo que dejará la novela en *stand by* mientras está de gira.

—Para nada. Va a todas partes con su portátil y se pone a escribir siempre que tiene unos minutos. Creo que estar con sus

lectores lo motiva más.

—Tiene sentido.

Pauline asintió.

—Pero cuéntame sobre ti. ¿Nunca se te ha ocurrido probar a escribir?

Emily se rio.

—No. Me encanta leer y soy una romántica de manual, pero no creo que tenga nada que contar que el mundo quiera leer.

—No es necesario que lo quiera leer el mundo, con que una sola persona te lea ya ha merecido la pena.

—Te prometo que si alguna vez me decido serás la primera en saberlo.

—Te tomo la palabra. Luego no te echas atrás —bromeó.

—Lo dices como si esto no fuera total y absolutamente hipotético.

—Nunca se sabe.

El resto del día siguió su curso habitual, regresó a la librería, atendió a los clientes, habló con Jacob por teléfono sobre temas relacionados con la fiesta de cumpleaños y le pidió a Morgan que la acompañara de compras.

Siempre había tenido su estilo muy definido: *boho chic*, pero había decidido que para la fiesta de Alice quería verse diferente. Quería un cambio, lo necesitaba; y aunque durante unos breves instantes se planteó hacerse algo diferente en el pelo, descartó la idea con rapidez.

Su pelo largo era mucho más manejable que corto. Y, aunque le costaba alisarlo cada vez que lo lavaba debido a su extensión, estaba segura de que se arrepentiría antes de que el peluquero dejara las tijeras.

De modo que optó por lo fácil y decidió que iba a comenzar por el vestuario, y puede que volviera a ver algún vídeo más de TikTok en los que enseñaban a cómo peinar los rizos.

Mucho más tarde llegó a casa con bolsas de todo lo que Morgan la había medio obligado a comprar, para su amiga casi todo era un fondo de armario; y tras darse una ducha rápida y cenar, se dejó caer en el sofá con el teléfono en la mano.

Después de que Pauline se marchara había estado pensando en algo, pero para evitar caer en la tentación llamó a Morgan con la idea de entretenerse y hacerse un cambio de look.

El problema fue que al llegar a casa la misma idea seguía pinchando en su cerebro. Tras sopesar pros y contras con una lista en las notas del teléfono, decidió que lo mejor que podía hacer era despedirse ella misma de Kingston, no a través de su agente como había hecho él, sino hacerlo bien. Como una adulta.

Por todo ello, se levantó en busca de su portátil para escribirle un correo de despedida al que había sido su compañero de trabajo y siempre sería su autor favorito.

No era nada sentimental, pero sí sincero.

Capítulo 25

La semana estaba siendo intensa a nivel de trabajo y de pendientes. La fiesta de Alice y la librería la tenían completamente estresada. Jacob quería que todo fuera perfecto el viernes, por lo que ambos habían supervisado hasta el último de los detalles.

Su cuñado solo había tenido dos exigencias: que la fiesta fuera en el Wonderland y un viernes. Con esas premisas resueltas, el resto había sido mucho más sencillo.

Jacob y ella se habían encargado de la lista de invitados, Morgan había hablado con el cocinero del restaurante y también le había hecho un vestido precioso a la cumpleañera.

Las invitaciones las había diseñado Daniel y eran digitales, para que nadie de la oficina dejara alguna a la vista y se descubriera el pastel.

Esa tarde, un día antes de la fiesta de Alice, Emily decidió darse un pequeño respiro y se escondió en su despacho de la librería.

No estaba de ánimo para las exigencias de la señora Collins, que iba cada día a quejarse de que Kingston ya no estuviera allí atendiéndola. Como si solo ella lo echara de menos, pensó.

Por instinto revisó su correo electrónico, pero no encontró nada que fuera urgente responder.

Había comenzado a perder la esperanza de que le respondiera, y se sentía tonta por revisarlo a cada instante, pero no quería que su amistad terminara del modo en que lo había hecho, con ella acabando con cualquier posibilidad de un beso entre ellos.

Amy apareció en la puerta de su despacho, que casi nunca cerraba, para avisarla de que tenía una visita.

—¿Una visita?

—Es una mujer. Dice que se llama Grace Montgomery.

—¿Disculpa?

Amy la miró confundida.

—Ahora en seguida salgo —dijo nerviosa.

No tenía ni idea de por qué Grace iría al Dear Reader, a no ser que ella también se enterara de que había ido al teatro con Kingston; no obstante, de eso hacía casi una semana, no tenía sentido que fuera a reclamarle días después.

Se levantó de su silla, se alisó el vestido, se atusó la melena y salió de su despacho.

Grace estaba plantada delante de la estantería donde estaban todos los productos de papelería de su marca. Parecía interesada en una de sus agendas.

«Bien», pensó, «si se pone a reclamarme siempre puedo tratar de sobornarla con una de esas libretas».

Respiró profundamente un par de veces y cruzó la distancia que las separaba. No le caía bien, pero estaba en su tienda y era amiga de sus amigos, razón más que suficiente para que fuera amable con ella.

—Hola, Grace, qué sorpresa verte por aquí.

La aludida se dio la vuelta, todavía con la agenda en las manos, y la miró con fijeza.

—Quería ver dónde trabajabas —anunció Grace como si nada—.

Soy una persona curiosa.

Dejó la agenda en su sitio y sonrió. No obstante, no fue la típica sonrisa de suficiencia que le había visto anteriormente. Parecía que realmente iba en son de paz, a pesar de que se había presentado vestida de punta en blanco como si fuera a comer el *brunch* con sus amigas *posh* y no a una pintoresca librería. Solo el bolso que llevaba ya valía una pequeña fortuna, eso sin contar sus zapatos y el propio atuendo. A los brillantes que llevaba en las orejas ni siquiera se sentía capaz de ponerles precio.

—De acuerdo. ¿Y qué te parece lo que has visto?

Grace la miró unos instantes antes de volver a hablar; por supuesto no respondió a la pregunta, sino que sacó un tema nuevo, aunque no inesperado.

—King es un buen tipo.

—Lo sé.

—Me alegro de que lo sepas. Puede parecer distante, pero es porque del mundo del que venimos no hay mucha gente de la que te puedas fiar.

—No te entiendo.

—Nunca sabes si tus amigos son tus amigos por ti misma o porque quieren acercarse a tu familia.

—Eso es muy triste.

La vio encogerse de hombros.

—Hay cosas mucho peores.

—Las hay. ¿Sabes?, esta librería era de mi padre. Nunca lo conocí. Murió antes de que yo naciera.

—Estoy al tanto. Te he investigado.

Lo dijo con una tranquilidad tan absoluta que la dejó patidifusa.

—¿Por qué?

—Puede que Daniel no me caiga del todo bien, pero es amigo de

mi hermano, y Kingston es una de las mejores personas que conozco, tenía que asegurarme de que eres de fiar.

—Casi tengo miedo de preguntarte a qué conclusión has llegado.

—No eres tan mala.

Emily sonrió.

—¡Vaya! Gracias, ¿quieres una taza de café? —le ofreció de la nada—. Mi oficina es pequeña, pero el café es de lo mejor que vas a probar.

Grace pareció pensárselo unos segundos antes de asentir.

—De acuerdo, pero dime que tienes leche de almendras.

—¡Tengo! Soy intolerante a la lactosa.

La vio fruncir el ceño.

—Supongo que tenemos más cosas en común de lo que pensaba.

Emily le sonrió con sinceridad.

—Vamos antes de que te vea la señora Collins y te someta a un tercer grado.

—¿Quién es esa? —preguntó con curiosidad.

—Mi clienta más fiel y quisquillosa. Lleva toda la semana enfurruñada porque Kingston no ha venido a trabajar. Si se entera de que eres su prometida no dejará que te escapes hasta haber satisfecho su curiosidad.

Notó que Grace se había detenido abruptamente, por lo que se paró para mirarla y ver qué había hecho que lo hiciera. Su primer pensamiento fue que en verdad la señora Collins era omnipresente y la había pillado, pero no.

Grace estaba por completo inmóvil mirándola con confusión y ¿preocupación? No, de seguro no era ese el sentimiento que veía en su rostro.

—¿Sucedde algo?

Ella negó con la cabeza.

—Nada que me corresponda a mí explicar. Vamos a tomar ese café que me prometiste —pidió echando a andar—. Por cierto, ¿quién es el surfista sexi?

Emily sonrió.

—Steve, mi socio en la empresa de papelería y el gerente de Dear Reader.

—Pues es un bombón.

—Definitivamente la señora Collins y tú sois almas gemelas —se burló.

—¿Sabes que King nunca me ha gustado? —dijo mientras la seguía al comedor—. O sea, sí que me gusta, es mi amigo, me refiero a que nunca me ha gustado románticamente. En el instituto fue mi tapadera para que mis padres no se enteraran de que estaba viendo a alguien a quien ellos jamás hubiesen aprobado.

—¿Era un delincuente? —bromeó Emily, totalmente asombrada por la revelación.

—Era un becado, en realidad.

—¡Oh! Pues te pusiste bastante posesiva para no gustarte.

—Soy una niña mimada a la que no le gusta compartir sus cosas, y King ha sido mi amigo durante tanto tiempo que lo considero de mi propiedad.

—Supongo que de una forma retorcida puede tener sentido.

Grace detuvo su andar y Emily hizo lo mismo.

—Soy retorcida —admitió—. Así que procura tratarlo bien o verás de lo que soy capaz.

—Vale.

Su respuesta breve hizo que Grace asintiera satisfecha y volviera a ponerse en marcha mientras que Emily no era capaz de entender lo que había sucedido.

Capítulo 26

La semana transcurrió entre el estrés por los detalles de la fiesta de cumpleaños de Alice, el trabajo en Dear Reader, la inesperada visita de Grace y la sensación de que su amistad con Kingston no había terminado bien.

No le respondió al correo que le había enviado agradeciéndole por su ayuda en la librería ni tampoco contactó con ella por mensaje o redes sociales. Era como si se lo hubiese tragado la tierra o como si no quisiera volver a tener ninguna clase de contacto con ella una vez que su investigación hubo terminado.

Trató de no pensar en nada que tuviera que ver con él y centrarse en lo importante: el cumpleaños de Alice al que habían invitado a sus padres y a todos sus amigos.

Jacob iba a ser el encargado de llevarla hasta el restaurante que habían alquilado.

Ella creía que iban a cenar ellos dos solos, la realidad era que estaba repleto de sus invitados.

Morgan, Daniel y ella habían sido los primeros en llegar, para ocuparse de los detalles y guiar a los invitados sobre lo que tenían que hacer.

Tras repartirse el trabajo, fue a Emily a quien le tocó recibir a los

invitados, Daniel sería el que los colocaría y les daría las instrucciones pertinentes para la sorpresa de la homenajeada, y Morgan se ocuparía de ayudar a los *party planners*.

Todos estaban bien organizados y Emily se ocupó de su parte, encantada saludando a los asistentes. Se tomó su tiempo con sus padres, que estaban satisfechos con Jacob y con su madre; con las amigas del colegio de su hermana, que se unieron a la celebración; con los compañeros de trabajo, especialmente con Phil, quien cada vez le caía mejor... Todo iba de maravilla y lo estaba disfrutando, hasta que un invitado inesperado aceleró peligrosamente su corazón.

—Hola.

—Buenas noches, Emily, estás preciosa —la saludó Kingston muy formal.

Se fijó en lo guapo que estaba y en lo maravillosamente bien que olía. Parecía tímido, lo que le sorprendió porque nunca lo había visto tan retraído. Miró más allá de él, tratando de discernir si había ido solo.

—Gracias, tú también estás guapo. No sabía que estabas invitado —dijo nerviosa—, pero me alegro mucho de verte.

—Jacob me invitó, y yo también me alegro de verte. Siento no haberme despedido ni haberte contestado al correo. He estado muy ocupado.

—Ya me imagino, no te preocupes por eso. ¿Qué tal tu viaje?

—Muy precipitado, apenas he tenido tiempo para nada entre vuelo y vuelo.

Emily se dio cuenta entonces de que realmente parecía cansado.

—Ya me imagino.

Decidió tragarse su orgullo y preguntarle directamente:

—¿Has venido solo?

Después de su charla con Grace, sabía que no había nada romántico entre ellos, pero visto lo visto eso no significaba nada.

Él asintió.

—¡Bien! Tengo que seguir atendiendo a los invitados, pero me encantaría poder charlar contigo más tarde, si te apetece.

—Estaría genial, quiero comentarte algo. Te buscaré cuando todo se calme.

—Estupendo.

La celebración comenzó en cuanto Alice cruzó la puerta del Wonderland y todos la sorprendieron gritando «felicidades».

Estaba claro por sus lágrimas de emoción que había creído que lo habían olvidado.

La cumpleañera, que creía que iba a cenar a solas con su novio en el restaurante en el que se conocieron, se encontró rodeada de familiares y amigos que querían celebrar con ella otra vuelta al sol.

La fiesta había sido pensada tipo cóctel. Había mesas largas con comida y platos para que cada uno se sirviera lo que le apeteciera. El chef del Wonderland había hecho versiones en miniatura, que se podían comer con las manos, de los platos favoritos de Alice.

—Si algún día vuelvo a estar con alguien y no me organiza una fiesta de cumpleaños como esta, te aseguro que lo dejo —dijo Morgan, acercándose a ella.

Iba guapísima con un vestido negro *midi* y unos tacones.

Emily, en cambio, había optado por una camisa romántica de encaje casi transparente y unos pantalones negros de raso. Habitualmente, era ella la que usaba vestidos, pero había decidido probar otras opciones y había que reconocer que estaba espectacular.

—Lo mismo digo.

—Tú estás más cerca que yo de tener pareja —se quejó.

—No es cierto.

—Lo es —dijo haciendo un sutil gesto con la cabeza para señalar el lugar en el que estaba King hablando con Phil, Gabriel y Jacob frente a una mesa de delicatessen.

—Que yo me sienta atraída por él no quiere decir que él sienta lo mismo.

Su amiga la miró con desdén.

—Es más que evidente que está interesado. Punto número uno: ha trabajado en tu librería por amor al arte; punto número dos: te lio para que lo invitaras a cenar; punto número tres: siempre que estáis en la misma habitación no puedo evitar mirarte, y si me das unos segundos más seguro que se me ocurre un punto cuatro y, si me apuras, un cinco.

Emily sonrió.

—Solo son especulaciones.

—De acuerdo, vamos —exigió tomándola del brazo y acercándose a donde estaban los chicos—. Decidnos qué habéis probado y si está bueno —pidió al plantarse frente a ellos.

—Los miniblinis con salmón ahumado y crema agria —respondió Gabriel.

—Y miniquiches de espinacas y queso también. —Phil llevaba dos en su plato.

—Perfecto —aceptó Morgan—, vamos a probarlos, Emily.

Cogió dos platos de la pila y le dio uno. Se sirvió las recomendaciones y decidió probar primero la sugerencia de Phil. Gimió al primer bocado.

Miró a su amigo asintiendo.

—Definitivamente son increíbles.

Emily también las probó, pero no pareció tan impresionada como

Morgan. A ella lo que le llamó la atención fueron las gambas en tempura con salsa dulce picante. Así que cogió una y se la llevó a la boca para probarla.

—No sé cómo estará lo demás, pero esto está delicioso.

Gabriel intercambió una mirada con Jacob y ambos sonrieron.

—¿Qué sucede? —preguntó curiosa.

Fue Phil el que respondió mientras Kingston la miraba sin disimulo.

—De todo lo que había en la mesa has elegido lo mismo que el amigo. —Señaló al escritor—. Nos hemos reído de él por escoger lo más habitual, así que...

—Eso es porque King, igual que yo, tenemos el mejor gusto.

—Eso será —zanjó una Morgan sonriente.

Capítulo 27

Al final Kingston se marchó de la fiesta sin que pudieran hablar. Realmente intentó acercarse a él un par de veces y, aunque llegaron a hablar un poco, no lograron estar a solas más que unos minutos. De modo que, fuera lo que fuera lo que Kingston quería decir, no llegó a hacerlo.

El sábado no fue a la librería. Estaba agotada y necesitaba darse un respiro.

Por eso cuando sonó su teléfono se preocupó de que fuera Steve para contarle que había sucedido algo en Dear Reader. Su hermana se quejaba de que no sabía delegar y era cierto, no estar en su librería le causaba cierta ansiedad.

A punto estuvo de caérsele el teléfono al suelo cuando vio el nombre que aparecía en pantalla.

—Hola.

—Hola, Emily, ¿te pillo bien?, ¿puedes hablar?

—Sí, claro. Estoy en casa.

—Lo sé. Me he pasado por la librería y Steve me ha dicho que hoy no has ido.

—¡Oh! Lo siento, no sabía que fueras a pasarte.

—Sí, quería despedirme de él y de Amy y, por supuesto, de la

señora Collins.

Ella rio.

—Imagino que no se ha tomado muy bien que te vayas.

—No ha ido mal. Ha prometido leer todo lo que escriba, así que he ganado otra lectora.

—Te ha engañado. Esa mujer ya era tu fan antes de conocerte.

Él también se rio.

—Lo sé, pero ha sido muy bonito cuando me lo ha dicho.

—Eres un blando —se burló en broma.

—Me has pillado. ¿Tienes planes para esta noche?, ¿va Daniel a organizar una fiesta o tuvo suficiente con la de ayer?

—No tengo planes, ¿por?

—¿Te apetecería cenar conmigo? Creo que me debes alguna que otra cena.

—¿Todavía quieres que pague por tus servicios?

Durante unos segundos la línea se quedó en silencio. Emily repitió mentalmente sus palabras por temor a haber dicho algo ofensivo.

—No. Quiero tener una cita contigo.

—¿Sigues soltero? —preguntó armándose de valor.

—Soltero y sin compromiso.

—¿Qué te parece la comida vietnamita?

—Que está muy rica.

—En ese caso tengo el restaurante perfecto para esta primera cita que propones.

—Suenas de maravilla lo de primera cita, pero creo que hemos tenido algunas más.

—Lo siento, pero sin beso no hay cita.

King se rio de la ocurrencia.

—Sin duda una regla estupenda. Te recojo a las cinco.

—Aquí estaré —dijo y colgó sintiéndose tonta—. ¿En serio, Emily?, ¿«aquí estaré»? ¿No podías decir algo más ridículo?

Bajó cuando Kingston le avisó que estaba en su puerta. Había optado por un vestido negro lencero, corto hasta la rodilla, tacones y una blazer del mismo color. En esta ocasión, solo sus labios rojos destacaban entre el tono oscuro de su atuendo.

—Estás preciosa.

—Gracias, tú también estás muy guapo —le dijo mientras entraba en el coche y él sujetaba la puerta.

Una vez dentro del vehículo, Emily puso la dirección en el GPS y se relajó en el asiento. Debería de estar nerviosa, era su primera cita con un hombre que de verdad le gustaba, y, a pesar de todo, no lo estaba. No era la primera vez que estaba a solas con él, se sentía cómoda a su lado, y lo mejor de todo era que en esos instantes no tenía por qué disimular que se sentía atraída por él.

Gracie Abrams sonaba de fondo mientras el tráfico los engullía.

El restaurante vietnamita que había escogido Emily ocupaba un local estrecho y profundo, típico de muchos negocios neoyorquinos. Al cruzar la puerta, el ruido de la ciudad quedaba amortiguado por una atmósfera cálida impregnada de aromas a caldo especiado, hierbas frescas y cítricos.

En su investigación había visto fotografías, leído la carta, pero nada de eso le ofrecía la sensación de calma y encanto que se sentía al estar allí, absorber el aroma de los platos y la calidez del ambiente.

Las paredes alternaban ladrillo con paneles de madera oscura. Del techo colgaban lámparas de bambú que proyectaban una luz

dorada y suave sobre las mesas, cubiertas con pequeños jarrones de flores blancas y recipientes de cerámica para las salsas. En un rincón, varias plantas tropicales aportaban un toque de frescura, mientras que fotografías en blanco y negro de Hanói y Ciudad Ho Chi Minh decoraban los muros.

El mobiliario era sencillo pero acogedor: mesas de madera pulida, sillas negras de líneas minimalistas y bancos corridos tapizados junto a las ventanas. Desde algunas mesas podía verse la cocina parcialmente abierta, donde el vapor ascendía constantemente de grandes ollas.

La carta giraba en torno a los sabores tradicionales vietnamitas. Los clientes acudían, sobre todo, por los enormes cuencos de *pho*, una sopa aromática de caldo cocinado durante horas con fideos de arroz, carne y abundantes hierbas frescas. También eran populares los *bánh mì*, bocadillos de pan crujiente rellenos de carne marinada, verduras encurtidas y cilantro; los *gỏi cuốn*, rollitos frescos envueltos en papel de arroz; y los platos de arroz con pollo a la parrilla, cerdo caramelizado o gambas.

En cada mesa nunca faltaban los acompañamientos: brotes de soja, albahaca tailandesa, lima cortada en gajos, chile fresco y diversas salsas que permitían personalizar cada plato. El resultado era un espacio informal y animado donde el aroma de las especias y el diseño del local hacían que los clientes disfrutaran más de los platos que les servían.

Un camarero los acompañó hasta su mesa, y no habían hecho nada más que sentarse cuando Kingston se lanzó de cabeza a la piscina.

—No estoy comprometido con Grace, como te dije nunca lo he estado, solo que ahora mi familia ya está al tanto de que jamás lo estaré.

Emily asintió, un poco conmovida por el arranque de sinceridad y el hecho de que hubiese hablado con su familia del tema.

—¿Viajaste para eso?, ¿para decírselo?

—Sí. Grace y yo siempre nos hemos visto como amigos. No me había dado cuenta hasta hablar con Sarah y Daniel de que el resto del mundo realmente nos veía como una pareja comprometida.

—Entonces, ¿estás soltero?, ¿oficialmente?

Kingston sonrió.

—No te habría pedido una cita si no lo estuviera.

—Yo también estoy soltera —bromeó ella—, por si te lo preguntabas.

—Es bueno saberlo.

El camarero llegó para tomar nota de sus bebidas y ofrecerles la carta, y la conversación se paralizó unos minutos en favor de la comida.

La cena transcurrió entre coqueteos y sonrisas. Emily la estaba disfrutando mucho hasta que Kingston, en su recién descubierta actitud directa, le lanzó una bola curva:

—Me gustaría ver si nuestra relación puede convertirse en algo más. Realmente me gustas mucho. El problema es que el miércoles comienza la gira promocional de mi novela y estaré fuera poco más de un mes. Por ello, me preguntaba si te apetecería pasar unos días conmigo en los Hamptons.

—Sí.

Kingston sonrió encantado porque ni siquiera hubiese fingido pensárselo.

—Podríamos salir mañana y regresar el martes por la mañana para que solo pierdas un día de trabajo. Así, yo mismo podría preparar mi maleta y todo lo que he de llevarme a la gira.

—Suenas bien y, King, tú también me gustas mucho.

Después de eso no hablaron de otra cosa más que de los Hamptons y lo que podían hacer allí un par de días juntos.

—Lo ideal sería conocernos. —Se rio Emily.

—Ya nos conocemos —apuntó él—. Llevamos trabajando juntos semanas, he aprendido muchas cosas de ti.

—Ya me había dado cuenta de que me mirabas mucho —se burló.

—Supongo que ser sutil no es lo mío.

—No te creas —siguió con la broma—, me engañaste la primera vez que nos vimos.

Fue Kingston quien se rio al recordar su primer encuentro.

—Por cierto, Grace vino a verme el otro día. Después de que te fueras de viaje.

Él la miró con fingido temor.

—Dime que no se montó ningún escándalo en Dear Reader. Sé que no te cae muy bien.

—Eso era antes —zanjó muy seria.

Salieron del restaurante eufóricos, no solo por la comida, sino por todo lo que habían acordado, las conversaciones y lo bien que lo habían pasado.

Kingston la llevó a casa, a pesar de que no quería despedirse, para que pudiera descansar antes de que volviera a recogerla para pasar dos días juntos.

—Buenas noches, Em, lo he pasado muy bien esta noche —dijo, antes de inclinarse sobre ella para besarla.

Emily no pudo siquiera responder, Kingston selló sus palabras con un beso. Ella entreabrió los labios y sus lenguas se encontraron en una dulce rivalidad por dominar al otro.

Dejándose llevar por el beso, Emily introdujo las manos por debajo de la camiseta de Kingston, sintiendo una piel suave y masculina, músculos y tendones...

Las manos de él siguieron su ejemplo y acariciaron sus senos por encima de la copa del sujetador. Se separaron porque estaban en la calle y no era ni el lugar ni el momento adecuado para dejarse llevar. Iban a tener dos días para conocerse a otros niveles con los que Emily solo podía fantasear.

—Ahora es oficial: esto es una cita —dijo con los ojos cargados de deseo, recordando el comentario de ella de que las citas siempre terminaban con un beso.

—La primera.

Él asintió.

—Te recojo mañana a las seis. Duerme un poco.

Emily abrió la boca para decir «aquí estaré» o «cómo voy a dormir después de ese beso», pero por suerte la cerró a tiempo.

—Hasta mañana —se despidió con una sonrisa tonta en los labios que no desapareció ni siquiera cuando se metió en la cama, agotada y emocionada por los próximos días.

Capítulo 28

El viaje hasta los Hamptons les llevó menos de cinco horas. Aun así, Emily se quedó dormida en el coche mientras Kingston conducía.

En cuanto llegó a casa, la noche anterior, se puso a preparar una maleta para dos días; el problema fue que dudó tanto entre lo que llevar y lo que no, que apenas pudo dormir cuatro horas antes de que le sonara el despertador.

También avisó a Steve de que no iba a ir a trabajar el lunes; a su hermana, a Daniel y a Morgan de que se iba un par de días a los Hamptons, y apagó el teléfono para evitar que la apedrearan a preguntas. No quería adelantar acontecimientos ni pensar en nada más allá de que iba a pasar unos días con Kingston, que estaba soltero y que le había confesado que le gustaba.

Por primera vez estaba dispuesta a dejarse llevar. A tener los pies en la tierra y disfrutar de lo que tenía.

Se despertó quince minutos antes de llegar a su destino. Kingston se rio de ella acusándola de roncar:

—He tenido que silenciar a Taylor porque tu ronquido era más alto que su voz.

—Muy gracioso, pero yo no ronco.

—Te aseguro que lo haces. La próxima vez te grabaré.

Emily se negó a aceptar la posibilidad de que fuera cierto y estuvieron peleando en broma hasta que el coche se detuvo en la entrada de la casa de su familia, que se alzaba al final de un camino de grava blanca que crujía bajo las ruedas como si anunciara cada llegada. No era una mansión ostentosa de columnas imposibles; era grande, sí, pero elegante, sin las pretensiones de algunas de las viviendas que Emily había visto por el camino.

Las fachadas estaban revestidas con tejas de cedro gris plateado, desgastadas por la brisa salina del Atlántico hasta adquirir el color de las nubes antes de una tormenta de verano. Había grandes ventanales que ocupaban casi toda la parte trasera de la vivienda, reflejando el cielo cambiante y haciendo que, desde cierta distancia, la casa pareciera fundirse con el paisaje.

—Es muy bonita.

—Dejemos las maletas y te la enseño por dentro.

En el interior, la luz era la verdadera propietaria. Entraba por cada rincón, rebotando en las paredes color marfil, en las vigas de madera blanqueada y en los suelos de roble claro. Los espacios estaban abiertos unos a otros, sin puertas innecesarias, como si la casa hubiera sido diseñada para que las conversaciones viajaran libremente de una habitación a la siguiente.

El salón giraba alrededor de una chimenea de piedra desgastada por los años. Sofás amplios cubiertos con lino color arena invitaban a descalzarse y olvidarse del reloj. Había libros apilados en mesas auxiliares, mantas descuidadamente dobladas y jarrones con lirios recién cortados del jardín.

En el exterior había una piscina alargada que se extendía entre extensiones de césped impecable. Más allá crecían matas de lavanda, rosas blancas y hierbas silvestres agitadas por el viento marino. Al fondo, un sendero de madera conducía hasta una

pequeña duna desde la que podía escucharse el rumor constante del océano, aunque este permaneciera oculto.

Una vez que Kingston fue a por las maletas, Emily se dio cuenta de que ni siquiera había pensado en la distribución para dormir. La casa tenía cuatro dormitorios, por lo que no era necesario que compartieran uno; si lo hacían sería de un modo consciente y no por necesidad.

Se quedó parada en medio del salón, debatiéndose entre dejar que Kingston tomara la iniciativa o hacerlo ella.

Se puso nerviosa cuando escuchó el ruido de las ruedas del equipaje cerca. Fuera lo que fuera que decidiera iba a tener que hacerlo en ese instante.

Habló del tirón, nerviosa pero decidida:

—¿Podemos quedarnos en el dormitorio que tiene ese balcón increíble? —pidió.

Kingston sonrió, encantado con la idea; no de que se quedaran en un dormitorio en concreto, sino de que fueran a compartirlo.

—Ese era el plan.

—¡Bien! Deja que te ayude.

—No te preocupes por eso, dejaré los bártulos e iré a hacernos un sándwich. La verdad es que estoy hambriento.

—¿Hay comida aquí?

Él se rio.

—Por supuesto. Los guardeses de la casa se encargaron de que estuviera preparada. ¿O acaso crees que las flores son de plástico? —bromeó.

—La verdad es que ni siquiera lo había pensado.

Kingston pasó por delante de ella con las dos maletas, se inclinó y le dio un beso rápido en los labios.

—Ahora bajo y comemos algo.

Asintió.

—¿Podemos hacerlo fuera?

—Podemos hacer lo que quieras.

Tal y como había querido Emily, comieron en la terraza, absorbiendo el aroma de las flores y del agua salada. Charlaron sobre todo lo que se les ocurrió y ambos se permitieron ser naturales, se sentaron cerca, se rozaron e incluso se besaron de forma natural, sin imposiciones ni restricciones.

—Voy a echarte de menos durante la gira —dijo él en un momento en medio de la conversación.

—Y yo a ti, pero podemos hablar por videollamada.

Kingston la miró con picardía.

—¿Es eso un eufemismo?

—¿Perdón?

—¿Me estás ofreciendo sexo telefónico?

Ella se rio con las mejillas sonrojadas.

—La verdad es que no lo había pensado, pero tampoco descarto la idea.

—En ese caso, oferta aceptada —dijo con un guiño pícaro.

Al caer la tarde, cuando el sol teñía de dorado las ventanas y las cigarras comenzaban su concierto, la casa se transformó. Dejó de ser una construcción anclada al suelo para convertirse en una especie de refugio suspendido entre el lujo y la sencillez.

Kingston había escrito cientos de besos. Había inventado declaraciones que habían hecho suspirar a miles de lectoras, construido escenas románticas bajo la lluvia, en castillos escoceses, en cafeterías parisinas y en áticos neoyorquinos. Pero aquella tarde,

en la casa de los Hamptons, descubrió algo que ninguna novela le había enseñado: qué hacer cuando el corazón implicado era el suyo.

No preparó pétalos sobre la cama ni velas estratégicamente colocadas. Eso pertenecía a sus personajes sobre los que escribía.

Preparó lo que sabía que le gustaba a ella.

Mandó llenar la nevera con sus aperitivos favoritos. Encargó flores que no parecieran un gesto grandilocuente, sino algo natural. Se aseguró de que la terraza estuviera lista para cenar al atardecer y de que hubiera mantas suficientes para cuando el aire del océano refrescara después de la puesta de sol, y llenó de libros las estanterías, porque sabía que Emily no podría estar un día sin leer y para él, hacerlo junto a ella, tumbados en una hamaca, en la orilla de la playa o en el sofá, era uno de los planes más románticos que podía imaginarse compartiendo con ella. Sobre todo si ambos leían el mismo libro.

Su primera noche juntos llegó despacio. El océano rugía a lo lejos y las ventanas abiertas dejaban entrar el olor a sal. Hablaron durante horas, sentados en los escalones de la terraza, compartiendo una botella de vino y conociéndose un poco más a fondo de lo que ya se conocían. Era difícil trabajar con alguien y no estar al tanto de lo que le gustaba comer, de sus tics, sus manías o sus preferencias.

Ellos ya sabían del otro a ese nivel, en esos instantes estaban descubriéndose del modo en que lo hacían los amantes.

Capítulo 29

Emily estaba nerviosa. Kingston era un experto en el romance, se ganaba la vida con él y ella no sabía si estaría a la altura de sus expectativas.

Había leído cientos de historias en las que la química entre los protagonistas era innegable, y era evidente que entre ella y Kingston saltaban chispas incluso cuando ninguno de los dos soportaba al otro y, aun así, no podía evitar estar nerviosa y preocuparse ante la posibilidad de decepcionarlo.

Durante el día, todo entre ellos había sido fácil, sencillo, excitante. Estar cerca de él era cómodo, emocionante. Habían cocinado juntos, paseado por la orilla de la playa, deshecho las maletas en el dormitorio que iban a compartir; y en esos instantes, cuando solo les quedaba el último paso, Emily no podía evitar preocuparse por estar a la altura.

Sabía que no era una heroína romántica que cautivaría al protagonista solo con un beso, pero deseaba serlo. Deseaba ser la clase de mujer que volvía locos a los hombres con un guiño travieso y un beso apasionado.

Durante los instantes más críticos de su trance estuvo tentada de encender su teléfono y hablar con sus amigos. Quizá necesitaba una

segunda opinión o alguien que la tranquilizara y le dijera que no había nada por lo que preocuparse.

O tal vez debía de dejarse de ridicleces y asumir que estaba en el mundo real en el que las cosas no siempre terminaban bien, pero en el que la gente se esforzaba y hablaba abiertamente sobre lo que le preocupaba.

Nunca había sido una cobarde y no iba a empezar a serlo justo cuando tenía al hombre de sus sueños esperándola al otro lado de la puerta.

Salió del baño cuando ya no pudo dilatarlo más sin provocar que Kingston pensara que se había puesto enferma.

Él estaba de pie junto a la cama, como si también se sintiera tan inseguro como ella.

—¿Qué lado prefieres? —preguntó con los ojos clavados en ella.

—El más alejado de la puerta.

Asintió y se puso en el lado correcto.

Se tumbó en la cama y la observó a ella dar vueltas antes de tumbarse a su lado.

—¿Va todo bien?

—Estoy nerviosa —confesó, sin ambages. La pura verdad.

—¿Por qué?

—Tú... eres un experto.

—¿Perdón? —Había una pizca de incredulidad y diversión en su tono.

Ella frunció el ceño.

—He leído tus novelas —explicó—, haces cosas...

—Mis personajes hacen esas cosas, no yo.

—Pero salen de tu imaginación, de...

Él volvió a cortarla.

—Dejémoslo en mi imaginación.

—Yo..., me preocupa decepcionarte.

Kingston decidió que había ocasiones en las que las palabras sobraban, esta era una de ellas, por lo que se inclinó sobre Emily y la besó. Sin explicaciones, sin discursos, solo con sus actos, dejando al descubierto la verdad que llevaba tiempo escondiendo, incluso de sí mismo, lo mucho que le gustaba, lo que la deseaba.

La boca de ella se entreabrió para recibir sus besos.

Kingston la besó con una intensidad que le robó el aliento. Su lengua encontró la de ella y ambas se buscaron con una familiaridad ardiente, húmeda y tentadora. Emily le rodeó los hombros con los brazos y lo atrajo aún más hacia sí misma, hasta que él pudo sentir el acelerado latido de su corazón contra el pecho.

La necesidad de tocarla era tan abrumadora que su cuerpo comenzó a temblar de anticipación. La desnudó con reverencia y con una urgencia contenida. Después inclinó la cabeza y recorrió su piel con lentitud, deleitándose en sus pezones y alternando caricias y besos que arrancaron de Emily un suspiro estremecedor. Cada roce parecía encender una nueva chispa, propagando el placer por todo su cuerpo.

El deseo le exigía precipitarse, pero Kingston quería saborear cada instante. Por eso descendió despacio, dejando un reguero de besos sobre su vientre mientras sus manos exploraban con delicadeza la curva de sus caderas. Después le hizo subir las rodillas y se las separó despacio. Y entonces la envolvió con su boca delicadamente.

La torturó durante unos minutos, en que los suaves gemidos de Emily, cada vez más entrecortados, terminaron convirtiéndose en su propia perdición. Escucharlos lo llevó al borde de la locura.

Cuando finalmente ella alcanzó el clímax, el mundo pareció quedar suspendido durante un instante. Entonces Kingston levantó

la cabeza y la contempló. La emoción y el deseo se mezclaban en su mirada mientras se acercaba de nuevo a ella.

Él todavía llevaba puesto el pijama, lo que era un problema. Sin dejar de mirarlo, Emily se incorporó un poco y se dispuso a desabotonarle la camisa, al tiempo que cubría de besos cada pedazo de piel que iba quedando al descubierto. Kingston se dejó hacer. Cuando ella terminó con su pecho, llevó las manos a sus pantalones y se los bajó hasta los tobillos, junto con los calzoncillos. Dirigió su mano hasta la zona que le daba tan alegre bienvenida y la sintió suave y dura, tentadora. Kingston soltó un gemido ahogado cuando sintió los dedos de Emily cerrarse a su alrededor.

Con una sonrisa traviesa se separó un poco para verlo mejor.

A continuación, lo lamió y trató de engullirlo por completo. Sin embargo, no pudo abarcarlo y tuvo que usar sus manos para atender la parte que su boca no podía cubrir.

Kingston no se quedó quieto, le acarició los pechos y atrapó un pezón.

Sintió que su vientre se tensaba, por lo que la apartó con rapidez.

—¡Suficiente! —murmuró con una voz ronca que sonó casi como una súplica—. Necesito estar dentro de ti. —Su voz sonó a ruego—. Quizá, después...

Ella aceptó y permitió que él la recolocara en la cama.

Kingston se posicionó entre sus piernas, tentándola mientras abría el preservativo; y una vez colocado, ni siquiera le dio tiempo a esperarlo, la embistió demasiado perdido por el deseo como para ser cuidadoso. Emily gritó, mezcla de sorpresa y placer, y el sonido enloqueció a Kingston, que levantó las caderas y arremetió con profundidad y persistencia. Siguió moviéndose en su interior, su raciocinio quedó reducido únicamente a sus respiraciones, sus

caricias y la forma en que se aferraban el uno al otro.

Más tarde, ambos se precipitaban al mismo tiempo hacia un clímax tan intenso que los dejó exhaustos aferrándose entre sí.

—Ha sido increíble —dijo Kingston apretándola más contra su pecho—. Tú eres increíble.

—Lo somos los dos.

Capítulo 30

Comenzar a conocer a alguien justo cuando tenía que salir de viaje era una putada en toda regla.

Justo cuando las cosas entre ellos se habían vuelto serias había tenido que decirle «adiós». Las primeras jornadas fueron complicadas, pero su hermana y sus amigos se pasaron todos los días por la librería, aunque ella no estuviera del todo segura de si lo hacían porque querían animarla o por cotillear un poco sobre su relación.

Quizá un poco de cada, decidió con una sonrisa.

Sarah incluso se mostró comprensiva con el hecho de que Emily hubiese conseguido novio antes que ella.

Sin embargo, conforme pasaban los días, se estaba volviendo más y más complicado no tenerlo cerca, lo que era extraño dado que se había pasado toda la vida sin él.

Esa mañana, en la que todavía quedaba más de una quincena para que Kingston regresara, Emily estaba en su despacho de la librería contestando correos y contando los días que faltaban para que él terminara la gira y volviera a su lado.

Hablaban todos los días, incluida la noche anterior, y había ocasiones que trataban de darle cotidianidad a su separación

cocinando y leyendo juntos a través de videollamadas, pero no era lo mismo. Echaba de menos sentirlo, oler su aroma...

Justo cuando acababa de descubrirlo tenía que compartirlo con sus fans.

Escuchó un revuelo fuera, ya que, como siempre, tenía la puerta abierta, pero no le hizo caso, segura de que la señora Collins se había puesto exigente. No obstante, apartó la mirada del ordenador cuando notó que había alguien en la puerta.

Parpadeó temerosa de que sus ojos la estuvieran engañando.

—¿De verdad estás aquí? —le preguntó a la aparición.

Él rio.

—Te echaba de menos y hasta dentro de tres días no tengo otra presentación.

Demasiada información para que fuera el producto de su imaginación.

Se puso de pie a toda prisa, casi tirando la silla, y se lanzó a sus brazos.

El beso, potente como un estallido, comenzó suave como un suspiro. Su boca se movió sobre la suya con exquisita lentitud, explorando, probando, saboreando, tentando. Fue un beso eterno que apenas duró lo que un parpadeo.

Emily entreabrió los labios, mirándolo con deseo. Kingston sonrió antes de besarla una vez más... para explorar con la lengua el dulce interior de su boca. Aquello era lo que durante tanto tiempo había estado esperando y su secreto ya no se interponía entre los dos. Libres de excusas, el beso fue creciendo en intensidad y ardor.

—¿Deberíamos cerrar la puerta? —susurró él regándole el cuello de besos.

—Sí. Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Se separó de ella un instante y cerró la puerta con seguro.

Emily sintió que se habían separado durante mucho tiempo, por lo que lo abrazó. Y Kingston la besó ávida y desesperadamente. Se detuvo para asir su mano y empujarla hasta el pequeño sofá que usaba para leer.

La dejó con cuidado y se posicionó sobre ella para desenvolver el regalo que había debajo de su ropa.

Con manos temblorosas le levantó el vestido y tiró de este para sacárselo por la cabeza. Hizo lo propio con la ropa interior, dejándola expuesta para él.

—Eres preciosa.

Ella rio.

—Tú también eres guapo. —Levantó los brazos y tiró de su ropa—. Y también quiero verte.

Kingston se dejó hacer, permitiéndole que le quitara la ropa y ayudándola cuando esta quedó atascada.

—Tienes ventaja —la acusó—, deja que te quite lo que falta.

La besó en el vientre e hizo lo propio con sus pechos. Volvió a besarla en los labios hasta que los dos estuvieron deseosos de algo más.

Marcando un ritmo lento que abrasaba a Emily de impaciencia, Kingston saboreó su piel con los labios y la lengua mientras ella se arqueaba en el sofá para facilitarle el acceso. Él respondió a su gesto con un gemido gutural, profundo, que disparó la excitación de Emily a lo largo de sus venas.

Ella gritó de nuevo cuando tiró de sus piernas para colocarla como deseaba y hundió la cabeza entre ellas, dispuesto a saborear cada delicioso rincón de su cuerpo.

Emily perdió la capacidad para pensar cuando la maravillosa tortura que tenía lugar entre sus piernas la llevó a un clímax tan

intenso como inesperado.

En medio de su ensoñación, notó como Kingston se movía en busca de sus pantalones y sacaba algo del bolsillo.

—Eras un hombre con un plan —bromeó ella todavía entre la bruma del éxtasis.

—Más bien con un sueño.

Unos segundos después, empujaba dentro de ella con tanto ardor que Emily estaba segura de que iba a romperse de nuevo.

El momento llegó tan rápido como había esperado y se perdió en las sensaciones...

—Te he echado mucho de menos —susurró Kingston mientras la pegaba a su costado.

—¿Te refieres al sexo? —preguntó ella con una risita satisfecha.

—Eso también.

Ella se abrazó más fuerte a él.

—Eres perfecta para mí, lo supe desde el momento en que te vi en medio de Dear Reader.

Ella sonrió sobre su piel.

—No mientas, te caí mal de inmediato.

—Eras demasiado guapa. Me pusiste nervioso.

Ella se rio soplando aire cálido sobre su pecho.

—¿Crees que adivinen lo que hemos estado haciendo? —preguntó Emily, de repente preocupada por lo que estuvieran pensando Steve y Amy.

Kingston rio.

—¡Seguro! ¿Cuántas veces has cerrado la puerta desde que tomaste las riendas de la librería?

Ella escondió la cabeza en su pecho, mientras gemía de consternación.

Kingston en cambio, rio de buena gana.

Había merecido la pena coger dos vuelos y perder once horas solo para poder estar con ella un par de días. La había echado de menos y las videollamadas ya no eran suficientes para él.

—¿Te quedas en mi casa estos días?

—No vas a poder echarme ni con ayuda.

Emily rio.

—No tenía intención de hacerlo. Puede que incluso me coja un par de días libres.

—O puedes volver a contratarme sin sueldo y venir yo a ayudarte. El sofá no es tan incómodo como esperaba —bromeó—; eso sí, vas a tener que darme de cenar para compensar mis esfuerzos.

—Sin problemas. Todavía me quedan un montón de restaurantes de la lista que me pasó Jacob.

—Estoy deseando visitarlos todos contigo.

—Lo mismo digo —dijo, acurrucándose más contra él.

Epílogo

Diez meses después

Emily estaba nerviosa y no tenía motivos para estarlo. No era la primera vez que presentaba a un autor en su librería, aunque sí que sería la primera vez que presentaría a su novio. Kingston había estado allí antes como autor invitado, pero en aquella ocasión se negó a que Emily hablara antes que él.

Desde entonces habían pasado muchas cosas. Su relación se había consolidado, estaban a punto de mudarse a vivir juntos, porque habían llegado a un punto en el que no dormían ni una noche separados, a pesar de que cada uno tenía su casa. Emily sentía que no podía ser más feliz.

Sus amigos y familiares, así como las chicas del club de lectura de romántica, también estaban presentes, por lo que se sentían en familia.

Aun así, cuando miró la fila de sillas ocupadas y el pequeño escenario improvisado entre las estanterías, notó cómo el corazón le golpeaba las costillas con más fuerza de la habitual.

—Respira, Em —susurró una voz a su lado.

Kingston apareció detrás de ella con una sonrisa tranquila, una

de esas que siempre conseguían calmar cualquier tormenta; lo curioso era que se trataba de la misma que en un contexto diferente habría despertado en ella todo lo contrario.

Emily levantó la vista hacia él. Diez meses después seguía sorprendiéndola lo fácil que le resultaba encontrar refugio en aquellos ojos.

—Estoy bien.

—Mentirosa.

Ella soltó una carcajada.

—¿Tan evidente es?

—Solo para mí.

Y era cierto. Después de todo lo que habían vivido, Kingston había aprendido a leer cada una de sus expresiones. Sabía cuándo estaba cansada, cuándo estaba preocupada y cuándo intentaba aparentar una seguridad que no sentía.

Le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—Vas a hacerlo genial; y si no, tampoco es importante, porque han venido a verme a mí —bromeó fingiendo ser el Kingston de aquella primera vez, hacía un año, que se había creído el ombligo del mundo.

Emily rio.

—Tienes razón, tú eres la estrella —le siguió el juego.

Él frunció el ceño.

—Tu respuesta no está bien —se quejó—, en aquella época jamás hubieses dicho algo como eso.

Antes de que pudiera responder, Amy le hizo una señal desde el fondo de la sala. Todo estaba listo para comenzar.

Emily tragó saliva y asintió.

Aquello era ridículo. Había organizado eventos mucho más complicados. Había hablado delante de grupos más numerosos, pero

nunca se había tratado de alguien tan importante para ella.

Se colocó frente al micrófono mientras las conversaciones se apagaban poco a poco.

Entonces vio a sus padres sentados junto a los de Kingston en la primera fila. A su hermana y a sus mejores amigos: Morgan, Daniel, Sarah, Phil..., a las chicas del club de lectura, presididas por la señora Collins, la mayor fan de Kingston sin contar a la propia Emily; a varios clientes habituales. Y, sentado junto a ellos, su novio, el protagonista indiscutible, observándola con una mezcla de orgullo y ternura que le calentó el pecho, esperando a que fuera su turno.

De repente, los nervios desaparecieron.

Porque aquel ya no era el hombre inaccesible cuya fotografía aparecía en las solapas de los libros ni el autor endiosado que había tenido que permitir que se uniera a su equipo en la librería. Era el hombre que preparaba café cada mañana porque siempre se despertaba antes que ella.

El hombre que dejaba notas escondidas entre las páginas de las novelas que estaba leyendo, el que había convertido algo que parecía imposible en una realidad: le había dado su propia historia de novela romántica.

Emily sonrió.

—Buenas tardes a todos. Gracias por acompañarnos hoy.

Su voz salió firme.

—Cuando conocí al autor que voy a presentar esta tarde, pensé que era exactamente como aparecía en las entrevistas: brillante, distante y un poco arrogante.

Las risas recorrieron la librería.

Kingston se llevó una mano al pecho fingiendo indignación.

—Con el tiempo descubrí que solo acerté en una de esas cosas.

—¿Cuál? —preguntó él desde su asiento.

—La de arrogante.

Las carcajadas fueron más sonoras esta vez.

Emily negó con la cabeza, divertida.

—Lo que descubrí después fue a alguien generoso, inteligente y mucho más romántico de lo que jamás admitiría públicamente.

Kingston arqueó una ceja.

—Eso es difamación.

—Y también descubrí algo más.

La sala quedó en silencio.

Emily sostuvo su mirada.

—Que algunas historias de amor merecen la pena incluso cuando son totalmente improbables y dan miedo.

Durante un instante nadie habló.

Luego, los aplausos comenzaron a llenar la librería.

Kingston se puso en pie y caminó hacia ella sin apartar los ojos de los suyos.

Y cuando llegó a su lado, cuando las luces cálidas iluminaron aquella librería que había sido el principio de todo, Emily comprendió que algunas personas aparecían en tu vida como los personajes de una novela, te acompañaban y te hacían feliz temporalmente; otros, los que realmente importaban, se quedaban para escribir el resto de la historia contigo.

Fin

Agradecimientos

Si hay algo que estos años me han enseñado es que escribir nunca es un camino que se recorra en solitario. Me siento profundamente afortunada por poder dedicarme desde hace tantos años a lo que más me apasiona y, sobre todo, por contar con personas que han decidido acompañarme en esta aventura.

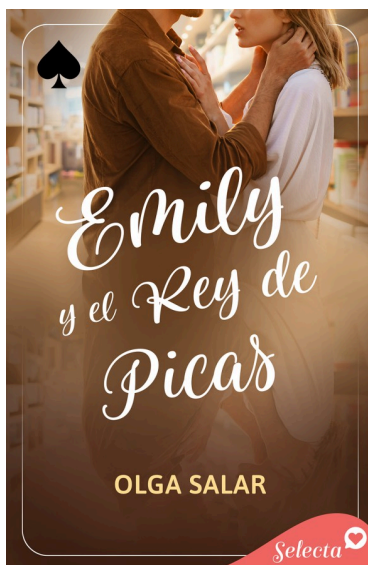
Gracias a quienes leéis mis historias, a quienes las recomendáis, las comentáis y las hacéis un poquito vuestras. Cada mensaje, cada reseña y cada muestra de cariño hacen que todo el esfuerzo merezca la pena. Ojalá mis novelas sigan siendo ese pequeño refugio al que acudir cuando necesitáis desconectar, sonreír o creer, aunque solo sea por unas horas, en los finales felices.

También quiero dar las gracias a mi familia y a mis amigas, que siempre están ahí, apoyándome, animándome y aceptando con una sonrisa todas las ideas, por disparatadas que parezcan, que nacen de mi imaginación.

Y, por supuesto, a todas las personas que llevan años caminando a mi lado, celebrando cada logro, sosteniéndome en los momentos difíciles y recordándome, una y otra vez, la suerte que tengo de contar con ellas.

A todas, de corazón, gracias por formar parte de esta historia.

A veces, el mayor giro de una historia comienza cuando el amor deja de parecerse a las novelas.



Emily Rosewood vive rodeada de libros. Es la propietaria de la librería Dear Reader, un lugar donde cada día recomienda historias capaces de enamorar a cualquiera. Su rutina cambia por completo cuando recibe la noticia de que **Kingston Ellsworth, el autor romántico que lleva años admirando,** presentará allí su última novela.

El encuentro entre ambos no sale como ella había imaginado. **La admiración choca de frente con un escritor tan brillante como insoportable.** Sin embargo, Kingston atraviesa un bloqueo creativo y encuentra en la librería la inspiración que necesita para

volver a escribir. Lo que empieza como una convivencia forzada pronto convierte Dear Reader en un auténtico caos: lectores entusiastas, admiradoras difíciles de contener y situaciones tan absurdas como divertidas.

Entre pullas, malentendidos y una cercanía que ninguno esperaba, Emily descubrirá que conocer a un ídolo puede ser mucho más peligroso que seguir soñando con él desde la distancia.

Olga Salar es licenciada en Filología Hispánica, ha escrito más de cincuenta novelas de género romántico, de corte histórico, contemporáneas y juveniles. Publica tanto vía editorial como a través de autopublicación. Es una autora apreciada en el ámbito de la novela romántica desde hace más de una década.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: octubre de 2026

© 2026, Olga Salar

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-24-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



Penguinlibros

Índice

Emily y el rey de picas

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Olga Salar

Créditos